

CUENTOS BORICUAS

CUBA Y PUERTO RICO SON

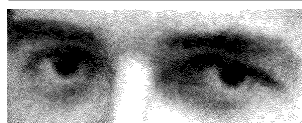


Edición: Emilio Hernández Valdés
Diseño y cubierta: Héctor Villaverde
Emplane computadorizado: Vani Pedraza García

© Sobre la presente edición:
Ediciones Memoria
Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, 1998

ISBN: 959-7135-01-9

C E N T R O C U L T U R A L



P A B L O
de la Torriente Brau

Calle de la Muralla No. 63, La Habana Vieja,
Ciudad de La Habana, Cuba
Apartado 17012, Habana 17 C.P. 11700, Ciudad de La Habana
Correo electrónico: vcasaus@colombus.cu vcasaus@artsoft.cult.cu

Introducción

El cuento puertorriqueño contemporáneo

En Puerto Rico la poesía y el cuento han sido los géneros que con mayor consistencia y excelencia se han cultivado. La cuentística puertorriqueña contemporánea, que para nuestros efectos se inicia en la década del treinta, ha producido ya varias promociones de destacados cuentistas —como José Luis González, René Marqués, Luis Rafael Sánchez y Ana Lydia Vega— que han obtenido un justo reconocimiento internacional y cuyos relatos se incluyen en fundamentales antologías del cuento caribeño e hispanoamericano. Otros, que por diversas circunstancias son menos conocidos, también merecen la misma difusión.

El cultivo del relato breve se remonta en nuestra isla, hasta donde sabemos, a la prehistoria taína. Entre los mitos que recoge Fray Ramón Pané en la vecina isla de La Española y que incluye en su Relación acerca de las antigüedades de los indios, se encuentran fascinantes relatos, comunes a ambas islas, como los que se refieren el origen del mar o el segundo origen de las mujeres. También entre las crónicas de la conquista de Puerto Rico encontramos algunos relatos breves, a veces muy bien elaborados, como el que cuenta la muerte de Diego Salado, chogado en un río por los indios para verificar la mortalidad de los conquistadores. Esta narración, a su versión primera, relata Gonzalo Fernández de Oviedo y cuya historicidad ha sido muy cuestionada, fue recreada por René Marqués en uno de sus mejores cuentos: «Tres hombres y un diablo».

A estos relatos míticos, históricos y seudohistóricos, se suma el riquísimo acervo de cuentos folklóricos y leyendas populares, principalmente de origen español; pero también provenientes del África y traídas por los esclavos negros. Estos relatos —como los de Juan Bobo, Pedro Urdemalas, el Hermano Conejo y la Hermana Tortuga— se acriollan en Puerto Rico. También surgen los puramente criollos. Cuentistas y folcloristas posteriores —como Cayetano Coll y Toste, Esther Feliciano Mendoza y Ricardo Alegría— han recogido y proyectado estos relatos a la escritura.

Los orígenes del cuento literario, sin embargo, como fenómeno de la palabra escrita, se remontan a las primeras décadas del siglo XIX y están vinculados al surgimiento del periodismo en la Isla. En nuestros primeros papeles periódicos —El Eco, Diario Liberal y de Variedades de Puerto Rico— aparecen breves relatos anónimos, casi siempre de carácter didáctico y de estructura tradicional. Ya en 1843, en El aguinaldo puertorriqueño, primer libro escrito por puertorriqueños y extranjeros residentes en la Isla publicado en Puerto Rico, aparecen cuentos y novelas cortas de filiación romántica que demuestran el conocimiento que se tiene aquí del género. Sin embargo, a imitación de sus modelos, la acción se desarrolla en escenarios europeos y no hay sustancia criolla en ellos. Dicha sustancia criolla, sin embargo, se produce casi inmediatamente, en conjunción con nuestro costumbrismo incipiente que alcanzará un vigoroso desarrollo. Ya en El gíbaro (1849), de Manuel Alonso, variada colección de verso y prosa centrada en la presentación y el análisis de la sociedad puertorriqueña, aparecen algunos relatos didácticos de ambiente criollo y un excelente cuento de carácter costumbrista y raíz folklórica: «El pájaro malo».

Durante la segunda mitad del siglo XIX no aparece aún bien definido el cuento moderno como género correspondiente a la escritura. Sigue pesando mucho la oralidad y muchas narraciones breves asumen la apariencia de ser casi transcripciones de relatos orales. El cuento se confunde con la leyenda, el artículo costumbrista, la anécdota, la tradición (a la manera del peruano Ricardo Palma) o el apólogo. Autores como Manuel Fernández Juncos se encauzan hacia el costumbrismo; otros, como Cayetano Coll y Toste, cultivan la leyenda y la tradición; mientras que un tercer grupo, al cual pertenece Pablo Morales Cabrera, acriolla el cuento tradicional.

Con el realismo y el naturalismo de las últimas dos décadas del pasado siglo, el cuento moderno va adquiriendo mayor definición. Manuel Zeno Gandía, mucho más conocido por su gran novela naturalista La charca, también incursionó esporádicamente en el cuento, y produjo algunos de positivo valor, como «De buena

cepa». Pero es sobre todo Matías González García, introductor del naturalismo en Puerto Rico, quien con mayor asiduidad cultiva el género hacia finales del siglo XIX y comienzos del XX. Partiendo de anécdotas, oídas o inventadas, de carácter campesino o aldeano, González García narra las penurias y peripecias de nuestro pueblo, asumiendo una actitud de sátira amable y de humorismo benévolo. Su clara vocación de cuentista y su mayor conciencia de la definición del género hacen de su producción un hito importante.

A esa definición contribuye mucho el modernismo, que en autores como Rubén Darío, Leopoldo Lugones y Rafael Arévalo Martínez hace del cuento un género perteneciente definitivamente a la escritura. El modernismo puertorriqueño, sin embargo, se manifestó mucho más y mucho mejor en la poesía que en la prosa. No surgió ningún cuentista destacado, aunque algunos escritores, como Luis Samalea Iglesias, Angel M. Villamil, Nemesio Canales y, sobre todo, Alfredo Collado Martell produjeron algunos relatos de positivo interés. El modernismo aporta, sobre todo, cierto aire de sofisticación cosmopolita, una mayor preocupación estética, reflejada en el estilo, y una mejor definición del cuento literario como género moderno.

En realidad, el cuento artístico modernista se nos presenta como un pequeño paréntesis o nota al margen, ya que la corriente hegemónica sigue vinculada a la tradición realista, ahora encauzada cada vez más dentro del criollismo hispanoamericano. Incluso, algunos de los mejores cuentos de nuestros modernistas son de asunto criollo y campesino.

La invasión norteamericana del '98 y el subsiguiente cambio de metrópoli imperial no pudieron modificar sustancialmente nuestro sistema literario. Pese a los esfuerzos por norteamericanizar que ejercieron muy deliberadamente las nuevas autoridades coloniales, principalmente a través del sistema escolar público, nuestros escritores siguieron escribiendo en español, para un público mayormente local y dentro de la tradición literaria hispánica en su variante hispanoamericana y antillana. En términos generales, nuestros escritores reaccionaron afirmando e indagando en lo autóctono, preocupados por la definición de nuestra identidad colectiva dentro de las nuevas circunstancias políticas, económicas y sociales.

En este sentido, el escritor más representativo e influyente de principios de siglo es Miguel Meléndez Muñoz, cuya producción cuentística se recoge tardíamente en *Cuentos del Cedro* (1936), *Cuentos de la Carretera Central* (1941) y *Cuentos y estampas* (1950). Más ensayista que cuentista, Meléndez Muñoz se concentró en el jíbaro, el campesino de montaña adentro, para destacar su nobleza y su tragedia, su miseria y su ignorancia, que lo hacen presa fácil de la explotación; pero también su dignidad y su profunda humanidad, que lo convierten en depositario privilegiado de los valores morales asociados a la puertorriqueñidad. Con los cuentos de este escritor del centro de la Isla entran de lleno la preocupación social y la exaltación del jíbaro como símbolo nacional en nuestra cuentística. La llamada Generación del '30, de tanta importancia en las letras puertorriqueñas, heredará estos dos rasgos, junto a otros, de Meléndez Muñoz.

Se trata de la primera generación de escritores formada ya bajo el dominio estadounidense. Se trata, además, de una generación en la cual predominan los universitarios, los ensayistas y los educadores. Llegan a la escritura en un momento de crisis y renovación, tanto en Puerto Rico como en el resto del mundo; crisis —con la Primera Guerra Mundial, el psicoanálisis, la Revolución Rusa y el vanguardismo— de dos de los principales fundamentos del arte y el pensamiento occidental: el realismo y el racionalismo; crisis económica y social, con la quiebra de 1929; crisis política puertorriqueña con la confrontación entre el nacionalismo, fortalecido por don Pedro Albizu Campos, y el régimen colonial norteamericano; crisis de identidad que lleva a la revista *Índice* a preguntar: «¿Qué somos y cómo somos los puertorriqueños?»

Pese a que muchos la han caracterizado como una generación españolista y aferrada al pasado, heredera ideológica de la clase hacendada desplazada y en decadencia, el asunto es mucho más complejo. En el seno de la generación, las preguntas son las mismas, pero las respuestas difieren. La definición de la identidad puertorriqueña puede ser españolizante en el caso de Antonio S. Pedreira, o más aún de José I. De Diego Padró; pero esta definición dialoga con otras distintas y opuestas. Para el novelista Enrique Laguerre y la ensayista Concha Meléndez, somos un pueblo hispanoamericano. Para el poeta Luis Palés Matos y el polígrafo Tomás Blanco somos una nación mulata, caribeña, antillana.

Tres cuentistas sobresalen en esta generación: Antonio Oliver Frau, Tomás Blanco y Emilio S. Belaval. El primero, en *Cuentos y leyendas del cafetal* (1938), cultiva un criollismo lírico y nostálgico; evoca un mundo ya perdido en el tiempo e idealizado por la memoria. La preocupación por la pérdida de la identidad se encauza de esta manera en muchos narradores posteriores. El segundo, finísimo prosista, aborda los problemas de la identidad, la deformación cultural y los prejuicios sociales y raciales, en cuentos alegóricos que no rehuyen la fantasía y las creaciones de la imaginación, pero siempre enraizadas en lo nuestro. El tercero es el más innovador

y arriesgado. Sus cuentos, sobre todo los reunidos en *Cuentos para fomentar el turismo* (1946), desconcertaron a sus contemporáneos y hubo que esperar casi cuatro décadas para que los narradores del '70 revaloraran su obra y lo consideraran uno de sus grandes maestros. El antólogo José Luis Vega sintetiza muy bien la peculiaridad y el valor sobresaliente de los cuentos de Belaval:

Los textos de Emilio S. Belaval son cóncavos y convexos. La imagen se deforma como en un cuadro de El Greco, un sueño de Quevedo, un relato picaresco, una pintura negra de Goya, como en los esperpentos de Valle Inclán. Es el espejo del grotesco; la fuerza popular de la escritura cómica. De ahí el lugar excepcional de los *Cuentos para fomentar el turismo*. En sus textos la muerte y el erotismo, la tragedia y la comedia se funden en el ritmo de un lenguaje que expone la tristeza del mundo campesino. Escritura sin parangón en nuestras letras, hasta entonces. Voz grotesca, voz camavalesca, voz cómico-seria que hoy encuentra sus continuadores en Luis Rafael Sánchez, en Ana Lydia Vega.¹

¹ José Luis Vega. *Reunión de espejos*. Río Piedras, Puerto Rico: Editorial Cultural, 1983, p. 20.

Estilo barroco de raíz popular; extraordinario ingenio y creatividad lingüística, tono jocoso ante lo patético, humor amargo, conciencia social, desmitificación de la retórica idealizante del mundo campesino, incorporación crítica de la fantasiosa mentalidad popular, realismo mágico «avant la lettre», iniciamos esta selección con un texto en el cual sobresalen estas cualidades: «La viuda del manto prieto». Es un cuento que se nos antoja hermano de los Leyendas de Guatemala de Miguel Ángel Asturias y precursor del grotesco popular hiperbólico de «Los fineses de la Mama Grande» y de algunos episodios de Cien años de soledad de García Márquez. Al igual que la viuda del manto prieto, Remedios la Bella también nace de un cuento popular y legendario.

Los cuentistas inmediatamente posteriores a Belaval, aunque también innovadores, transitan poco por los caminos por él abiertos. Corresponden a lo que René Marqués —dramaturgo, cuentista, novelista, ensayista, antólogo y crítico literario— llama Promoción del '40 y que otros llaman la Generación del Medio Siglo. El propio Marqués, en el estudio introductorio de su imprescindible antología Cuentos puertorriqueños de hoy (1959) caracteriza esta promoción de cuentistas con mucho acierto; aunque se haga necesario, sobre todo a la luz de la trayectoria posterior de sus miembros, matizar y ampliar sus observaciones.

Varios acontecimientos y situaciones afectan a esta generación: el final de la Segunda Guerra Mundial, el inicio de la era atómica y la amenaza de un holocausto nuclear, la Guerra de Corea, en la cual participan muchos soldados puertorriqueños como miembros del Ejército estadounidense; la guerra fría, la revuelta nacionalista del año '50, liderada por don Pedro Albizu Campos, y la consecuente represión. También resultan decisivos el ascenso del populista Partido Popular Democrático de don Luis Muñoz Marín y el establecimiento del Estado Libre Asociado y los procesos de modernización impulsados por la Operación Manos a la Obra. Puerto Rico sufre una rápida transformación: de un país esencialmente rural y agrícola, pasa a ser un país mayormente urbano e industrial, aunque esa industrialización dependa del capital extranjero y buena parte de la población tenga que emigrar a Nueva York. Algunas de las consecuencias de estos procesos señalan el auge económico de la clase media, el crecimiento de la clase media y la proletarianización y marginación de los campesinos pobres.

La Generación del Medio Siglo estuvo compuesta por un puñado de excelentes narradores, entre los cuales sobresalen José Luis González, Pedro Juan Soto, Emilio Díaz Valcárcel y el propio Marqués. Abelardo Díaz Alfaro, por su temática campesina, su estilo lírico, su melancólico sentido del humor y su aguda conciencia social, es una figura de transición entre la Generación del '30 y esta promoción posterior. Su libro Trazo (1947) se convirtió rápidamente en un clásico de la cuentística puertorriqueña.

La nueva promoción de narradores se caracterizó por la superación del regionalismo ciollista, aunque insistió en la preocupación por la identidad puertorriqueña y dramatizó el choque de culturas en el campo, la ciudad de Nueva York o los montes de Corea. V surgiendo una literatura urbana sobre la vida en San Juan y en los Estados Unidos. José Luis González cuenta con honores el sentido humano las penurias de «el hombre en la calle»; y Pedro Juan Soto, en su libro Spiks (1956) pinta con impactante realismo la vida dura del puertorriqueño en Nueva York. Díaz Valcárcel aprovecha sus experiencias como soldado para presentarnos la desubicación y la angustia existencial del boricua en Corea o en la gran ciudad. René Marqués acentúa más los conflictos psicológicos y la angustia política y metafísica.

Surgen, pues, nuevos temas: la derrota del nacionalismo, los efectos de la industrialización, la emigración a los Estados Unidos, la pobreza triste del obrero y del desempleado, la Guerra de Corea, la enajenación de la vida urbana, la posición cambiante de la mujer, la injusticia social, la soledad, la incomunicación y la angustia existencial, el erotismo exacerbado, el tiempo y la identidad como problemas filosóficos y existenciales. Se trata de una narrativa comprometida, de honda preocupación humana, pero sin sermones, con aguda conciencia de los valores estéticos. De hecho, también se renuevan el estilo y las estrategias narrativas. Los

cuentistas del medio siglo, sobre todo René Marqués, introducen técnicas como el monólogo interior, el flujo libre de la conciencia, la fragmentación y la descomposición del tiempo, el perspectivismo, el manejo libre de la puntuación y la elaboración intensa de imágenes y símbolos.

Dos grandes figuras constituyen los dos polos entre los cuales oscila la cuentística de esta promoción: René Marqués y José Luis González. Marqués, marcado por un nacionalismo trágico, de actitudes patriarcales y nostalgia por el pasado, muy influido por el existencialismo francés de la posguerra, cultiva una cuentística de técnica experimental, de dimensiones psicológicas y actitudes pesimistas. Sus modelos suelen ser autores como Joyce y Faulkner. González, en cambio, socialista crítico, de actitudes modernizadoras y optimistas, cultiva una cuentística de estilo directo y sencillo, con una gran capacidad de síntesis y de comunicación. Sus modelos suelen ser autores como Juan Bosch y Ernest Hemingway. Marqués fue el líder de esta promoción de cuentistas en su etapa inicial. Y después de la década del sesenta la influencia se desplaza hacia José Luis González. Los demás nombres, aunque tienen su estilo y su temática particular, oscilan entre las modalidades narrativas de Marqués y González.

Estos escritores actualizan el cultivo del cuento en Puerto Rico, tanto en términos temáticos como lingüísticos y estructurales. Funden eficazmente la preocupación política y social con una lúcida conciencia artística y un firme dominio del oficio de narrar. Muchos de ellos siguen escribiendo durante las tres últimas décadas, aunque tienden a desplazarse del cuento a la novela.

La década del sesenta fue, en términos generales, de pausa y asimilación de la narrativa del «Boom». La poesía, sobre todo la poesía social del Grupo Guajana, dominó el ambiente literario. No obstante, surge un cuentista de primer orden, Luis Rafael Sánchez, cuyo primer y único libro de cuentos, *En cuerpo de canisa*, aparece en 1966. Sánchez marca la transición hacia una nueva actitud que implica la superación del realismo social, el psicologismo existencialista y la solemnidad de los autores anteriores. También hay que considerar la labor pionera de Violeta López Suria, sobre todo si consideramos la gran importancia posterior de las narradoras López Suria publica, en 1969, *Obsesión de heliotropo*, otro libro innovador de relatos, en el cual la fantasía ocupa un lugar privilegiado.

Vas surgiendo así una nueva promoción en la década del sesenta, un grupo que aún domina la narrativa puertorriqueña. Algunos miembros de la generación anterior, como José Luis González, Pedro Juan Soto, Emilio Díaz Valcárcel, coinciden en sus propios escritos con la necesidad de renovación y estimulan a los escritores jóvenes. *Concierto de metal para un recuerdo* y *Tras arcos de soledad*, de Manuel Ramos Otero, y *Cordal magia enemiga*, de Tomás López Ramírez, ambos publicados en 1971, inician la cesión de libros de cuentos innovadores que caracterizan la década.

Los nuevos narradores se formaron durante la intensa década del sesenta y enfrentaron los retos y estímulos de fenómenos históricos como el triunfo de la Revolución Cubana y las polémicas literarias que suscitó la Guerra de Vietnam, en la cual participaron muchos puertorriqueños; la lucha antimilitarista; los movimientos en pro de los derechos de sectores subordinados, como los negros, las mujeres y los homosexuales; la agitación estudiantil y la crisis política, social y económica del Estado Libre Asociado, marcada en sus inicios por el triunfo electoral del partido asimilista en 1968. Otros factores importantes que también influyen son el impacto del «Boom» y la expansión sin precedentes de la población estudiantil universitaria, sobre todo la femenina.

Dos importantes antologías, preparadas por dos críticos de la misma generación, recogen y analizan la producción inicial de los narradores del '70: *Apelabamiento* (1983) de Efraín Barandas, y *Reunión de espejos* (1983) de José Luis Vega. En el prólogo de su antología, Barandas señala como elementos que caracterizan la nueva cuentística el manejo del habla popular como base para la creación de un lenguaje literario, la presencia femenina y la conciencia feminista, el reconocimiento de la esencial «inmaterialidad» del texto literario, el interés en los sectores marginales, la crítica a la clase media y el rechazo al nacimiento de una común identidad caribeña y latinoamericana. Vega, por su parte, clasifica la producción cuentística en tres tendencias cuyo denominador común es la superación del realismo social y la solemnidad de la cuentística anterior. La primera de estas tendencias implica la persistencia del realismo, pero incorporando elementos lúdicos y experimentales, así como un estilo dialéctico puertorriqueño. Es el caso de algunos cuentos de Luis Rafael Sánchez, Juan Antonio Ramos y Ana Lydia Vega. Una segunda tendencia, más imaginativa, incorpora elementos mágico-realistas, y se vale de un lenguaje intensamente lírico. Se manifiesta en narradores como Edgardo Sandrón y Rosario Ferré. Una tercera corriente se encauza por un realismo grotesco, camaleónico, deformante y caricaturesco, que se fundamenta en la parodia y la comicidad de la cultura popular. Ana Lydia Vega es su principal representante.

Las narradoras —Magali García Ramis, Rosario Ferré, Carmen Lugo, Ana Lydia Vega—, inspiradas inicialmente por el movimiento feminista internacional, contribuyen decisivamente a esta renovación y por primera vez ocupan una posición de vanguardia activa. Dos de las revistas más agresivas de la década —*Penélope* o *el otro mundo* y *Zona de carga y descarga*— fueron fundadas y dirigidas por mujeres. Además, los primeros dos libros de cuentos que llaman poderosamente la atención, ambos publicados en 1976, son *La familia de todos nosotros* de García Ramis y *Papeles de Pandora* de Ferré. Incluso, como he señalado en otro lugar, cambia la imagen de la mujer escritora.

Se va construyendo una nueva imagen de la escritora como sujeto lúcido, irreverente, anticonvencional y desmitificador que domina con seguridad su oficio de escribir. La presentación discreta y oblicua de la sexualidad femenina de las narradoras anteriores, por ejemplo, se transforma en expresión directa y afirmativa que incluso recurre a lo soez como signo transgresivo.²

² Ramón Luis Acevedo. *Del silencio al estallido: narrativa femenina puertorriqueña*. Río Piedras, Puerto Rico: Editorial Cultural, 1992, pp. 27-28.

Desde el punto de vista temático, estos nuevos cuentistas continúan elaborando algunos de los filones de la generación anterior, pero también presentan aspectos novedosos. En términos generales, predomina una perspectiva más subjetiva y personal. El tono autobiográfico y la vida familiar de la pequeña y la alta burguesía cobran particular interés en García Ramis, Edgardo Sanabria y Rosario Ferré. La subjetividad y los conflictos de los subordinados también alcanzan un primer plano. Manuel Ramos Otero escribe desde una conciencia abiertamente homosexual; otros, como Camelo Rodríguez Torres y Ana Lydia Vega, asumen la negritud y la mulatéz de buena parte de la población, y las escritoras, en general, dramatizan la condición femenina desde una perspectiva crítica feminista. También se desarrolla una mayor conciencia caribeñista e internacional y una mayor atención a las dimensiones mágicas o fantásticas de la cultura popular.

En el Puerto Rico posterior a la década del setenta no ha surgido aún una promoción de cuentistas comparable a la anterior. Autores como Ana Lydia Vega, Edgardo Sanabria y Magali García Ramis siguen escribiendo y produciendo libros de cuentos de indudable calidad y vigencia. Han publicado también, tardíamente, otros miembros de la misma promoción, como Luis López Nieves y Olga Nolla.

No obstante, en los años noventa va surgiendo, poco a poco, un nuevo grupo de cuentistas que aún no se ha consolidado del todo. En términos generales, no manifiestan una ruptura agresiva frente a los narradores del setenta, sino que dialogan con ellos. Muchos de ellos aparecen reunidos en *El rostro y la máscara: antología alterna de cuentistas puertorriqueños contemporáneos* de José Ángel Rosado. El antólogo nos señala al respecto: «Los textos aquí reunidos los define, en primera instancia, la marginalidad, la desubicación temporal, la suspensión de la continuidad».³ Por esta razón, se pueden caracterizar más por ausencias que por presencias. Se distancian, por ejemplo, de las preocupaciones socio-políticas, innovadoramente asumidas por la generación anterior. El espectáculo y las contradicciones de la vida puertorriqueña no suelen estar presentes en aras de un enfoque más «universal». Tampoco parece existir una patia la preocupación por definir y fijar la identidad colectiva o indagar críticamente en el pasado histórico; ni se privilegia el llamado «populismo» anterior, aunque algo de esto se percibe en narradores como Edgardo Nieves Micles; sobre todo, en Max Resto. Tampoco, a pesar de la abundante representación femenina, encontramos el agresivo feminismo de antes.

³ José Ángel Rosado. *El rostro y la máscara: antología alterna de cuentistas puertorriqueños*. San Juan, Puerto Rico: Editorial Isla Negra/Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1995, p. XIX.

Los nuevos cuentistas del noventa tienden a privilegiar lo privado sobre lo público, lo psicológico sobre lo social, la fantasía sobre la observación, la literariedad sobre la referencia. En esto responden a un clima muy difundido por la llamada posmodernidad. Muchos de sus relatos incursionan en lo insólito, lo grotesco o lo francamente fantástico, sobre todo entre los más jóvenes, como Diego Denis, nacido en 1971. Resulta significativo el hecho de que algunos de los más productivos y exitosos, como Max Resto y Mayra Santos, continúan tendencias anteriores, como aquella que se nutre del imaginario popular y la expresión dialectal. Esta última escritora ha publicado ya dos colecciones de cuentos, una de las cuales, *Pez de vidrio* (1995), ha sido premiada, y es una de las figuras más representativas en la actualidad.

Estamos, pues, en un momento particularmente curioso dentro de la evolución de la cuentística puertorriqueña, un momento de cierta indefinición que tal vez apunte hacia una nueva etapa. Esperamos que así sea.

Ramón Luis Acevedo
Universidad de Puerto Rico

Bibliografía mínima

- Acevedo, Ramón Luis. *Del silencio al estallido: narrativa femenina puertorriqueña*. Río Piedras, Puerto Rico: Editorial Cultural, 1992.
Baradas, Efraín. *Apalabramiento. Cuentos puertorriqueños de hoy*. Hannover, N.H.: Ediciones del Norte, 1983.
Marqués, René. *Cuentos puertorriqueños de hoy*. Río Piedras, Puerto Rico: Editorial Cultural, 1959.
Meléndez, Concha. *El arte del cuento en Puerto Rico*. Nueva York: Las Americas Publishing, 1961.
Rivera de Álvarez, Josefina. *Literatura puertorriqueña: su proceso en el tiempo*. Madrid: Ediciones Partenón, 1983.
Rosado, José Ángel. *El rostro y la máscara: antología alterna de cuentistas puertorriqueños*. San Juan: Editorial Isla Negra/Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1995.
Solá, María M. *Aquí cuentan las mujeres*. Río Piedras, Puerto Rico: Ediciones Huracán, 1990.
Vega, José Luis. *Reunión de espejos*. Río Piedras, Puerto Rico: Editorial Cultural, 1983.

La viuda del manto prieto

Emilio S. Belaval

Por la noche, la viuda del manto prieto arrojaba el cañaveral del barrio con sus tocas harapientas. ¡Condená! Tenía los ojos llenos de ceniza, la boca llagada y unas manos huesudas que no se acababan de morir:

—Voy a largarme pa no velle más la cara tiñosa.

—¿Tiés mieo?

—Tanto como tú. Ya me la he llevao tres noches enjolquetá en la anca. Anoche se me brincó de un guamá y me rodeó con sus güesos la cintura. Casi estoy pol dejál el asuntito de la gualdarraya, na más que pa no paseal más a ese espelpento.

—¿Tú no crees que esté muelta? —preguntó el otro con canillera.

—Pa mí que está en la desandá.

—¿Y aonde la llevaste, mano?

—A su rancho pelao. En la única pulgaíta que no se ha tragao la caña.

—¿Estará muelta, helmano?

—¡Njú!

Los capataces del ingenio norteamericano estaban intrigados con aquel rancho maléfico. Veinte veces lo tumbaron, le prendieron fuego a las yaguas, le pasaron filo a los terrones y al otro día el terreno liso, y las yaguas juntas. Había que sacar a la vieja antes de que echara su milagrito por el barrio. En verdad era un poco pesado ver aquella mai, acurrucada en la puerta de su rancho pelado, tan flaca como una guajana y con los ojos llenos de cenizas. El gerente buscó al guapo de la central y le encomendó que la desalojara.

Se llamaba Flor Colón y era un hombre de pelo en pata. El ingenio le soplabá un chequecito para que se estuviera quieto en el barrio, al servicio de la gerencia. Usaba una lengua de vaca más larga que un espadón; tenía cuatro tajos largos en el cuero y su famita bien ganada en reyerta contra parientes. El guapo se amarró la cintura y subió:

—Tié que ilse, mai.

—No pueo.

—Ande, mai, que no quieo asuntos con mujeres. Míste que tengo que estiralla. La central no quié agregaos.

—No pueo.

—¿Ni mueltesita, mai?

—No pueo.

—Pues le voy a jacel el favolcito ligero, pa que se vaya usté pa arriba y se siente con su marío aonde quepan. ¿Se va usté, o no se va?

—No pueo.

Le largó un tajo capaz de tirar al suelo a cuatro primos bien avenidos. ¡Ná! La lengua de vaca le viró el brazo y lamió al guapo encima de la rodilla. Flor Colón se arrastró despavorido hasta el cafetín:

—Mañana arrenuncio lo de la central. Esa vieja no la mata naide.

—¿Pero la macheteaste?

—Pa dos chichas, hombre. No le entró el golpe. Pa mí que está muelta. Me arrenuncio, y si el americano me suelta una guasita, pos le saco la manteca de un tajo.

El soplo corrió por el barrio como un rabojunco en tierra verde. ¡La vieja del rancho estaba muerta! ¡Ni Flor Colón había podido untarle la lengua de vaca! Todos volvieron los ojos desorbitados hacia el rancho. ¿Se habría muerto la mai sin darse cuenta? Poco a poco cada cual trajo su brasa: uno dijo que no abría la boca para que no se le vieran los alveolos sin caries; otro, que tenía una tela de cebolla por nariz; otro, que los ojos los llevaba por dentro y se los viraba

por la noche. No comía nunca, chupaba unas raíces que no la dejaban podrirse y ella misma se remendaba con alambre, cuando se le desajustaban las canillas. Sentadita a la puerta del rancho, esperaba la voz de su muerto, para largarse con él al cielo. Flor Colón decía que la vieja no podía irse del rancho. ¿Por qué andaba de noche solamente, crujiendo su manto prieto por entre los cañaverales? Siempre había alguno que sabía más: la vieja enterró los muertos del cólera sin un vómito; en la bubónica cogía los ratones y se los echaba en el seno para calentarlos, pasó por los guajanales sin sufrir nunca la ceguera. ¡Tenía que estar muerta! Si alguien se lo dijera tal vez se reconocería. No era la primera comadre que se extraviaba en el camino del purgatorio. Con decírselo estaba todo arreglado. Hubo junta de los bragados de la vecindad, para arreglar la entrevista con la viuda de las tocas harapientas. Flor Colón fue el único que llegó con voz al rancho:

—Mai, se nos ha ocurrió que usté pué estal muelta. Lleva usté muchos años asina. ¿Pol qué no se larga usté pa onde su difunto?

—No pueo.

—Míste, mai, que los chicos están asustaos y los hombres con malos pensamientos. Váyase usté pal cementerio, que yo la acompaño.

—No pueo.

—Pol lo menos no salga usté de noche jasta que le resemos las oraciones y se reconosca.

—No pueo.

—Míste que se va a despoblal este barrio por culpa suya.

—No pueo.

Flor Colón se cuchicheó con la escolta; ¡mejor era que aquella condená vieja andara a la vista! Podría darle por echarle a la gente un bufido caliente en la oscuridad y aquello sí que podía ser una cosa de susto. Mientras tuviera cuerpo, al menos se la podía ver y echarle mano en tiempo oportuno.

—Pos nos demos salvao. ¿Qué diache podrá hacerse pa que se largue?

Al guapo del barrio le entró una pesadumbre, que trancaba las puertas con sólo echarse un suspiro. Le hormigueaba en el pecho su responsabilidad de hombre trascendente. ¡Era él, quien tenía que resolver el problema de la vieja!; por algo le había encomendado el americano aquel desalojo. Todas las tardes iba Flor Colón a hablar con la viuda:

—Míste, mai, que usté me está comprometiendo seriamente. ¡Que pueo peldel mi prestigio si usté no se larga! Váyase pa el otro barrio. Yo le muo el rancho.

—No pueo.

—Si tó arresulta en un paseíto entre amigos. Yo le cierro los sojos y le prendo un velorio como nunca se hace por aquí.

—No pueo —remataba la voz fanática, fatídica, fantasmal.

El guapo bajaba desesperado de los breñales de la vieja. ¡También era una porquería del destino que le tocara a él tamaño lío con una muerta, después de haberse fajado honorablemente con tantos vivos. «Tíe que ilse; tíe que ilse, manque se me monde la otra roílla», murmuraba el guapo, desesperado.

Pero la vieja permanecía en el rancho. Acurrucada todo el día en la puerta roída, con los ojos llenos de ceniza y la boca llagada por un dolor que no la dejaba morir, caminando casi toda la noche por los cañaverales, con el manto prieto al desgaire, sorda a todos los ruegos y las encomiendas, hilandera tiñosa de la conseja agreste, vivía aquella estoica alma en espera de una voz que la juntara con su marido. Niño que la mirara de lejos, por la noche le daba cagalera; jíbaro que rondara en busca de amores por guardarrayas abruptas, la tenía de jineta al regreso, con sus brazos huesudos apretando la cintura del galán. Flor Colón lloraba como un nene, mirando su flor de hombre pisoteada, impotente ante aquel guiño de la fatalidad:

—Gana teño de machetalme yo mesmo pa dalle una embrujá de muelto a muelto a esa condená. Si alguien me lo asegurara, esta noche la diba a buscal defunto.

Aquella noche fue la última noche en vela de Flor Colón; a la madrugada con los cascos alucinados, se le ocurrió; ¿por qué no buscar la historia del marido, para averiguar el secreto de la vieja? En algún rincón del barrio tenía que estar. La pregunta cayó en el cafetín como flor de malva para una calentura.

Corrieron a tumbarle la puerta a las cuatro viejas más viejas del conuco, unas greñas miserables que tenían casa embarrancada y manutención de gorgojo, de puerta en puerta. Aquellas cuatro viejas ya estaban en el último callejón de la inmortalidad. No les hacía daño ni el maíz podrido de la limosna y las pulgas las habían dejado quietas, como carne que tiene derecho a descansar de toda rasquiña terrena. El guapo entró renqueando hasta las viejas, en saltitos anquilosados, en medio de un coro de j́baros con amores en medianerías abruptas:

—Miren, doñas, que la cosa es de cuidiao y es pa jasel mimoria de seguío —advirtió Flor Colón, en tonito como para vivas.

—Dí, hombre, dí —contestó una conocida por Paula, un tanto despertada por el tono.

—Se nos ha colgao en el barrio una condená alma que no se deja enterral y jay que disponel algo pa que se nos acabe la flojera.

—¿Y qué te cuesta la condená, Flor? Con los mueltos jace bien la paciencia, mijijo.

—A mí me cuesta una roílla, se va usté enterando; a los chicos de estos le va a partil los dientes la alferesía y a aquellos dos, unas chamucas que tién más allá de los pajuíles. Con qué ná de pedil chavos pa velas, que no jotros sabemos la manera de vivil de ca quien, y a resolvel de seguío.

—¿Cómo se ñama?

—Ni nombre tié. Es la viua que vive acurruca en el rancho.

—Pero esa es viva, mijijo.

—Íselo a mi lengua de vaca, doña. Le tiré un tajo pa hael dos y dende aquello ando cojo.

La más vieja de las cuatro viejas del barrio, plegó los ojos y se puso a tumbar cien años atrás:

—Mía, mijijo, que me voy arrecoldando como queó viua esa probe. Al marío se lo fuñeron en el cañaveral.

—Siga, doña.

—Se casaron más que mosos y pelaron mucha tierra pa vivil en la finca dél. Ella era muy bonitinga pero la tierra la estiró. Mala revirá tuvieron los probes. Sembraron yuca y les salió brava y los grandules secos. Se murieron las crías y el último pollo se lo comieron con moquillo. En eso se encaramó pa acá el cañaveral y no dieron paso ni pa la bestia. Tuvió que enterral la finca el marío pa que le dieran trabajo. Al capatá le entró ojerisa contra el probe y un día pol que se saltó un arao, le abrió la cabeza con una coa, frente al rancho mesmo. Lo trujeron con un trapo ajuntándole la sesera. Yo estuvé en el velorio, mijijo. La viua no soltó una lágrima. Tenía la boca apretá, asina, con el labio pegao y el lloro pol dentro. Asina se pasó hasta que se lo llevaron.

—Eso es un caso de justisia, doña.

—Pos yo no vide llegal a naide arriba con el comisario.

—Se la hadremos no jotros. ¿Y cuenta usté que esa vieja chumba alguna vé fue bonita?

—Lo mesmo que una calambreña, mijijo. Bonitina y pulposa. Tenía una narisilla ñata de mujel suspiraora que le jacía muy grasioso el palabreo. Pero se enjumió con su hombre pa salvar la finca. De ñá le silvió.

—¿Y el capatá, aonde se largó?

—No sé, oye. El último hijo que yo supiera se mató con una espantá de caballo. ¿Sería la viua?

—Es un caso complicaao. Si algún allegao del capatá estuviera vivo, se podría desquital a la vieja. ¿Y qué jace esa condená metía en el cañaveral?

—Cosa de mueltos, mijijo. A lo mejol un día de estos le pega fuego a la caña.

—¿Será eso lo que espera la vieja? —preguntó el guapo recelosamente pensando en su chequecito.

—No se entoavía, mijijo. Quisá prendiendo una vela pa vel de qué lao se inclina.

—Míste, doña, que aquí naide se quié metel en lío con la central. El fósforo le deja a uno siempre un poco de ollín en la mano.

—Pos allá tú que eres el encargao.

—Muchas gracias, doña, y a callarse, ¿eh? Esto no se habla con naide. Y cuidiao con quearse de velona cuando se estire, ¿sabe? La viua es la última muelta que aguanto yo aquí y eso porque es un caso de justisia. Usté la desandá se la dá pol la playa, que allí no se asustan los conglios.

—Ta bien, hombre. Yo de aquí salto pal cielo.

Volvieron al barrio, con las cejas alborotadas por la calentura. El guapo no se podía matar el remordimiento de haber atacado la viudita dolorosa, que se había destripado junto a su hombre, para que no se los tragara la revirá:

—¿Isen que tenía narisilla ñata de mujel suspiraora —rumió un jíbaro sensual, como mascullando un romance.

—Y se pasó toa su mosera velando cogollos de yuca brava.

—¡Y acabaron con ella y con su hombre! ¡Qué pocavelgüenza!

Llegaron al cafetín, cuando ya la noche estaba trotando hacia el amanecer. El quinqué tenía la mecha más viva que una culebrilla de fuego y los jíbaros empezaron a mirar la llamita con una aprehensión singular:

—¿Qué le pasa a esa condená lú esta noche, mano?

—Que el cuentesito de la viua me la trai endemoniá, sonso.

—A lo mejol esa viua pensará que en este barrio no jay machos.

Un rato largo:

—¿Me quiés creel que siento el condenao quinqué ese bailándome en la cocotera?

La mecha rabiosa, escrutaba el corazón de los hombres, moviendo sus pestañas diabólicas. Flor Colón se puso a estirar entre los dedos una mala idea que se le había enredado en la conciencia: ¿Por qué no sacarle la manteca que tenía en la barriga el gerente y llevársela arriba a la vieja para que se friera unos buñuelos en su calderito de ánima en pena? Aquello tal vez fuera más fácil que darle frente al ingenio con un incendio malicioso. Los jíbaros no se atrevían a mirar al quinqué, temerosos de que la llamita se doblara hasta el cañaveral. El guapo se asomó a la ventana que abría frente al rancho pelado, como si quisiera solicitar un misterioso permiso de aquellos ojos, que de tanto llorar por dentro, se habían cubierto de cenizas. Allí estaba acurruada la viejecita, con sus huecitos amarrados bajo una toca harapienta, con los labios llagados por un dolor que no la dejaba morir, en espera de una voz que luchó junto a ella, para que no se los tragara la revirá. De pronto, la llama señaló hacia el cañaveral. Saltaron cuatro o cinco de la mesa del embrisque, a buscar refugio en el guapo:

—¡Míste, compai; la llamita se pone imprudente!

—No se pué agualdal más. Tié que sel agora mesmo.

—¿Y la polesía?

—La polesía viene andando, presioso, pero los mueltos se cuelan por la cumblera.

—Yo voy si tú lo desides.

—¿Quiés que a tu hijo no le chillen más los dientes?

—¿Qué falta?

—Gas, mucho gas. Hay que pegal el fueguito pol las cuatro puntas.

—Y la vieja dentro, Flor. ¿No será más malo?

—¡Bah!, pol la vieja vela el defunto.

—Pos vamos.

Se desparramaron por el cañaveral con el lomo erizado y las manos llenas de candela, sabiendo que las llamas aventarían el maleficio que amenazaba con despoblar el barrio. Media hora más tarde, el cañaveral empezó a arder por las cuatro esquinas; el humo escaloneaba hacia el cielo, como si quisiera prender por sobre toda la tierra desposeída una siniestra toca de viuda; corrían las voces soplando tizones, esperando que de la noche tormentosa, llena de chasquidos voraces, saliera una voz que esperaba la viuda sentada en la puerta de su rancho pelado.

—Agora sí que la viua se larga con su defunto, compai.

—No se apure, mi vieja, que allá en el sielo tié que habel un rinconsito pa usté y su defunto.

—Y pué sel que allá me le pongan otra vé, su narisilla ñata pa que le haga gracioso el palabreo.

Con su nuevo manto de llamas la viuda subió al cielo; el guapo la enterró entre volutas de leyenda, prendiendo su toca postrera con la risa del niño aterrorizado que prestó sus alfileres de leche. Nunca más la viuda del manto prieto ha arropado los cañaverales de Puerto Rico y nuestra noche colonial perdió su última jineta.

Bagazo

Abelardo Díaz Alfaro

Al cubano José Luis Massó

Puñal negro clavado en el corazón de la tierra. Llama verde ondulante de cañaveral.

Los brazos de ébano, en cruz sobre el pecho. Fulgentes los ojos venosos de ira. El negro Domingo a la puerta de su mediagüita fija la mirada en el penacho de nubes pardas que trenza en el azul la enhiesta chimenea centralina. Y muele en su alma atormentada, caña amarga de recuerdos, desesperanzas, desilusiones.

Le laten las sienes y el corazón. Un acre sabor metálico le inunda la boca. Contrae los abultados belfos y en rictus de desprecio escupe chorreante mascaúra.

Silba el cañaveral en flauta de guajanas su pena añeja. Y a través del tiempo, de la distancia, le parece escuchar la voz feble del difunto Simón: «Mi hijo, malo es sel probe y negro, nunca semos niños, se nos ñama negritos.» Lleva en los ojos en asta de recuerdo angustioso la muerte del Simón sepultado bajo un mazo de cañas que se desprendió de la grúa.

Un nudo tirante como de coyunda le ahoga. Y por vez primera en su vida mansa de buey viejo siente el rencor crecerle en el pecho como mala yerba. Y a él, negro impasible, resistente como el ausubo, le entran ganas de llorar, no sabe si de tristeza o de rabia.

La tensa y filosa alambrada de la Central exótica fulge a los últimos claros del sol tramontano. Pelos metálicos que le cruzan el pecho haciéndole sangrar turbias añoranzas:

—En primero dueño, luego colono, después peón. ¿Y ahora?

La silueta ingente de la Central se recorta contra un horizonte en llamas rojas de crepúsculo.

Su áspero y tremolante pito sacude el silencio. El negro se estremece, vuelto a la realidad por la vibración que corre electrizante por los crispados nervios. Y desfilan ante sus ojos abismáticos, en sucesión tumultuosa, como las bocanadas de humo que arremolina la chimenea en el incendio de los cielos ilímites, las escenas dolorosas del día.

La cara perruna del nuevo mayordomo le obsede. Sus palabras crueles le gotean isócronamente, con resonancia inmisericorde el duro cráneo.

Al horadar el alba el pito de la Central, anunciando el comienzo de la zafra, Domingo amoló su machete y se encaminó hacia el cruce de la colonia Los Caños. Un nuevo y fachendoso mayordomo llamaba con voz estentórea a los peones que iban a iniciar el corte.

—Rosendo Cora, Juan Bone, Isabel Cobé... Y tras el último nombre se hizo un silencio amargo, angustioso, infinito.

Los compadres sin atreverse a mirarle la cara, lentamente se fueron hundiendo en los vellosos graminales.

Suplicante se dirigió al embotado mayordomo:

—Dispense, blanco, ¿pero pa este negro no hay trabajo?

—Lo siento, pero tú estás viejo para trabajar, ya no rindes promedio.

—Mie, blanco, que tengo la mujel postrá con la malaria y un cuadro e familia que mantene.

—La Central no puede regalar los salarios; necesitamos gente de empuje.

—Blanco, deme manque sea un trabajito e pinche, que eh cosa e muchachos.

—No tengo más que discutir.

Clavó las plateadas espuelas en los ijares del rucio, que se alejó borbotando el cuajo por un recodo umbroso.

Domingo tecleaba convulsamente la raída pava entre los nudosos dedos de capá prieto. Apretujó con fuerza el machete que destelló chispas al sol matinal.

Se sintió caña que cercena el machete. Los pies se le adherían pesados al rugoso camino. Las voces ululantes de los boyeros se pegaban al oído más lúgubres, más remotas que nunca. Un sudor frío bañaba las sienes y rodaba en diamantes hasta empaparle la azulosa camisa. Y se fue

trastabillando, bamboleándose como ebrio, hacia el reposo de la mediagüita. Se cruzó con el mulato Morrabal y se olvidó de saludarlo. Percatándose del descuido, le gritó con voz desfalleciente:

—Perdone, cabo, que iba como lelo...

Y sin saber cómo, llegó a la casita.

La Susana lo presintió todo. Y desde el camastro donde sudaba a chorros las calenturas, con voz temblorosa le consoló.

—No se apure, negro, que Dios no le falta a naide.

Domingo no contestó. La Susana estranguló entre las sucias mantas un sollozo. En la minúscula casita ahogada entre punzantes cañaverales seguía entrando con la noche el silencio.

Ahora estaba el negro Domingo a la puerta, cerniendo sombras y luces cárdenas de crepúsculo.

El sato sentado en los cuartos traseros, endereza la oreja y afila en la sombra un lúgubre y presagioso aullido.

El negro descuelga los brazos leñosos del pecho. Levanta el puño y se adentra en la mediagüita mascullando:

—Perros blancos; ¡asesinos!

La noche es negra como el dolor. Los ojos insomnes sorben tinieblas. Sólo quiebra el silencio el silbido estridente de la locomotora y el rodar monótono de los vagones. Las ~~horas se dilatan~~ Los ~~pasos se alargan~~ Los ~~espíritus se hacen pesados~~ Se hunden en la sombra. Sueña

El mayordomo se transforma en un perrazo blanco, que gruñe y le clava en las espaldas dos filosos colmillos. Quiere gritar, pero la voz no acude. Ahora el mayordomo se agiganta, empuña una larga garrocha y se la hunde en el pecho haciéndolo sangrar:

—Joiss, buey negro, tú estás viejo, tú no rindes promedio.

El negro suda, tiembla, jadea. En el infinito se suspende un enorme mazo de cañas que cuelga de un tentáculo de la grúa. Oscila en el espacio, Domingo lo sigue con los ojos expectantes, cruje el garfio de hierro, el mazo se precipita en el vacío. Una voz estrepitosa le estremece:

—Negro, te mata.

Se despierta atemorizado, tembloroso, convulso. El pito rotundo de la Central taladra el alba.

El negro busca a tientas la muda de ropa. Se da cuenta que la lleva puesta. La Susana lo observa.

—Negro, no se vaya a dil sin el puya, que ayel no probó ni bocao.

—No tengo ganas, mujel.

Agarra el machete. La hoja templada y luciente vibra al roce de los dedos callosos.

—¿A ónde vá, negro?

—No sé, mujel. ¿Quién sabe?

Y desaparece por la estrecha puerta que se abre al claror de la mañana. En el camino se detiene indeciso.

—Sí, ¿dónde va?

Pasan unos peones.

—Buenos días, compay Domingo.

—Buenos.

Las voces cansinas se apagan. A lo lejos relampaguean las hojas de acero.

Nunca se había sentido tan solo. ¿Qué será de la mujer y de los negritos? Pero tal vez míster Power, el administrador de la Central, le dé una oportunidad. Abandona la idea. Ese rubio no sabe lo que es la hambre de un pobre. ¿Y en dónde le van a dar trabajo? No lo querrán por viejo, por pobre, por negro. Esa es la paga que reciben después de haber dejado su vida trunca en los cañaverales, para lucrar a los blancos. Ahora le lanzan al camino como perro sarnoso.

Una brisa leve roza los flecos marchitos del cañaveral. Y le llega otra vez la voz sibilante del difunto Simón.

El sol se alza esplendente y rutila en los plumones sedosos de las guajanas.

Reverberan de sol los caminos. El negro Domingo se acerca a la tiendita de Pancho. Sólo en días de fiesta la ha frecuentado. En ella derrochan los peones, en juego y bebida, el exiguo jornal.

A veces el hombre tiene que beber. Y siente una sed extraña. Ganas de ahogar las malas ideas que le alucinan.

Pancho se adormila en la trastienda.

—Compay, deme un palo grande e mamplé.

Pancho se restriega los ojos con el dorso de la mano. No puede ocultar la sorpresa.

—Raro, compay, verlo por aquí. ¿No fue al trabajo?

Domingo no presta atención.

Pancho sirve el blanco y quemante líquido. El vaso tiembla en las manos de Domingo.

—Déme otro, compay.

Las horas se hacen lentas y pesadas como rodar de carreta en fangoso camino.

Oscilante abandona la tiendita de Pancho.

El terreno se le escapa bajo los pies. El repiquetear de cien martillos le taladra la cabeza. Suda copiosamente. Se acerca a la Fábrica de la Central que se yergue amenazante sobre el pueblo negro.

Escucha el trepidar monótono de las máquinas. Chillan bajo el peso de los negruzcos vagones los paralelos rieles. Silban los escapes de vapor. El brazo mecánico de una grúa suspende en el aire un mazo de cañas. Hierven los tachos. Se quejan los goznes. Un vaho a caña quemada, a guarapo, impregna el ambiente...

Oleadas de sangre caliente le llegan violentas al cerebro. Los ojos inyectados en sangre pugnan por huir de las órbitas. El quemante fermento le estruja las entrañas. El ruido ensordecedor de la Central lo enloquece. Y por encima de las multísonas voces, más violenta, la del fachendoso mayordomo: «Negro, tú no sirves; tú estás viejo; tú no rindes promedio.»

La Central cobra vida. La chimenea rasga las nubes. Le tiende un tentáculo viscoso. Es monstruo que quema en sus caldeadas entrañas, carne de peonaje, sangre y sucrosa. El negro huye despavorido. Y cae sobre unos bagazales que arroja la Central por uno de sus costados.

Se levanta con tardo esfuerzo. Entre las negras y crispadas manos estruja la amarillenta fibra de la caña. La mira con desprecio y la tira lejos de sí clamando sollozante: «Eso soy yo, gabazo; dispué que me sacaron el jugo me botan.»

¿Y míster Power? ¿Y la mujer y los hijos? No. Es el mayordomo el que le puede ayudar. Míster Power es rubio y él es negro. ¿Quién sabe el mayordomo se apiade? Y vagamente recuerda que el mayordomo tiene que pasar por un cruce cercano para ir a almorzar. Se siente ya un poco mejor. ¿Quién sabe? Ingrávido, vacilante, se dirige al cruce. El sol enciende el cañaveral.

A lo lejos divisa la arrogante figura del jinete. Ya percibe el chocar de los cascos sobre el soleado camino. Una racha violenta de sangre le cruza los ojos. Pero el hombre debe aguantarse. La mujer y los negritos valen más que su hombría. Le suplicará.

Escucha el borbotar del cuajo. Y el resoplar violento de los belfos sudorosos. Respetuoso se dirige al mayordomo que lo mira con desconfianza.

—Blanco, deme el trabajito, mie que se me va morir la familia de jambre.

—Ya le dije que no tenía nada que discutir. No hay remedio.

—Pero, mie, blanco, a mí no se me pué botar asina.

—No sea imprudente; tengo que avanzar.

—Bueno, eso no... que yo soy educao pero...

—No sea parejero. Suelte esa brida...

Una oleada de sangre le subió violenta a la cabeza. Fulminó el machete. El rucio levantó las patas delanteras y el golpe se perdió en el vacío. Rápido el mayordomo empuña el nacarado Colt, y tres estampidos secos rasgan la paz del cañaveral.

El negro se cimbrea, da unos pasos hacia adelante y una rosa de sangre le empurpura la azulosa camisa.

Y cae en estertor agónico. La vista se le nubla, quiere gritar, y no puede. Se desangra... La noche eterna se hace sobre los ojos inmóviles.

El pito de la Central quiebra con su fúnebre responso el día.

Y el monstruo sigue quemando en sus entrañas carne de peonaje, sangre y sucrosa. Y botando gabazo, gabazo, gabazo...

Otro día nuestro

René Marqués

...sin otra luz ni guía sino
la que en el corazón ardía.
San Juan de la Cruz

Miró a través de sus párpados entreabiertos las recias vigas de ausubo que sostenían los ladrillos del techo. La humedad dibujaba en ellas manchas negruzcas de contornos irregulares. «Dos siglos sosteniendo esa pesada carga», pensó somnoliento. ¿Y cuántos siglos antes de convertirse en vigas los troncos venerables? Dos siglos quizás. Dos siglos de vida en los bosques vírgenes de las montañas isleñas. Cuando aún los bosques eran vírgenes. Cuando aún existían bosques. Cuatro siglos. Los ausubos habrían sido endebles arbolillos cuando el gran descubridor pisó por vez primera las playas de la Isla. ¡Cuatro siglos! La historia toda de la nación en ciernes.

Sus párpados, pesados aún por el sueño, se abrieron totalmente para captar en su conjunto el ritmo monótono y simétrico de las líneas del techo. Su cerebro retuvo por unos segundos el pensamiento de la última frase: «nación en ciernes». Pero los labios, casi inconscientemente, murmuraron:

—Construían para la eternidad.

Su voz le sobresaltó. Incorporóse en la cama. La palabra «eternidad» parecía aún flotar en la atmósfera húmeda de la habitación. *Mil años son ante tus ojos como el día de ayer que ya pasó, y como una de las viglias de la noche.* Su mirada se había detenido en el Crucificado. El cuerpo del hombre en la cruz, labrado toscamente en madera blanda, se retorció en un movimiento grotesco. Sonrió pensando cuántos ojos se habían apartado horrorizados de aquel Cristo agónico. «Pero es hermoso, pensó. Manos campesinas lo labraron para mí.» Luego añadió: «Manos de mis hermanos. Madera de mi tierra.»

Imaginó, sin verlos ya, los ausubos del techo. De un tirón echó a un lado la sábana que cubría su cuerpo magro. Y tuvo un estremecimiento de asombro. Su pie derecho descansaba sobre el izquierdo. Sus piernas desnudas y secas permanecían unidas. Las caderas asumían una pose violenta en relación al torso. Parecía haberse inmovilizado en una contorsión grotesca. Volvió a mirar al Crucificado. Y pensó una vez más en los ausubos del techo. Desde allá arriba su cuerpo sobre la cama debería parecer un Cristo agónico.

—*Maestro, tiene usted rostro de Cristo.*

La frase, tantas veces escuchada, hería de nuevo sus oídos como si hubiera sido recién pronunciada. «Gracias, Dios mío, por este día nuevo que añades a mi vida.» Y rezó con unción, sus ojos muy cerrados para no ver los cuatro siglos de historia que sostenían la carga de ladrillos.

Por la puerta abierta que daba al balcón, entró un airecillo frío que fue a rozar con aspereza su cuerpo semidesnudo.

—Amen —dijo en voz alta. Y se puso de pie.

Fue al lavabo y metió la cara en el agua. Había olvidado cambiar el agua, pero el fresco en los párpados cansados le dio una sensación de bienestar y no se tomó la molestia de tener escrúpulos por su poca diafanidad. Se enjugó el rostro a conciencia, como si ejecutara una operación difícil y complicada. Luego se puso los pantalones. Trató de alisar con los dedos sus cabellos ensortijados y grises. «Gracias por este día nuevo...»

Miró en torno suyo. El tiempo parecía haberse detenido en aquella habitación de humildad monacal. La cama de hierro. El lavabo anacrónico. El quinqué sobre el velador de caoba. «¿Fue el mes pasado que cortaron la luz eléctrica?» El techo tan alto. La puerta tan amplia. Las

paredes tan gruesas. «Construían para la eternidad.» Y volvió a mirar al Crucificado labrado por manos campesinas. «Manos hermanas. Madera de mi tierra.»

Un ruido súbito hizo vibrar sus nervios. Era una mezcla de sonidos indescritibles. Un rugir de motores. Un chirriar de engranajes y poleas recias. Un crepitar metálico de tambores monstruosos. El tiempo, detenido en el lavabo, en la cama de hierro, en el Crucificado grotesco, en las vigas de ausubo, se estremeció ante el empuje brutal de aquella fuerza desconocida.

Miró con aprensión hacia la puerta abierta. «No iré a verle. No iré.» Pero una atracción diabólica le llevó hasta la puerta.

El balcón era estrecho. No necesitaba asomarse a la baranda de hierro para ver la calle. Allí abajo estaba el monstruo. Sobre los centenarios adoquines, húmedos aún de rocío, se destacaba la masa gris de acero. El sol no había llegado a herir la estrechez de la calle y, en la suave penumbra del amanecer, la máquina infernal parecía un tanque bélico en momentáneo reposo. Dos hombres con guantes gruesos iban vaciando en las fauces traseras del monstruo el contenido de los *zafacones*. Ejecutaban su labor silenciosos, con ritmo inconsciente de robots, como si fuesen piezas del mecanismo que ruidosamente engullía la basura y la trituraba en sus entrañas para horas más tarde vomitarla en el crematorio municipal.

Apoyado en el marco de la puerta, observaba la operación con la misma fascinación horrible de todas las mañanas. El camión de la basura, con sus líneas aerodinámicas, su mecanismo perfecto y su digestión ruidosa, era como un símbolo de las fuerzas destructoras que amenazaban todo lo por él amado. *Entiende claro por dónde el demonio va a dar su golpe, y húrtales el cuerpo, y la cabeza quiébrale.* A sus ojos se había asomado una mirada alucinante y extraña.

El camión alejóse llevando su aséptica eficiencia mecánica a otra calle vecina. El sol dejaba ya escurrir sus primeros rayos sobre los adoquines brillantes de rocío. Alzó la vista y tendióla hacia la ciudad. Era la parte antigua con sus construcciones centenarias de ladrillos y piedra, con sus balcones de hierro forjado como negros encajes de mantillas viejas, con sus antepechos de intimidad familiar, y sus amplias y soleadas azoteas. Y allá, en el fondo, la sobria belleza del fuerte español. Una dulzura infinita fue invadiendo su corazón. Extendió los brazos como para acoger en ellos la ciudad amada. Hubiera querido besar cada piedra, cada ladrillo. Hubiera querido estrechar sobre su pecho la ciudad, y arrullarla con viejas nanas, y protegerla de los peligros que amenazaban su felicidad.

Un reflejo intermitente vino a herir sus ojos. «Otra vez eso», pensó mirando sombrío hacia la torre. Y un amargo desaliento hizo que sus brazos tendidos a la ciudad cayeran inertes a lo largo del cuerpo. Porque el sol se reflejaba ahora en el ápice de aquella torre extraña.

Era una larga y antiestética torre de acero que se elevaba desafiante, dominando el contorno de los edificios centenarios. Y en lo alto se destacaba una serie de intrincados aparatos relucientes. «La torre de la estación naval», se repitió a sí mismo como para explicarse lo inexplicable. No comprendía en absoluto la razón de ser de aquel artefacto hostil. Torre de señales quizás. Pero aquellos reflejos intermitentes, ¿eran efectos del sol o eran rayos lumínicos emitidos por el propio artefacto? «¿Por qué siempre han de dar a mi habitación?» E inconscientemente se movió hacia la izquierda de la puerta para proteger sus ojos de los reflejos hirientes.

El sol revelaba ahora para él, con claridad implacable, detalles que segundos antes no había percibido. La red de cables telefónicos y de hilos eléctricos, como telaraña tejida por un insecto torpe o descuidado. Los postes de alumbrado, negros y ásperos, como esclavos eternizados en servicio público. El rascacielos del banco extranjero, arrojando su sombra amenazadora sobre las dóciles casas coloniales. Las líneas frías y modernas del Hotel Metropolitano, donde rubios turistas dormían la borrachera de su última imbecilidad.

El humo de una fábrica empezaba a formar manchas negras en la limpidez del cielo. La ciudad amada se escapaba de su corazón y comenzaba a debatirse entre los mil ruidos de la vida que le imponían los otros.

—Buenos días, maestro. —La voz era juvenil y áspera. Pero había en ella inflexiones de respetuosa ternura. Miró hacia la casa de enfrente. En el antepecho estaba el joven vecino alisando sus cabellos con un peine verde. Sobre su rostro moreno se destacaba la franqueza de una sonrisa amplia.

—Buenos días, hijo mío —sonrió él haciendo un leve gesto con la mano—. ¿Has dormido bien?

—Muy bien, maestro. ¿Y usted?

Eran poco más o menos las mismas palabras de todas las mañanas. ¿Quién podría ser? No lo sabía. Probablemente habría vivido allí siempre. Pero él sólo había llegado a notar su presencia en la soledad de los últimos meses de forzoso aislamiento. Recordó que un día en que olvidaron traerle la comida, el joven le había entregado un paquete de fiambres a uno de los guardias de turno.

—*Es para el señor de los altos. No puede pasarse el día sin alimento* —había dicho.

Cuando le vio a la mañana siguiente en el antepecho, quiso expresarle su gratitud, pero el otro fingió no oírle y le habló de lo cálida que había sido la noche.

«¿Por qué me llamará *maestro*? No es de los míos. No le conozco. Además, es tan joven. Casi un niño.» Y pensó en su hijo, refugiado en el extranjero. Trató de revivir en su memoria el rostro del hijo ausente. Pero sólo podía ver la sonrisa amplia destacándose sobre la tez morena. Eran las facciones del vecino las que su mente reconstruía. «¡Tantos años, oh Dios, tantos años!» Y se esforzaba penosamente porque el recuerdo respondiera a sus deseos. De pronto, sintió que un sollozo incontenible le subía a la garganta. ¡Cuán horrible perder a un ser querido en la memoria!

—Hasta luego, maestro. —El joven iba a retirarse del antepecho. Pero se detuvo mirando hacia la calle. Volvióse a él rápidamente y, haciéndole un guiño malicioso, bajó la voz para decirle—: Los fieles amigos de la noche se retiran. Pero llegan los amigos del alba. —Y desapareció sonriendo.

Era cierto. Cuatro nuevos centinelas venían a sustituir a los nocturnos. Los recién llegados se apostaron en la acera, debajo de su balcón, mientras los otros se alejaban somnolientos. Y él sintió por los que se iban una intensa piedad. «No podrán disfrutar de sus hijos hoy. Tendrán que dormir el día para volver a la vela nocturna. Y perderán la dicha de gozar de otro día nuestro.» Les siguió con la mirada. Al doblar la esquina, el sol hizo brillar los cañones de sus rifles automáticos.

Salió al balcón y se apoyó en la baranda.

—Buenos días, muchachos.

Los recién llegados contestaron a su saludo con cordialidad. Los uniformes ajustados modelaban nítidamente sus cuerpos atléticos. «Buen plante de soldados», pensó complacido. El oficial, un joven teniente de aspecto grave, se había adelantado hasta situarse exactamente debajo de él. No pudo ocultar cierta nerviosidad al alzar la cabeza juvenil y enfrentarse a su mirada.

—Usted no debe salir al balcón sin camisa. —Su voz había intentado ser autoritaria, pero la inflexión puesta en las frases había dado a estas el valor de un ruego.

—Tienes razón. Perdona. No me había dado cuenta. —Sonrió al teniente y se retiró. Experimentaba una gran turbación. No se explicaba cómo pudo haberse mostrado así en público. Se sintió culpable y avergonzado como un niño cogido en falta.

—*Maestro, parece usted un gran señor del siglo pasado.*

Miró su camisa ajada sobre la silla de laurel y enea, su corbata de seda negra, sus zapatos de charol deslustrado.

Empezó a vestirse cuidadosamente, estirando las arrugas de la camisa. Ató la corbata con un ancho lazo al estilo del siglo XIX, disimulando hábilmente las partes más deterioradas.

Me gusta lo que hay en ti de otras edades.

La voz de ella volvía a él como un breve relámpago de ternura. Se calzó los zapatos y miró con disgusto las manchas opacas en el charol. Trató de eliminarlas con un pedazo de periódico. Luego se lavó las manos. «Tengo que cambiar el agua», pensó. Se alisó el cabello rebelde y se atusó el bigote. Ya estaba listo. Pero se detuvo en seco.

¿A dónde iba? ¿Ir? Se volvió con desaliento. Miró en derredor y sus ojos se detuvieron en los viejos libros. Sólo quedaban unas pocas docenas de los miles de volúmenes que fue dejando en manos amigas. Su mirada resbaló por los lomos cuyas letras doradas el tiempo había desvaído. Los había leído mil veces. Se sabía de memoria, no sólo las líneas impresas, sino también sus

propias anotaciones escritas a lápiz con letra pequeña e irregular. Su mirada descansó sobre el pequeño volumen de piel roja con dedicatoria de Juan.

Antes de septiembre Juan venía a diario. Era cierto que le sometían a un penoso registro en el zaguán. Para llegar a su habitación las manos y los bolsillos de su único visitante debían estar vacíos. Pero Juan traía noticias, voces amigas, mensajes de aliento, datos valiosos. Después de septiembre, le privaron de sus diarias visitas. Su último consuelo fue verle pasar por las tardes bajo su balcón. Se saludaban en silencio y Juan seguía lentamente su camino hasta desaparecer en la esquina. ¡Cuánta ansiedad en los ojos del amigo al enviarle su diario saludo silencioso! Pero, bruscamente, Juan dejó de pasar por su calle. ¿Qué habría sucedido? No lo supo nunca.

«Juan, mi fiel Juan.» Y se acercó a la cómoda queriendo rechazar el recuerdo. Abrió la primera gaveta. Vio la bandera, doblada cuidadosamente, descansando sobre una masa informe de ropa estrujada y revuelta. *Porque no ha de abandonar el Señor a su pueblo, ni dejar desamparada su heredad.* Tomó la bandera y la acercó suavemente a su mejilla. *Y cayeron las lluvias, y los ríos salieron de madre, y soplaron los vientos y dieron con ímpetu sobre la casa, mas no fue destruida porque estaba fundada sobre piedra.* Sintió una dulce sensación de paz y bienestar. Se acercó a la cama, desdobló el paño tricolor y lo tendió sobre el espaldar de hierro. Luego fue a sentarse en la silla de enea. Y se inmovilizó en una muda e intensa contemplación.

En la pared, detrás de la bandera, sobre la cal manchada de humedad, se destacaba el escudo de la Isla angustiada. Leones rugientes guardando castillos seculares. Reciedumbre del yugo sobre la fuerza mortal de las flechas vengadoras. Cruz de Jerusalén, triunfante de fanáticas cruzadas. Y el cordero blanco, inmaculado, reclinando su mansedumbre sobre el libro de Dios. *Y un río de agua de vida, claro como el cristal, manaba del solio del Cordero.* El estandarte de la paz cristiana flotaba sobre la esperanza verde del escudo. Y la divisa latina proclamaba la catolicidad de su bautismo: *Juan es su nombre.*

«Juan, Juan, ¿dónde estás?, preguntóse. Y la visión de la mirada angustiosa de su amigo le hizo cerrar los ojos. Pero volvió a abrirlos para mirar la bandera. El río de vida que prodigaba el cordero se derramaba sobre el paño tendido en el espaldar de hierro. Y se hacía sangre de martirio sobre el abismo azul, junto a la blancura de la lana pascual.

Porque él no había venido a traer la paz.

—*Moriremos por usted, maestro.*

¡No, por él no! Por la raíz honda de la raza que manos impías querían profanar. Por la tierra dada en heredad para nutrir la raíz sagrada. Por la lengua que legaron los abuelos, por la Cruz de la Redención, por la libertad de la Isla. Por él no. Pero vio correr la sangre de los suyos. Y la sangre de los otros. Y la sangre y la violencia habían sido estelas de dolor en su trágico apostolado.

—*¡Asesino!*

Creían algunos que era fácil. ¿Fácil? *¡Oh, qué angosta es la puerta y cuán estrecha la senda que conduce a la vida escogida!* Y vio la estrella blanca de la bandera sobre el triángulo azul de una trinidad inmutable: amor, vida, muerte. ¿Podría ser de otro modo? Ríos de sangre cruzó el pueblo de Dios para alcanzar su libertad. Y la espada de los libertadores se tiñó de sangre hermana. Y su verbo tuvo también sabor de sangre.

Él sentía sangrar su corazón. Veía el desfile interminable de rostros jóvenes, de mejillas pálidas y de ojos alucinados. *Antorcha de tu cuerpo son tus ojos.*

Los ojos de ella tenían dolor de siglos. «¡Tantos años, oh Dios, tantos años!» Y recordaba ahora su rostro tal como lo vio momentos antes de la partida.

—*Deberás reunirse con nuestro hijo en el exilio. Sólo yo permaneceré en la Isla.*

Y ella obedeció la orden sin interrogaciones, sin llanto, sin palabras. Veía el pelo lacio enmarcando la frente y las mejillas pálidas. Los ojos tristes, con una tristeza que ni los momentos de triunfo eran capaces de borrar. La boca de trazo perfecto, con sus labios apretados, labios acostumbrados al secreto hermético de una vida llena de peligros. Era imposible imaginar aquella boca sonriendo. Y sin embargo, él sabía que había sonreído. Él sabía que hubo una época en que esos labios se habían abierto para dejar escapar la risa de una mujer feliz y enamorada. Lo *sabía*, pero no lo recordaba. No podía revivir ni una sola de sus sonrisas. Sus oídos estaban sordos al sonido de una risa que su memoria se obstinaba en olvidar.

Bruscamente, se puso de pie. La puerta del balcón ponía un marco de sombra a la luz cegadora de la calle. La penumbra de la habitación protegía al tiempo que había allí detenido su marcha.

—¡Luz! —se pidió a sí mismo. Más luz para contrarrestar la luz que amenazaba cegarle. Y pensó en el proceso que era ya inminente. Sólo esperaban acumular todas las pruebas para el arresto oficial. Y luego la cárcel. Otra vez la cárcel. La cárcel siempre. A lo lejos sonaba el bronco ronquido de un barco de turistas entrando a la bahía. Y detrás del velador de caoba se oía el roer de un ratón haciendo fiesta en las tablas viejas del piso. Empezó a pasearse nerviosamente de la zona de luz a la zona de sombras.

¿Eso era todo? Miró al Cristo tallado en madera de los bosques isleños. *Sembrarás y no segarás; prensarás la aceituna y no te ungirás con el óleo.* «¿Qué hora será?», preguntóse de pronto. Y sonrió a pesar suyo. «¿Qué me importa la hora? ¿Qué me importa el tiempo?» El sol continuaba su avance lento, pero inexorable, desde la puerta al centro de la habitación. Y con él avanzaba el reflejo intermitente de la torre de acero. «¿Serán sólo reflejos? ¿Serán rayos lumínicos? ¿Rayos mortales, quizás?» Pero no. *Ellos* eran demasiado civilizados para creer en la pena de muerte.

¿Era ese el fin de su misión? Miró al cordero en el escudo. Y la estrella blanca en la bandera. *Yo no he venido a traer la paz.* La cárcel sería la paz. ¿Por qué el absurdo de un final semejante? ¿Por qué su misión se perdía en el tiempo y el espacio? Se detuvo bruscamente. Las interrogaciones martillaron con mayor insistencia en su cerebro. ¿Por qué se había detenido en su paseo? ¿Qué significaba esa angustia terrible que le iba subiendo a la garganta? ¿Y ese espanto desconocido que le clavaba en el suelo?

El sol, ganando terreno a las sombras, descubrió en ese instante, junto a la cómoda, una espada antigua. Su hoja de Toledo había brillado ensangrentada, proclamando el triunfo de una época heroica y lejana. Hoy descansaba sus siglos de historia bajo una capa de herrumbre: inmóvil, anacrónica, inútil.

—*Me gusta lo que hay en ti de otras edades* —había dicho ella.

Permaneció quieto, petrificado en la zona de luz. El sol dio de lleno en su cabeza.

—*Maestro, tiene usted rostro de Cristo.*

La angustia atenazaba implacable su garganta. Sus manos trataron febrilmente de aflojar el lazo anticuado de la corbata negra que parecía estrangularle. La bocina de un auto de lujo ensordeció la calleja estrecha. Supo entonces que algo terrible, inevitable, iba a herir su mente. *Mi reino no es de este mundo.* Y fue como un doloroso deslumbramiento que le abrasó el corazón. Casi gritó las palabras:

—¡YO NO PERTENEZCO A ESTA EDAD EN QUE VIVO!

La tensión de su cuerpo preparándose para el espanto de la revelación había sido tan terrible que por un momento creyó sentir todos sus miembros desgajarse brutalmente. Jadeante, sudoroso, dolorido, se asombró de percibir, sin resistencia ya de su parte, la aceptación total del hecho revelado. ¡Vivía una época que no era la suya! Y un miedo metafísico le iba enfriando el corazón. «Dios, Dios mío, dame la muerte.» Pero la muerte, que él había lanzado contra los otros, no venía a él.

Había sacudido brutalmente con la violencia y el odio a un mundo calladamente triste, resignadamente dócil. Había querido revivir un mundo de sueños sublimes e ideales heroicos en un mundo donde apenas cabía el ideal miserable de sobrevivir a cada día. Había dejado una huella, un testimonio. Pero no podía ir más allá. *Sembrarás y no segarás; pisarás la uva y no beberás el vino.* El pasado vivía en él. Y vio claramente que su misión no era de este mundo innoble y burdo, tan hostil al pasado. ¿Para qué la vida? Y sin embargo, la muerte no acudía a su llamada. Ni siquiera el proceso inminente traería la muerte. «Son demasiado civilizados para creer en la última pena», volvió a decirse con angustia amargura. El sol envolvía ahora todo su cuerpo. Y la luz era más dolorosa que las sombras.

Tomó una decisión brusca. Cogió el bastón con empuñadura de plata y salió de la habitación. Cruzó la sala inhospitalaria y vacía de muebles. En el vestíbulo, se puso el viejo sombrero de fieltro negro.

Mientras bajaba la empinada escalera, su espíritu fue sosegándose y fueron aquietándose sus pensamientos. *Bienaventurados los que padecen persecución de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos.* Al llegar al zaguán, ya su mirada era serena y su sonrisa tranquila. Puso el pie en la acera y vio el gesto de estupor de los cuatro hombres. Su sonrisa se hizo más amplia.

—¿Cansados de la guardia, muchachos? —Y sin esperar respuesta, echó a andar calle abajo.

Ahora gritarían: «¡Alto!» Él fingiría no oír la orden. «Ojalá que su puntería sea buena.» Por suerte la calle estaba desierta. No habría víctimas inocentes. Por vez primera en su vida era su propia sangre la que contaba. Pensó en el vecino. ¿Qué diría de lo ocurrido? Y vino a su mente el recuerdo del hijo en exilio. «Se sentirá orgulloso», pensó sonriendo.

—*Yo moriré antes que tú* —había dicho ella.

Pero viviría después de él, con sus ojos eternamente tristes y sus labios herméticos. Y pensó en Juan. «Juan, mi fiel amigo, estaremos juntos. Otra vez juntos.» Sobre la calle se proyectaban los balcones de hierro forjado como viejos encajes de mantillas negras. El sol hería los adoquines entre las masas sombrías de las casas centenarias. «Construían para la eternidad.» Y oyó las campanas de la Catedral dando la hora. «¿Por qué tarda tanto la muerte?»

De pronto, sintió unos pasos firmes a sus espaldas. «Ya llega. Ya llega.» Se detuvo conteniendo la respiración. Fijó la vista en la cruz negra de un poste telefónico, y repitió mentalmente las palabras del Hijo: *En tus manos encomiendo mi espíritu*. Por un momento el mundo pareció haber detenido su marcha. Luego, una voz rompió la solemnidad postrera:

—¡Maestro! —El nombre sonó extraño, casi absurdo en aquel instante. Se volvió lentamente.

Ante él se erguía el joven teniente de aire grave. No pudo reprimir un gesto de asombro. ¿Fue él quien le llamó «maestro»? Miró las manos vacías colgando a ambos lados del uniforme. ¿Y la muerte? La pistola asomaba su culata negra, descansando pacífica en la baqueta de cuero. ¿Y la muerte? En el fondo, bajo el balcón, las tres figuras permanecían en sus puestos con los rifles automáticos al hombro. Sintió un extraño desasosiego. Buscó ansioso los ojos del teniente, y se estremeció al ver en ellos una angustiada súplica. Comprendió al fin la terrible verdad. Era inútil buscar la muerte. La muerte no vendría. Experimentó un sentimiento de rebeldía súbita, incontenible. Su mano crispóse sobre el bastón y sintió deseos de golpear, de violentar aquella pasividad, de provocar el desastre, de hacerlo inevitable. Pero sus ojos tropezaron otra vez con la mirada suplicante del otro. «No me matará. Me dominará por la fuerza bruta. Pero no me matará.» Y supo entonces cómo pesan los años. Un cansancio de siglos le encorvó la espalda. Sintió el sabor amargo de la vejez como nunca antes lo sintiera. Viejo y cansado, empequeñecióse súbitamente junto a la figura atlética del teniente.

—¿Desea usted algo?

—*Deseo la muerte* —pensó. Pero no lo dijo.

—No es necesario que usted salga de la casa. Si desea algo, yo mismo se lo traeré.

¿Qué decía aquel hombre joven y lleno de vida? No importaba lo que dijera. Él comprendía ahora por qué le había llamado «maestro». Comprendía su solicitud y su conflicto. Le habían encomendado la custodia de un anciano. Y sentía el rubor de su fuerza ante la impotencia de la vejez deshecha. La caridad y la misericordia anidaban en el corazón del teniente atlético. «Me da la limosna de llamarme “maestro”», pensó mientras sus ojos, enturbiados por la lágrimas, miraban con dolorosa gratitud los ojos angustiados de su involuntario antagonista. ¿Y el joven vecino en su saludo matinal? ¿Y Juan en sus diarias visitas? ¿Habrían ellos también sentido lástima del anciano en desgracia? «Oh, no, Dios, aparta de mí este último cáliz.»

Echó a andar con dificultad. El bastón con empuñadura de plata, símbolo de su arrogancia hidalga, fue ahora báculo necesario para sus pasos vacilantes. El otro se acercó. ¿Iría a ofrecerle el apoyo de su brazo? «Tiene la delicadeza de no hacerlo», pensó con alivio. Y prosiguió su marcha de regreso.

Al llegar a la puerta del zaguán, vio los cañones de los rifles automáticos sobre las espaldas de los guardianes. «Tampoco de ahí vendrá la muerte.» E inició penosamente el ascenso de la empinada escalera.

La luz se quedaba atrás con los guardianes del día. Y las sombras, peldaño a peldaño, iban invadiendo su alma. Al llegar a arriba, colgó el viejo sombrero de fieltro en la percha del vestíbulo. Cruzó la casa vacía e inhospitalaria. El golpear del bastón sobre las maderas del piso, se repetía en eco bajo las vigas de ausubo y los ladrillos del techo. Entró en su habitación. Sobre

el velador de caoba, junto al quinqué, estaba el almuerzo. Lo habían traído durante su corta ausencia. «Son incapaces de darme la muerte. Pero me dan el pan amargo de cada día.» Pan para el vientre. Pero tanto el vientre como el pan serían destruidos por Dios. Y miró el cordero evangélico del escudo, y la estrella solitaria de la bandera.

Se acercó a la cama. Dejó caer el bastón sobre las sábanas revueltas. Tomó el paño tricolor del espaldar de hierro y empezó a doblarlo con gestos lentos, casi litúrgicos. Cuando terminó la operación, se dirigió a la cómoda. Antes de guardar la bandera doblada, la acercó a su mejilla. Y permaneció así por unos segundos. El calor de la piel se comunicaba al paño. Y tuvo la sensación de que insuflaba algo de su propia vida a la bandera de la estrella blanca y solitaria. La colocó al fin sobre la ropa ajada y cerró la gaveta.

Luego se dirigió al lavabo. Cogió la palangana de loza y se acercó a la ventanuca del fondo. La abrió y derramó el agua sucia en el patio desierto. El agua, al caer, produjo un murmullo largo, como un *amén* de beatas en rezo. Volvió a colocar la palangana en su sitio. Vertió en ella agua limpia de la jarra. Estiró meticulosamente la toalla en el toallero. Y fue a sentarse en la silla de laurel y enea.

Su mirada se escurrió, del Crucificado al bastón negro sobre la sábana, luego al escudo verde en la pared, a las viandas enfriándose en el velador junto al quinqué de tubo ennegrecido, y siguió hasta el lavabo y la toalla, para llegar a la cómoda. Al fin se detuvo en la espada enmohecida e inútil. *¡Oh, qué angosta es la puerta y cuán estrecha la senda que conduce a la muerte!* Ya el tiempo no estaba detenido en la habitación. Seguía su curso inmutable a pesar del Cristo, de la cama de hierro, del quinqué ennegrecido, del lavabo anacrónico, de la espada española. ¡Cuán grande era el cansancio que sentía su alma! ¡Qué enorme la fatiga del cuerpo envejecido! ¡Y qué difícil morir! ¡Qué difícil!

¡Si tan sólo supiera la verdad del mañana! Otro proceso más. Y la cárcel luego. ¿Eso era todo? La espada silenciosa e inútil proyectaba una sombra larga y fina junto a la cómoda. *No andarás acongojado por el día de mañana, que el día de mañana traerá de por sí hartos cuidados.*

—Es cierto, —musitó en medio de su terrible cansancio— bástele a cada día su propio afán. — Y se quedó quieto, con la cabeza inclinada hacia adelante, los ojos fijos en la espada de otros siglos, esperando que pasara la muerte.

En el fondo del caño hay un negrito

José Luis González

1

La primera vez que el negrito Melodía vio al otro negrito en el fondo del caño fue temprano en la mañana del tercer o cuarto día después de la mudanza, cuando llegó gateando hasta la única puerta de la nueva vivienda y se asomó para mirar hacia la quieta superficie del agua allá abajo.

Entonces el padre, que acababa de despertar sobre el montón de sacos vacíos extendidos en el piso, junto a la mujer semidesnuda que aún dormía, le gritó:

—¡Mire... eche p'adentro! ¡Diantre 'e muchacho desinquieta!

Y Melodía, que no había aprendido a entender las palabras, pero sí a obedecer los gritos, gateó otra vez hacia adentro y se quedó silencioso en un rincón, chupándose un dedito porque tenía hambre.

El hombre se incorporó sobre los codos. Miró a la mujer que dormía a su lado y la sacudió flojamente por un brazo. La mujer despertó sobresaltada, mirando al hombre con ojos de susto. El hombre se rió. Todas las mañanas era igual: la mujer despertaba con aquella cara de susto que a él le provocaba una gracia sin maldad. La primera vez que él le vio aquella cara de susto a la mujer no fue en un despertar, sino la noche que se acostaron juntos por primera vez. Quizá por eso a él le hacía gracia verla salir así del sueño todas las mañanas.

El hombre se sentó sobre los sacos vacíos.

—Bueno —se dirigió entonces a ella—. Cuela el café.

La mujer tardó un poco en contestar:

—No queda.

—¿Ah?

—No queda. Se acabó ayer.

Él casi empezó a decir: «¿Y por qué no compraste más?», pero se interrumpió cuando vio que la mujer empezaba a poner aquella otra cara, la cara que a él no le hacía gracia y que ella sólo ponía cuando él le hacía preguntas como esa. La primera vez que él le vio aquella cara a la mujer fue la noche que regresó a la casa borracho y deseoso de ella y se le fue encima pero la borrachera no le dejó hacer nada. Quizá por eso a él no le gustaba verle aquella cara a la mujer.

—¿Conque se acabó ayer?

—Ajá.

La mujer se puso de pie y empezó a meterse el vestido por la cabeza. El hombre, todavía sentado sobre los sacos vacíos, derrotó su mirada y la fijó por un rato en los agujeros de su camiseta.

Melodía, cansado ya de la insipidez del dedo, se decidió a llorar. El hombre lo miró y preguntó a la mujer:

—¿Tampoco hay ná pal nene?

—Sí... Conseguí unas hojítah 'e guanábana. Le guá'cer un guarapillo 'horita.

—¿Cuántos díah va que no toma leche?

—¿Leche? —la mujer puso un poco de asombro inconsciente en la voz—. Desde antier.

El hombre se puso de pie y se metió los pantalones. Después se allegó a la puerta y miró hacia afuera. Le dijo a la mujer:

—La marea 'tá alta. Hoy hay que dir en bote.

Luego miró hacia arriba, hacia el puente y la carretera. Automóviles, guaguas y camiones pasaban en un desfile interminable. El hombre sonrió viendo cómo desde casi todos los vehículos alguien miraba con extrañeza hacia la casucha enclavada en medio de aquel brazo de mar: el «caño» sobre cuyas márgenes pantanosas había ido creciendo hacía años el arrabal. Ese alguien por lo general empezaba a mirar la casucha cuando el automóvil, o la guagua o el camión, llegaba a la mitad del puente, y después seguía mirando, volteando gradualmente la cabeza hasta que el automóvil, o la guagua o el camión, tomaba la curva allá adelante. El hombre sonrió. Y después murmuró:

—¡Pendejos!

A poco se metió en el bote y remó hasta la orilla. De la popa del bote a la puerta de la casa había una soga larga que permitía a quien quedara en la casa atraer nuevamente el bote hasta la puerta. De la casa a la orilla había también un puentecito de madera, que se cubría con la marea alta.

Ya en la orilla, el hombre caminó hacia la carretera. Se sintió mejor cuando el ruido de los automóviles ahogó el llanto del negrito en la casucha.

La segunda vez que el negrito Melodía vio al otro negrito en el fondo del caño fue poco después del mediodía, cuando volvió a gatear hasta la puerta y se asomó y miró hacia abajo. Esta vez el negrito en el fondo del caño le regaló una sonrisa a Melodía. Melodía había sonreído primero y tomó la sonrisa del otro negrito como una respuesta a la suya. Entonces hizo así con la manita, y desde el fondo del caño el otro negrito también hizo así con su manita. Melodía no pudo reprimir la risa, y le pareció que también desde allá abajo llegaba el sonido de otra risa. La madre lo llamó entonces porque el segundo guarapillo de hojas de guanábana ya estaba listo.

Dos mujeres, de las afortunadas que vivían en tierra firme, sobre el fango endurecido de las márgenes del caño, comentaban:

—Hay que velo. Si me lo 'bieran contaó, 'biera dicho qu'era embuste.

—La necesidá, doña. A mí misma, quién me 'biera dicho que yo diba llegar aquí. Yo que tenía hasta mi tierrita...

—Pueh nojotroh fuimoh de los primeroh. Casi no 'bía gente y uno cogía la parte máh sequecita, ¿ve? Pero los que llegan ahora, fíjese, tienen que tirarse al agua, como quien dice. Pero, bueno, y... esa gente, ¿de onde diantre habrán salío?

—A mí me dijeron que por aí por Isla Verde 'tán orbanisando y han sacao un montón de negroh arrimaoh. A lo mejor son d'esoh.

—¡Bendito...! ¿Y usted se ha fijao en el negrito qué mono? La mujer vino ayer a ver si yo tenía unas hojitah de algo para hacerle un guarapillo, y yo le dí unas poquitah de guanábana que me quedaban.

—¡Ay, Virgen, bendito....!

Al atardecer, el hombre estaba cansado. Le dolía la espalda. Pero venía palpando las monedas en el fondo del bolsillo, haciéndolas sonar, adivinando con el tacto cuál era un vellón, cuál de diez, cuál una peseta. Bueno... hoy había habido suerte. El blanco que pasó por el muelle a recoger su mercancía de Nueva York. Y el obrero que le prestó su carretón toda la tarde porque tuvo que salir corriendo a buscar a la comadrona para su mujer que estaba echando un pobre más al mundo. Sí, señor. Se va tirando. Mañana será otro día.

Se metió en un colmado y compró café y arroz y habichuelas y unas latitas de leche evaporada. Pensó en Melodía y apresuró el paso. Se había venido a pie desde San Juan para no gastar los cinco centavos de la guagua.

3

La tercera vez que el negrito Melodía vio al otro negrito en el fondo del caño fue al atardecer, poco antes de que el padre regresara. Esta vez Melodía venía sonriendo antes de asomarse, y le asombró que el otro también se estuviera sonriendo allá abajo. Volvió a hacer así con la manita y el otro volvió a contestar. Entonces Melodía sintió un súbito entusiasmo y un amor indecible hacia el otro negrito. Y se fue a buscarlo.

Campeones

Pedro Juan Soto

De mis andanzas por los billares del Harlem y del Bronx hispanos, brotó «Campeones». El personaje de Puruco representa mis ansias de destacarme en ese medio arrabalero, a la vez que refleja mi miedo de lograrlo. Puruco es el adolescente que aspira a conquistar «el mundo» pese a las múltiples humillaciones que pueda sufrir en su empeño. Está dispuesto no sólo a sobrevivir, sino a imponerse. Su bolsa de valores no contiene más que humo y monedas falsas, claro está, pero su actitud retadora, individualmente, es admirable: ha decidido ser campeón y no un mediocre más.

Puruco fue, en la realidad, un amigo de la infancia. Por sus travesuras en Cataño, se la pasaba atado por una pierna a la mesa del comedor. Entre los chiquillos de su edad, cada escapatoria suya hacía noticia. Recordar al Puruco real en Nueva York me hizo escribir el cuento. Mis visitas a los billares me hizo situarlo frente a aquellos «campeones» cuyas proezas de billar yo jamás podría igualar. Ser hermano mayor de un devoto adolescente de ese juego, detrás de quien iba en busca cada vez que él tardaba en llegar a la casa, me hizo querer dramatizar la solitaria etapa de la adolescencia entre el conglomerado puertorriqueño-neoyorquino.

El taco hizo un último vaivén sobre el paño verde, picó al mingo y lo restalló contra la bola quince. Las manos rollizas, cetrinas, permanecieron quietas hasta que la bola hizo clop en la tronera y luego alzaron el taco hasta situarlo diagonalmente frente al rostro ácnido y fatuo: el ricito envaselinado estaba ordenadamente caído sobre la frente, la oreja atrapillaba el cigarrillo, la mirada era oblicua y burlona, y la pelusilla del bigote había sido acentuada a lápiz.

—¿Quiubo, men? —dijo la voz aguda—. Ese sí fue un tiro de campeón, ¿eh?

Se echó a reir entonces. Su cuerpo chaparro, grasiento, se volvió una mota alegremente tembluzca dentro de los ceñidos mahones y la camiseta sudada.

Contemplaba a Gavilán —los ojos demasiado vivos no parecían tan vivos ya, la barba de tres días pretendía enmarañar el malhumor del rostro y no lo lograba, el cigarrillo cenizoso mantenía cerrados los labios detrás de los cuales nadaban las palabrotas— y disfrutaba de la hazaña perpetrada. Le había ganado dos mesas corridas. Ciertamente Gavilán había estado seis meses en la cárcel, pero eso no importaba ahora. Lo que importaba era que había perdido dos mesas con él, a quien estas victorias colocaban en una posición privilegiada. Lo ponían sobre los demás, sobre los mejores jugadores del barrio y sobre los que le echaban en cara la inferioridad de sus dieciséis años —su «nenura»— en aquel ambiente. Nadie podría ahora despojarle de su lugar en Harlem. Era *el nuevo*, el sucesor de Gavilán y los demás individuos respetables. Era igual... No. Superior, por su juventud: tenía más tiempo y oportunidades para sobrepasar todas las hazañas de ellos.

Tenía ganas de salir a la calle y gritar: «¡Le gané dos mesas corridas a Gavilán! ¡Digan ahora! ¡Anden y digan ahora!» No lo hizo. Tan sólo entizó su taco y se dijo que no valía la pena. Hacía sol afuera, pero era sábado y los vecinos andarían por el mercado a esta hora de la mañana. No tendría más público que chiquillos mocosos y abuelas desinteresadas. Además, cierta humildad era buena característica de campeones.

Recogió la peseta que Gavilán tiraba sobre el paño y cambió una sonrisa ufana con el coime y los tres espectadores.

—Cobra lo tuyo —dijo al coime, deseando que algún espectador se moviera hacia las otras mesas para regar la noticia, para comentar cómo él —Puruco, aquel chiquillo demasiado gordo, el de la cara barrosa y de la voz cómica— había puesto en ridículo al gran Gavilán. Pero al parecer, estos tres esperaban otra prueba.

Guardó sus quince centavos y dijo a Gavilán, que se secaba su demasiado sudor de la cara:

—¿Vamos pa la otra?

—Vamoh —dijo Gavilán, cogiendo de la taquera otro taco para entizarlo meticulosamente.

El coime desenganchó el triángulo e hizo la piña de la próxima tanda.

Rompió Puruco, dedicándose enseguida a silbar y a pasearse alrededor de la mesa elásticamente, casi en la punta de las tenis.

Gavilán se acercó al mingo con su pesadez característica y lo centró, pero no picó todavía. Simplemente alzó la cabeza peludísima, dejando el cuerpo inclinado sobre el taco y el paño, para decir:

—Oye, déjame el pitito.

—Okey, men —dijo Puruco, y batuteó su taco hasta que oyó el tacazo de Gavilán y volvieron a correr y a chasquear las bolas. Ninguna se entroneró.

—Ay, bendito —rió Puruco—. Si lo tengo muerto a ehte hombre.

Picó hacía la uno, que se fue y dejó a la dos enfilada hacia la tronera izquierda. También la dos se fue. Él no podía dejar de sonreír hacía uno y otro rincón del salón. Parecía invitar a las arañas, a las moscas, a los boliteros dispersos entre la concurrencia de las demás mesas, a presenciar esto.

Estudió cuidadosamente la posición de cada bola. Quería ganar esta otra mesa también, aprovechar la reciente lectura de libro de Willie Hoppe y las prácticas de todos aquellos meses en que había recibido la burla de sus contrincantes. El año pasado no era más que una chata; ahora comenzaba la verdadera vida, la de campeón. Derrotado Gavilán, derrotaría a Mamerto y al Bimbo.... «¡Ábranse paso a Puruco!», dirían los conocedores. Y él impresionaría a los dueños de billares, se haría de buenas conexiones. Sería guardaespaldas de algunos y amigo íntimo de otros. Tendría cigarrillos y cerveza gratis. Y mujeres, no chiquillas estúpidas que andaban siempre con miedo y que no iban más allá de algún apretujón en el cine. De ahí, a la fama: el macho del barrio, el individuo indispensable para cualquier asunto —la bolita, el tráfico de narcóticos, la hembra de Riverside Drive de paseo por el barrio, la pelea de esta pandilla con la otra para resolver «cosas de hombres».

Con un pujido pifió la tres y maldijo. Gavilán estaba detrás de él cuando se dio vuelta.

—¡Cuidado con echarme fufú! —dijo encrespándose.

Y Gavilán:

—Ay, deja eso.

—No, no vengah con eso, men. A cuenta que estáh perdiendo.

Gavilán no respondió. Centró al mingo a través del humo que le arrugaba las facciones y lo disparó para entronerar dos bolas en bandas contrarias.

—¿Lo ve? —dijo Puruco, y cruzó los dedos para salvaguardarse.

—¡Cállate la boca!

Gavilán tiró a banda, tratando de meter la cinco, pero falló. Puruco estudió la posición de su bola y se decidió por la tronera más lejana pero más segura. Mientras centraba, se dio cuenta de que tendría que descruzar los dedos. Miró a Gavilán con suspicacia y cruzó las dos piernas para picar. Falló el tiro.

Cuando alzó la vista, Gavilán sonreía y se chupaba la encía superior para escupir su piorrea. Ya no dudó de que era víctima de un hechizo.

—No relaje, men. Juega limpio.

Gavilán lo miró extrañado, pisando el cigarrillo distraídamente.

—¿Qué te pasa a ti?

—No —dijo Puruco—, que no sigah con ese bilongo.

—¡Adió! —rió Gavilán—. Sí éhte cree en brujoh.

Llevó el taco atrás de su cintura, amagó una vez, y entroneró fácilmente. Volvió a entronerar en la próxima. Y en la otra. Puruco se puso nervioso. O Gavilán estaba recobrando su destreza, o aquel bilongo le empujaba el taco. Si no sacaba más ventaja, Gavilán ganaría esta mesa.

Entizó su taco, tocó madera tres veces, y aguardó turno. Gavilán falló su quinto tiro. Entonces Puruco midió distancia. Picó, metiendo la ocho. Hizo una combinación para entronerar la once con la nueve. La nueve se fue luego. Caramboleó la doce a la tronera y falló luego la diez. Gavilán también la falló. Por fin logró Puruco meterla, pero para la trece casi rasga el paño. Sumó mentalmente. No le faltaban más que ocho tantos, de manera que podía calmarse.

Pasó el cigarrillo de la oreja a los labios. Cuando lo encendía de espaldas a la mesa para que el abanico no apagara el fósforo, vio la sonrisa socarrona del coime. Se volteó rápidamente y

cogió a Gavilán *in fraganti*: los pies levantados del piso mientras el cuerpo se ladeaba sobre la banda para hacer fácil el tiro. Antes de que pudiera hablar, Gavilán había entronerado la bola.

—¡Oye, men!

—¿Qué pasa? —dijo Gavilán tranquilamente, ojeando el otro tiro.

—¡No me vengah con eso, chico! Así no me ganah.

Gavilán arqueó una ceja para mirarlo, y aguzó el hocico mordiendo el interior de la boca.

—¿Qué te duele? —dijo.

—No, que así no —abrió los brazos Puruco, casi dándole al coime con el taco. Tiró el cigarrillo violentamente y dijo a los espectadores—: Uhtedeh lo han vihto, ¿veldá?

—¿Vihto qué? —dijo, inmutable, Gavilán.

—Na, la puerká esa —chillaba Puruco—. ¿Tú te creh que yo soy bobo?

—Adiód, cará —rió Gavilán—. No me pregunteh a mí, porque a lo mejol te lo digo.

Puruco dio con el taco sobre una banda de la mesa.

—A mí me tieneh que jugar limpio. No te conformah con hacerme cábala primero, sino de dehpuéh te meteh hacer trampa.

—¿Quién hizo trampa? —dijo Gavilán. Dejó el taco sobre la mesa y se acercó sonriendo a Puruco—. ¿Tú díceh que yo soy tramposo?

—No —dijo Puruco, cambiando de tono, aninando la voz, vacilando sobre sus pies—. Pero eh qui así no se debe jugar, men. Sí ti han vihto.

Gavilán se volvió hacia los otros.

—¿Yo he hecho trampa?

Sólo el coime sacudió la cabeza. Los demás no dijeron nada, cambiaron la vista.

—Pero si ehtabah encaramao en la mesa, men —dijo Puruco.

Gavilán le empuñó la camiseta como sin querer, desnudándole la espalda fofa cuando lo atrajo hacia él.

—A mí nadie me llama tramposo.

En todas las otras mesas se había detenido el juego. Los demás observaban desde lejos. No se oía más que el zumbido del abanico y de las moscas, y la gritería de los chiquillos en la calle.

—¿Tú te creeh qui un pilemielda como tú me va a llamar a mí tramposo? —dijo Gavilán, forzando sobre el pecho de Puruco el puño que desgarraba la camiseta—. Te dejo ganar doh mesitah pa que tengas de qué echártelah, y ya te creeh rey. Echa p'allá, infelih —dijo entre dientes—. Cuando crehcas noh vemo.

El empujón lanzó a Puruco contra la pared de yeso, donde su espalda se estrelló de plano. El estampido llenó de huecos el silencio. Alguien rió, jijeando. Alguien dijo: «Fanfarrón que es.»

—Y lárgate di aquí anteh que te meta tremenda patá —dijo Gavilán.

—Okey, men —tartajeó Puruco, dejando caer el taco.

Salió sin atreverse a alzar la vista, oyendo de nuevo tacazos en las mesas, risitas. En la calle tuvo ganas de llorar, pero se resistió. Eso era de mujercitas. No le dolía el golpe recibido; más le dolía lo otro: aquel «cuando crehcas noh vemo». Él era un hombre ya. Si le golpeaban, si lo mataban, que lo hicieran olvidándose de sus dieciséis años. Era un hombre ya. Podía hacer daño, mucho daño, y también podía sobrevivir a él.

Cruzó a la otra acera pateando furiosamente una lata de cerveza, las manos pellizcando, desde dentro de los bolsillos, su cuerpo clavado a la cruz de la adolescencia.

Le había dejado ganar dos mesas, decía Gavilán. Embuste. Sabía que las perdería todas con él, de ahora en adelante, con el nuevo campeón. Por eso la brujería, por eso la trampa, por eso el golpe. Ah, pero aquellos tres individuos regarían la noticia de la caída de Gavilán. Después Mamerto y el Bimbo. Nadie podía detenerlo ahora. El barrio, el mundo entero, iba a ser suyo.

Cuando el aro del barril se le enredó entre las piernas, lo pateó a un lado. Le dio un manotazo al chiquillo que venía a recogerlo.

—Cuidao, men, que te parto un ojo —dijo iracundo.

Y siguió andando, sin preocuparse de la madre que le maldecía y corría hacia el chiquillo lloroso. Con los labios apretados, respiraba hondo. A su paso, veía caer serpentinas y llover vítores de las ventanas desiertas y cerradas.

Era un campeón. Iba alerta sólo al daño.

(1955)

Sol negro

Emilio Díaz Valcárcel

*Esta es la canción del bongó
¡Aquí, el que más fino sea,
responde si llamo yo!*

Nicolás Guillén
(«Canción del bongó»)

El negro Bernabé Quirindongo sentía que la sangre hervía en sus venas cuando escuchaba un son. Sentado a la puerta de su rancho, alrededor del cual se amontonaban las otras casuchas de la diminuta colonia negra del pueblo, pasaba horas y horas buscándoles sentido a los ruidos. En el borde del solar se apretaba la docena de caras negras de los vecinos más próximos, los ojos encandilados, las manos sarmentosas golpeando sobre las rodillas para estimular a Bernabé Quirindongo, cuyos dedos tamborileaban sobre el tabique, sobre el soberado inútilmente: ningún sonido rico, capaz de igualarse a los que resonaban en su cabeza. Luciana Quiles venía observando al muchacho desde bien pequeño, asomada a la ventana de su rancho; desde un principio intuyó el ritmo que lo torturaba; el negrito era tamborilero de nacimiento.

Mamá Romualda, sofocada detrás del hornillo, aventando las brasas con un cartón mantecoso, se angustiaba pensando en las sonoras frustraciones de su negro. Vendía fritangas que hasta las niñas más dulces y rubias del pueblo comían relamiéndose. En un cacharro, metía moneda tras moneda. El negro Bernabé Quirindongo, negro inútil para la gente, quería un cuero donde descargar su ritmo; molestaba a su mamá, exigiendo para sus dedos ansiosos los parches maravillosos de un bongó. Pa cupá, movía los labios, pa cupá, pero el tabique, o el soberado o la lata de basuras, bajo sus yemas milagrosas, producían un ruido desilusionante. Las caras negras, apretadas en el borde del solar, sonaban las palmas, La vecina Luciana Quiles, de setenta años, nieta de esclavos, presa de un vértigo que estremecía su cuerpo huesoso, dirigía el grupo con trémula voz de cencerro.

En los sordos atardeceres los cocoteros se volvían sombras metálicas sobre el monte, enrojecía el horizonte y el alma de Bernabé Quirindongo se llenaba de una ruidosa paz sólo expresable con el repique lento de unos cueros. En las mañanas el sol maduraba en las puntas de los pinos, clavaba cuchillos de luz dentro del rancho y Bernabé Quirindongo («pa cupá», se estremecían sus labios) lo hubiera descrito con un alegre tamborero. Los truenos quemaban el silencio encima de las cumbreras, espantaban la paz de los blancos, rodaban hasta apagarse en los breñales del otro lado del río y Bernabé Quirindongo, mejor que nadie, hubiese copiado su misterio sonoro con sólo hacer trepidar sus dedos amorcillados. Pero Bernabé Quirindongo, negro inútil que golpeaba el aire en busca de un bongó impalpable, se tenía que vaciar por los labios.

—Pa cupá —murmuraba.

Cuando Bernabé Quirindongo fue recluido en el hospitalillo a causa de la hernia, su mamá Romualda Quirindongo se emborrachó y empezó a mendigar con los ojos arrasados en lágrimas. De cada peso recaudado, se bebía medio. Fue un espectáculo del que gozaron hasta los blancos más refinados. La negra recorría las calles en su bata descolorida, dando traspiés, y sus enormes senos se bamboleaban como borrachos; suplicaba, gemía; mendigaba. Luego, a solas, contaba el dinero recogido.

En realidad, nunca se supo si el negro estuvo o no curándose la hernia. Lo cierto es que una mañana, después de los lamentos y de la recaudación de su mamá, apareció en la puerta del rancho con un bongó nuevo. La misma Luciana Quiles, que sabía de esas cosas, le arrancó la etiqueta del precio. Bernabé atacaba los parches y sus belfos seguían la cadencia y emitían

sonidos de bongó golpeado: «rroc cotó, ta cupá». Sus ojos, agarrados a la lejanía, parecían encenderse. Su zarabanda no molestaba a nadie: el último marido de su mamá, el hombre colorado que apareció una mañana tirado en los pajonales de la antigua vaquería, se había marchado hacia el centro de la Isla, maldiciendo la costa. Bernabé nunca conoció a su padre. Luciana Quiles sospechaba de un jamaíquino que arribó, veinte años atrás, cuando la diminuta colonia constaba sólo de media docena de cobertizos desportillados, a trabajar en la construcción del puente. Para los efectos, Romualda era papá y mamá del muchacho. El día de Reyes pasado, mientras Bernabé afinaba su instrumento y las caras negras comenzaban a apretujarse asombradas en la orilla del solar, Romualda le regaló un cortauñas.

—Eso e pa que no rompa lo cuero —le dijo. La vieja Luciana Quiles la abrazó. Coc coró pacú, dijo el bongó en tan memorable fecha.

Romualda tuvo muchas discusiones con la gente. Su hijo no era ningún idiota, simplemente le había salido músico; que miraran a ver si en todo el pueblo había alguien, fíjense bien, alguien que tuviese la armonía que tenía él. Los mozalbetes le rodeaban con güiros y maracas, intentando un ritmo. Bernabé Quirindongo no se dignaba mirarlos y sus ojos, encandilados, miraban por sobre los hombros. Cuando sus dedos golpeaban, ni la vecina Luciana Quiles, ni aún su misma mamá, merecían una mirada suya. Era todo concentración. Todo oídos. Bastaba gritarle una palabra al azar para que los cueros dejaran escapar su consonancia junto a los labios murmuradores. ¡Ramón!: rrocotó bembón. Cuando los relámpagos hendían el horizonte sobre los guayabales, permanecía inmóvil, el oído preparado, hasta que le llegaba el sordo rugir del trueno. Sus dedos cobraban entonces vida. Las caras negras corrían bajo la lluvia a oír la maravilla. Boróm bóm, y sus ojos se extraviaban por un instante mientras el oído mágico registraba la ruidosa cadencia.

—Ese e un negro santo —decía la vecina Luciana Quiles—. Va a morí po los oído.

Romualda se sentía orgullosa de su muchacho y lo estimulaba. Pasaba su mano mantecosa sobre la cabeza inclinada de su hijo. Había como una ancestral venganza en aquellas tocatas. Su negro la estaba redimiendo de algo que no comprendía. Se sentía liviana, ágil; algún peso indescriptible la abandonaba siempre que escuchaba el resonar en la puerta de su rancho.

Una mañana, sin que Bernabé Quirindongo la viera, llegó la más clara de las hijas. Tenía el pelo sedoso y los ojos amarillos. Mariana traía a un mulatito de seis meses en los brazos y lo dijo bien claro, para que todo el vecindario lo oyera: el bebé, concebido en uno de los arrabales de San Juan, no habría quien se lo arrebataste. Hizo saber su nombre: Milton, Milton Quirindongo, y se quedó mirando a la gente por si alguien decía algo. Lo criaría aunque no tuviese padre. Para él las mejores mantas del mundo, las miradas tiernas, el mejor biberón, el lecho más blando, las mejores migajas. Bernabé no se dignó mirar a su sobrino, ocupado como estaba. La negra Romualda, de pronto, entusiasmada por el color lechoso de su nieto, dio un viraje sentimental. Sentía que se le ablandaban las rodillas cuando el nieto emitía un berrido. Vendía de prisa sus chicharrones, descuidaba la sazón de las fritangas, olvidaba dar el vuelto a los clientes. La imagen de su último marido desapareció como una ardilla en un matorral. Nadie más existía para ella. Y Bernabé Quirindongo, con su cara impertérrita, los ojos flameantes, les buscaba sentido a los ruidos. El bebé lloraba: guá, pa cupá. «Se me cayó la sartén», decía su mamá. Ten ten terén, contestaba moviendo sus labios morados y resquebrajados por el silencio. Las caras negras apretadas en el borde del solar, los ojos y los dientes blancos, las manos agitadas, rodeaban su cadencia. Luciana Quiles se estremecía, en trance; un meneo atávico hacía temblar su piel apergaminada: «¡Bernabé! ...» Merecumbé. Los sonidos saltaban enloquecidos. «¡Mariana!» Barám barambana.

Mariana trabajaba por las tardes. Acudía a fregar los trastes a casa del hombre más rico del pueblo. De allá traía pedacitos de pollo, golosinas envueltas en papel de periódicos para su mulatito. Romualda permanecía en el quiosco, acalorada tras el hornillo, soplando las brasas. Sus ojos venosos se volvían dulces cuando contemplaba al nieto y ya no había palabras sonoras en la casa. No había palabras en la casa, pero el bongó era nuevo aunque tuviera manchas grasosas en el cuero.

Un día el sobrinito de Bernabé amaneció con fiebre. Corrió Luciana Quiles y su media docena de negros: traía un brebaje de yerbas. Llegó un hombre pálido, vestido de blanco, con un

extraño collar de goma al cuello. El negro, en la puerta del rancho, esperaba con sus dedos puestos en los parches. Sólo el rumor indistinto del hombre pálido y de las mujeres en el cuarto.

—Doctor —suplicó una voz. Doctor, se repitió Bernabé, y por primera vez sintió la impotencia de no poder traducir la palabra en su instrumento.

—¿No se muere? —preguntó la misma voz. Rrrrr resonaron los cueros inútilmente, sin vida. Sintió de pronto que una angustia sin nombre se precipitaba sobre él, cubriéndole.

Pasó algún tiempo tratando de atraer a los vecinos, ahora cansados de sus intentos. Luciana Quiles lo miraba con las cejas juntas, agoraramente. Los truenos lograban hacerle caer en una especie de trance: de ahí surgían sus mejores momentos. Pero la enfermedad del bebé preocupaba tanto a Mariana que, en un arrebato de desesperada cólera, rompió el cuero del bongó.

—Mientras él esté enfermo no se hace ningún ruido en esta casa —dijo, y hundió el tacón de su zapato en los parches, que al romperse produjeron un estampido disonante (pruó, pruá), hiriendo los oídos del negro.

Sin bongó, Bernabé Quirindongo se sintió acorralado por el silencio. Las tardes se hicieron espesas, insoportables. Las caras negras se volvieron y presentaron sus cogotes despreciativos. Sus dedos golpeaban sin éxito las paredes, la piedra que servía de escalón, sus rodillas, la banqueta. Romualda no quiso reponerle los cueros. Todo lo que ganaba lo gastaba en el nieto, que iba mejorando en los últimos días. Los vecinos acudían al rancho, pasaban por el lado de Bernabé, sin siquiera mirarle, y auscultaban, enternecidos, el color del mulatito. Bernabé se dio a la caza de nuevas superficies sonoras que sustituyeran su instrumento. Sus labios se movían desesperadamente: ta ta ta. Pero no era lo mismo. Había perdido ya dos buenas tronadas con largos relámpagos encendidos, así como cantidad de palabras a las que les hubiera encontrado su sinónimo rítmico. Una sensación confusa, inexpresable, se iba acumulando en su cabeza. Golpeaba lo que estuviese a su alcance: la jofaina, los cuartones desnudos; se trepaba en la banqueta y aporreaba ansioso la techumbre de lata, que sólo producía un túm túm desesperante. El respaldo de una silla le ofreció una posibilidad inmensa; se abalanzó sobre él, pero al percutir con sus dedos convulsos notó que el sonido salía opaco, derrotado, de tabla emprobrecida por la polilla. Se tenía que conformar con una calidad inferior, mientras una serie de impulsos en desbandada le hacía mover los dedos sin cesar. Por momentos parecía golpear los cueros de un bongó invisible, y sus ojos permanecían clavados más allá de los pinos y las cercas de bambú. «Pa cupá», murmuraba; de sus axilas surgía un largo chorrito de sudor.

Por el pueblo se corrió la voz: comenzó como un murmullo supersticioso en la colonia negra, estalló al fin, y saltó de boca en boca por toda la municipalidad, llenando las ocho calles.

—Bernabé Quirindongo no toca más.

—Bernabé Quirindongo, negro inútil.

—Bernabé Quirindongo, negro loco que golpea el aire.

—Bernabé Quirindongo, viudo de un bongó.

Romualda permanecía ciega y sorda ante la necesidad de su hijo.

—No se pué hacé ruido —decía, llevándose el índice a los labios.

Mariana lo miraba cejijunta.

Así, Bernabé Quirindongo vivió aislado en un ominoso territorio de silencio. Asaltaban su memoria la infinidad de ruidos perdidos por falta de un cuero.

Una tarde, mirando al techo en busca de una tabla o algo apropiado para descargar su intolerable tensión, notó que el cielo se había puesto serio. Eran nubes oscuras, que por un momento parecieron escindirse en dos islas: un relámpago había azotado la atmósfera, sobre el largo cuello de los pinos. El cielo parecía un inmenso cuero negro. Afinó el oído, ansiosamente. El trueno rodó por el valle, redondo, magnífico. Los dedos se agitaron. «Burúm, búm», articularon los labios. La lluvia flageló la tierra de pronto como un escupitajo monstruoso. Tic tic tiqui, palpitaron las gotas sobre la cumbrera de lata. Los pinos se inclinaron en una lánguida reverencia. Búm, barúm, le dijo con desparpajo un trueno. Un tacón puntiagudo, luminoso, rajó el cuero del cielo. Bernabé Quirindongo, negro inútil. «¡Bernabé!» le gritaron las voces que traía la lluvia. «Quirindongo», dejó escapar un trueno. «¡Bernabé Merecumbé!» gritó una ráfaga al barrer el seto.

Bernabé Quirindongo sintió que el ritmo maravilloso de la naturaleza lo encerraba en un monstruoso bongó. Sus dedos repicaron frenéticamente contra el tabique. Mariana no podría reprenderle: estaba trabajando en el pueblo. Mamá atendía el quiosco. Búm, se burló un trueno. Tic, tic, tiqui, se reclinó la lluvia a reirse contra el seto. Toc toc toc, golpeteaba gravemente una gota en un cacharro. «¿Dónde está tu cuero cuerón borombóm?», le preguntó una furiosa voz. Sin bongó, el negro Bernabé Quirindongo estaba perdido. Las voces le acosaban en la pequeña sala.

Al abrirse de golpe, la ventana lanzó una carcajada. Toc toc, búm, tic tiqui.

Se arrojó al soberado y machacó hasta que le dolieron las yemas. Pero sus dedos no lograron arrancar de las tablas el mundo de sonidos increíbles que martillaba en su cerebro. Búm, barúm, tiqui tic, toc cotó. Desde el cuarto la voz del bebé le llamó quedamente:

—Guée, Bernabé.

Sus gruesos labios se estremecieron: «Guée, merecumbé.» Barúm, le retó el cielo. «Al negro Bernabé Cumbé Quirindongo Dongo le falta un cuero cuerón borombón», le susurraron al oído. Toc toc tiqui.

—¡Guée! —le volvió a llamar su sobrino.

La rama de un árbol daba palmadas en la espalda de la casa: tac, tac, tac. El viento silbaba su burla ante los dedos impotentes.

—Guée —llamó por tercera vez el bebé.

Bernabé Quirindongo fue hasta su sobrino y lo miró seriamente, circunspecto. El bebé se retorció entre las mantas, esgrimiendo sus puñitos. Guée, merecumbé. «¿Dónde está tu cuero, negro inútil?» le dijeron al oído. Búm barúm. La frente lisa, de cuero joven...

Ta cupá, sonaron los dedos prodigiosos en el cuero de la frente.

Búm, barúm, golpearon en el pecho.

Los truenos lo retaban, búm, barúm. «¡Ja!» rió la ventana.

El negro Bernabé Quirindongo sudaba arrancándole ritmo a su nuevo cuero. La tensión cedía: había descargado gran parte de su ritmo y sentía que tenía aún mucho más que expresar. Mientras siguieran las tronadas, las llamadas, mientras le susurraran palabras sonoras, tendría golpes maravillosos para ripostar. Ta cupá, búm.

Hasta que las uñas de Mariana se le prendieron desesperadamente y le lanzaron al piso. ¡Guap!, crujió sin la menor acústica el soberado. Los gritos de Mariana eran imposibles: ninguna calidad sonora había en ellos. Los rostros negros se apretaron a la entrada del rancho, con Luciana Quiles al frente, alzando los puños en medio de la centelleante penumbra, bajo la persistente lluvia; querían matar a Bernabé Quirindongo, negro inútil viudo de un bongó.

Mariana lo pateó fuera de ritmo.

Llegaron Romualda y un policía: tuc tuc, sonó la macana con afortunado compás de clave en la cabeza del negro.

Mamá Romualda gritaba en forma desagradable, desafinada.

El policía agarró a Bernabé y se lo llevó bajo la lluvia.

Pa cúm barúm, le gritaba el cielo.

—Pa cupá, pa cupá —iba diciendo él.

Tiene la noche una raíz

Luis Rafael Sánchez

A Mariano Feliciano

A las siete el dindón. Las tres beatísimas, con unos cuantos pecados a cuestras, marcharon a la iglesia a rezongar el ave nocturnal. Iban de prisita, todavía el séptimo dindón agobiando, con la sana esperanza de acabar de prisita el rosario para regresar al beaterio y echar, ¡ya libres de pecados! El ojo por las rendijas y saber quién alquilaba esa noche el colchón de la Gurdelia. ¡La Gurdelia Grifitos nombrada! ¡La vergüenza de los vergonzosos, el pecado del pueblo todo!

Gurdelia Grifitos, el escote y el ombligo de manos, al oír el séptimo dindón, se paró detrás del antepecho con su lindo abanico de nácar, tris-tras-tris-tras, y empezó a anunciar la mercancía. En el pueblo el negocio era breve. Uno que otro majadero cosechando los treinta, algún viejo verderrimo o un tipitejo quinceañero debutante. Total, ocho o diez pesos por semana que, sacando los tres del cuarto, los dos de la fiambarrera y los dos para polvos, meivelines y lipstis, se venían a quedar en la dichosa porquería que sepultaba en una alcancía hambrienta.

Gurdelia no era hermosa. Una murallita de dientes le combinaba con los ojos saltones y asustados que tenía, ¡menos mal! en el sitio en que todos tenemos los ojos. Su nariguda nariz era suma de muchas narices que podían ser suyas o prestadas. Pero lo que redondeaba su encanto de negrita bullanguera era el buen par de metáforas —princesas cautivas de un sostén cuarenticinco— que encaramaba en el antepecho y que le hacían un succulento antecedente. Por eso, a las siete, las mujeres decentes y cotidianas, oscurecían sus balcones y sólo quedaba, como anuncio luminoso, el foco de la Gurdelia.

Gurdelia se recostaba del antepecho y esperaba. No era a las siete ni a las ocho que venían sino más tarde. Por eso aquel toc único en su persiana la asombró. El gato de la vecina, pensó. El gato maullero encargado de asustarla. Desde su llegada había empezado la cuestión. Mariposas negras prendidas con un alfiler, cruces de fósforos sobre el antepecho, el miau en staccato, hechizos, maldiciones y fufús, desde la noche de tormenta en que llegó al pueblo. Pero ella era valiente. Ni la asustaba eso, ni las sartas de insultos en la madrugada, ni las piedras en el techo. Así que cuando el toc se hizo de nuevo agarró la escoba, se echó un coño a la boca y abrió la puerta de sopetón. Y al abrir:

—Soy yo, doñita, soy yo que vengo a entrar. Míreme la mano apretá. Es un medio peso afisiao. Míreme el puño, doñita. Le pago este ahora y después cada sábado le lavo el atrio al cura y medio y medio y medio hasta pagar los dos que dicen que vale.

La jerigonza terminó en la sala ante el asombro de la Grifitos, que no veía con buenos ojos que un muchachito se le metiera en la casa. No por ella, que no comía niños, sino por los vecinos. Un muchachito allí afilaba las piedras y alimentaba las lenguas. Luego, un muchachito bien chito, ni siquiera tirando a mocetón, un muchachito con gorra azul llamado...

—¿Cómo te llamas?

—Cuco.

Un muchachito llamado Cuco, que se quitó la gorra azul y se dejó al aire el cholo pelón.

—¿Qué hace aquí?

—Vine con este medio peso, doñita.

—Yo no vendo dulce.

—Yo no quiero dulce, doñita.

—Pues yo no tengo ná.

—Ay sí, doñita. Dicen los que han venío que... Cosa que yo no voy a decir pero dicen cosas tan devinas que yo he mancao este medio peso porque tengo gana del amor que dicen que usted vende.

—¿Quién dice?

Gurdelia puso cara de vecina y se llevó las manos a la cintura como cualquier señora honrada que pregunta lo que le gusta a su capricho.

—Yo oí que mi pai se lo decía a un compai, doñita. Que era devino. Que él venía de cuando en ves porque era devino, bien devino, tan devino que él pensaba golver.

—¿Y qué era lo devino?

—Yo no sé pero devino, doñita.

Gurdelia Grifitos, lengüetera, bembetera, solariega, güíchara registrada, lavá y tendía en tó el pueblo, bocona y puntillosa, como que no encontraba por dónde agarrar el muerto. Abría los ojos, los cerraba, se daba tris-tras en las metáforas pero sólo lograba decir: ay Virgen, ay Virgen. Gurdelia Grifitos, loba vieja en los menesteres de vender amor, como que no encontraba por dónde desenredar el enredo, porque era la primera vez en su perra vida que se veía requerida por un... por un... ¡Dios Santo! Era desenvuelta, cosa que en su caso venía como anillo, argumentosa, pico de oro, en fin, ¡águila! Pero de pronto el muchachito Cuco la había callado. Precisamente por ser el muchachito Cuco. Precisamente por ser el muchachito. En todos sus afanados años se había enredado con viejos solteros, viejos casados, viejos viudos, solteros sin obligación o maridos cornudos o maridos corneando. Pero, un mocosillo, Santa Cachucha, que olía a trompo y chiringa. Un mocosillo que podía ser, claro que sí, su hijo. Esto último la mareó un poco. El vientre le dio un sacudón y las palabras le salieron.

—Usted e un niño. Eso son mala costumbre.

—Aquí viene tó el mundo. Mi pai dijo...

Ahora no le quedaban razones. Los dientes, a Gurdelia, se le salían en fila, luego, en un desplazamiento de retaguardia volvían a acomodarse, tal la rabia que tenía.

—Usted e un niño.

—Yo soy un hombre.

—¿Cuánto año tiene?

—Dié pa once.

—Mire nenine. Voy a llamar a su pai.

Pero Cuco puso la boca apuchurada, como para llorar hasta mañana y entre puchero y gemido decía —que soy un hombre—. Gurdelia, el tris-tras por las metáforas, harta ya de la histeria y la historia, le dijo que estaba bien, que le daría del amor. Bien por dentro empezó a dibujar una idea.

—Venga acá... a mi falda.

Cuco estrenó una sonrisa de demonio junior.

—Cierre lo ojito.

—Pai decía que en la cama, doñita.

—La cama viene después.

Cuco, tembloroso, fue a acurrucarse por la cama de la Gurdelia. Esta se estaba quieta pero el vientre volvió a darle otro salto magnífico. Cuando Gurdelia sintió la canción reventándole por la garganta, Cuco dijo —oiga, oiga—. Pero el sillón se mecía y la luz que era mediana y el vaivén del que no tiene vaca no bebe leche empezaron a remolcarlo hasta la zona rotunda del sueño. Gurdelia lo cambió a la cama y allí lo dejó un buen rato. Al despertar, como sin creerlo, como si se hubiese vuelto loco, Cuco preguntó, bajito:

—¿Ya, doñita?

Ella, como sin creerlo, como si se hubiese vuelto loca, le contestó, más bajito aún.

—Ya, Cuco.

Cuco salió corriendo diciendo —devino, devino—. Gurdelia, al verlo ir, sintió el vaivén del que no tiene vaca no bebe leche levantándole una parcela de la barriga. Esa noche apagó temprano. Y un viejo borracho se cansó de tocar.

La muñeca menor

Rosario Ferré

La tía vieja había sacado desde muy temprano el sillón al balcón que daba al cañaveral como hacía siempre que se despertaba con ganas de hacer una muñeca. De joven se bañaba a menudo en el río, pero un día en que la lluvia había recrecido la corriente en cola de dragón había sentido en el tuétano de los huesos una mullida sensación de nieve. La cabeza metida en el reverbero negro de las rocas, había creído escuchar, revocados con el sonido del agua, los estallidos del salitre sobre la playa y pensó que sus cabellos habían llegado por fin a desembocar en el mar. En ese preciso momento sintió una mordida terrible en la pantorrilla. La sacaron del agua gritando y se la llevaron a la casa en parihuelas retorciéndose de dolor.

El médico que la examinó aseguró que no era nada, probablemente había sido mordida por una chágara viciosa. Sin embargo pasaron los días y la llaga no cerraba. Al cabo de un mes el médico había llegado a la conclusión de que la chágara se le había introducido dentro de la carne blanda de la pantorrilla, donde había evidentemente comenzado a engordar. Indicó que le aplicaran un sinapismo para que el calor la obligara a salir. La tía estuvo una semana con la pierna rígida, cubierta de mostaza desde el tobillo hasta el muslo, pero al finalizar el tratamiento se descubrió que la llaga se había abultado aún más, recubriéndose de una sustancia pétreo y limosa que era imposible tratar de remover sin que peligrara toda la pierna. Entonces se resignó a vivir para siempre con la chágara enroscada dentro de la gruta de su pantorrilla.

Había sido muy hermosa, pero la chágara que se escondía bajo los largos pliegues de gasa de sus faldas la había despojado de toda vanidad. Se había encerrado en la casa rehusando a todos sus pretendientes. Al principio se había dedicado a la crianza de las hijas de su hermana, arrastrando por toda la casa la pierna monstruosa con bastante agilidad. Por aquella época la familia vivía rodeada de un pasado que dejaba desintegrar a su alrededor con la misma impasible musicalidad con que la lámpara de cristal del comedor se desgranaba a pedazos sobre el mantel raído de la mesa. Las niñas adoraban a la tía. Ella las peinaba, las bañaba y les daba de comer. Cuando les leía cuentos se sentaban a su alrededor y levantaban con disimulo el volante almidonado de su falda para oler el perfume de guanábana madura que supuraba la pierna en estado de quietud.

Cuando las niñas fueron creciendo la tía se dedicó a hacerles muñecas para jugar. Al principio eran sólo muñecas comunes, con carne de guata de higüera y ojos de botones perdidos. Pero con el pasar del tiempo fue refinando su arte hasta ganarse el respeto y la reverencia de toda la familia. El nacimiento de una muñeca era siempre motivo de regocijo sagrado, lo cual explicaba el que jamás se les hubiese ocurrido vender una de ellas, ni siquiera cuando las niñas eran ya grandes y la familia comenzaba a pasar necesidad. La tía había ido agrandando el tamaño de las muñecas de manera que correspondieran a la estatura y a las medidas de cada una de las niñas. Como eran nueve y la tía hacía una muñeca de cada niña por año, hubo que separar una pieza de la casa para que la habitasen exclusivamente las muñecas. Cuando la mayor cumplió dieciocho años había ciento veintiséis muñecas de todas las edades en la habitación. Al abrir la puerta, daba la sensación de entrar en un palomar, o en el cuarto de muñecas del palacio de las zarinas, o en un almacén donde alguien había puesto a madurar una larga hilera de hojas de tabaco. Sin embargo, la tía no entraba en la habitación por ninguno de estos placeres, sino que echaba el pestillo a la puerta e iba levantando amorosamente cada una de las muñecas canturreándoles mientras las mecía: Así eras cuando tenías un año, así cuando tenías dos, así cuando tenías tres, reviviendo la vida de cada una de ellas por la dimensión del hueco que le dejaban entre los brazos.

El día que la mayor de las niñas cumplió diez años, la tía se sentó en el sillón frente al cañaveral y no se volvió a levantar jamás. Se balconeaba días enteros observando los cambios de agua de las cañas y sólo salía de su sopor cuando la venía a visitar el doctor o cuando se

despertaba con ganas de hacer una muñeca. Comenzaba entonces a clamar para que todos los habitantes de la casa viniesen a ayudarla. Podía verse ese día a los peones de la hacienda haciendo constantes relevos al pueblo como alegres mensajeros incas, a comprar cera, a comprar barro de porcelana, encanjes, agujas, carretes de hilos de todos los colores. Mientras se llevaban a cabo estas diligencias, la tía llamaba a su habitación a la niña con la que había soñado esa noche y le tomaba las medidas. Luego le hacía una mascarilla de cera que cubría de yeso por ambos lados como una cara viva dentro de dos caras muertas; luego hacía salir un hilillo rubio interminable por un hoyito en la barbilla. La porcelana de las manos era siempre translúcida; tenía un ligero tinte marfileño que contrastaba con la blancura granulada de las caras de biscuit. Para hacer el cuerpo, la tía enviaba al jardín por veinte higüeras relucientes. Las cogía con una mano y con un movimiento experto de la cuchilla las iba rebanando una a una en cráneos relucientes de cuero verde. Luego las inclinaba en hilera contra la pared del balcón, para que el sol y el aire secaran los cerebros algodonosos del guano gris. Al cabo de algunos días raspaba el contenido con una cuchara y lo iba introduciendo con infinita paciencia por la boca de la muñeca.

Lo único que la tía transigía en utilizar en la creación de las muñecas sin que estuviese hecho por ella, eran las bolas de los ojos. Se los enviaban por correo desde Europa en todos los colores, pero la tía los consideraba inservibles hasta no haberlos dejado sumergidos durante un número de días en el fondo de la quebrada para que aprendiesen a reconocer el más leve movimiento de las antenas de las chágaras. Sólo entonces los lavaba con agua de amoníaco y los guardaba, relucientes como gemas, colocados sobre camas de algodón, en el fondo de una lata de galletas holandesas. El vestido de las muñecas no variaba nunca, a pesar de que las niñas iban creciendo. Vestía siempre a las más pequeñas de tira bordada y a las mayores de broderie, colocando en la cabeza de cada una el mismo lazo abullonado y trémulo de pecho de paloma.

Las niñas empezaron a casarse y a abandonar la casa. El día de la boda la tía les regalaba a cada una la última muñeca dándoles un beso en la frente y diciéndoles con una sonrisa: «Aquí tienes tu Pascua de Resurrección». A los novios los tranquilizaba asegurándoles que la muñeca era sólo una decoración sentimental que solía colocarse sentada, en las casas de antes, sobre la cola del piano. Desde lo alto del balcón la tía observaba a las niñas bajar por última vez las escaleras de la casa sosteniendo en una mano la modesta maleta a cuadros de cartón y pasando el otro brazo alrededor de la cintura de aquella exuberante muñeca hecha a su imagen y semejanza, calzada con zapatillas de ante, faldas de bordados nevados y pantaletas de valenciennes. Las manos y la cara de estas muñecas, sin embargo, se notaban menos transparentes, tenían la consistencia de la leche cortada. Esta diferencia encubría otra más sutil: la muñeca de boda no estaba jamás rellena de guata, sino de miel.

Ya se habían casado todas las niñas y en la casa quedaba sólo la más joven cuando el doctor hizo a la tía la visita mensual acompañado de su hijo que acabada de regresar de sus estudios de medicina en el norte. El joven levantó el volante de la falda almidonada y se quedó mirando aquella inmensa vejiga abotagada que manaba una esperma perfumada por la punta de sus escamas verdes. Sacó su estetoscopio y la auscultó cuidadosamente. La tía pensó que auscultaba la respiración de la chágara para verificar si todavía estaba viva, y cogiéndole la mano con cariño se la puso sobre un lugar determinado para que palpara el movimiento constante de las antenas. El joven dejó caer la falda y miró fijamente al padre. Usted hubiese podido haber curado esto en sus comienzos, le dijo. Es cierto, contestó el padre, pero yo sólo quería que vinieras a ver la chágara que te había pagado los estudios durante veinte años.

En adelante fue el joven médico quien visitó mensualmente a la tía vieja. Era evidente su interés por la menor y la tía pudo comenzar su última muñeca con amplia anticipación. Se presentaba siempre con el cuello almidonado, los zapatos brillantes y el ostentoso alfiler de corbata oriental del que no tiene donde caerse muerto. Luego de examinar a la tía, se sentaba en la sala recostando su silueta de papel dentro de un marco ovalado, a la vez que le entregaba a la menor el mismo ramo de siemprevivas moradas. Ella le ofrecía galletitas de jengibre y cogía el ramo quisquillosamente con la punta de los dedos como quien coge el estómago de un erizo vuelto al revés. Decidió casarse con él porque le intrigaba su perfil dormido, y porque ya tenía ganas de saber cómo era por dentro la carne del delfín.

El día de la boda la menor se sorprendió al coger la muñeca por la cintura y encontrarla tibia, pero lo olvidó enseguida, asombrada ante su excelencia artística. Las manos y la cara estaban confeccionadas con delicadísima porcelana de Mikado. Reconoció en la sonrisa entreabierta y un poco triste la colección completa de sus dientes de leche. Había, además, otro detalle particular: la tía había incrustado en el fondo de las pupilas de los ojos sus dormilonas de brillantes.

El joven médico se la llevó a vivir al pueblo, a una casa encuadrada dentro de un bloque de cemento. La obligaba todos los días a sentarse en el balcón, para que los que pasaban por la calle supiesen que él se había casado en sociedad. Inmóvil dentro de su cubo de calor, la menor comenzó a sospechar que su marido no sólo tenía el perfil de silueta de papel sino también el alma. Confirmó sus sospechas al poco tiempo. Un día él le sacó los ojos a la muñeca con la punta del bisturí y los empeñó por un lujoso reloj de cebolla con una larga leontina. Desde entonces la muñeca siguió sentada sobre la cola del piano, pero con los ojos bajos.

A los pocos meses el joven médico notó la ausencia de la muñeca y le preguntó a la menor qué había hecho con ella. Una cofradía de señoras piadosas le había ofrecido una buena suma por la cara y las manos de porcelana para hacerle un retablo a la Verónica en la próxima procesión de Cuaresma. La menor le contestó que las hormigas habían descubierto por fin que la muñeca estaba rellena de miel y en una sola noche se la habían devorado. «Como las manos y la cara eran de porcelana de Mikado, dijo, seguramente las hormigas las creyeron hechas de azúcar, y en este preciso momento deben estar quebrándose los dientes, royendo con furia dedos y párpados en alguna cueva subterránea.» Esa noche el médico cavó toda la tierra alrededor de la casa sin encontrar nada.

Pasaron los años y el médico se hizo millonario. Se había quedado con toda la clientela del pueblo, a quienes no les importaba pagar honorarios exorbitantes para poder ver de cerca a un miembro legítimo de la extinta aristocracia cañera. La menor seguía sentada en el balcón, inmóvil dentro de sus gasas y encajes, siempre con los ojos bajos. Cuando los pacientes de su marido, colgados de collares, plumachos y bastones, se acomodaban cerca de ella removiendo los rollos de sus carnes satisfechas con un alboroto de monedas, percibían a su alrededor un perfume particular que les hacía recordar involuntariamente la lenta supuración de una guanábana. Entonces les entraban a todos unas ganas irresistibles de restregarse las manos como si fueran patas.

Una sola cosa perturbaba la felicidad del médico. Notaba que mientras él se iba poniendo viejo, la menor guardaba la misma piel aporcelanada y dura que tenía cuando la iba a visitar a la casa del cañaveral. Una noche decidió entrar en su habitación para observarla durmiendo. Notó que su pecho no se movía. Colocó delicadamente el estetoscopio sobre su corazón y oyó un lejano rumor de agua. Entonces la muñeca levantó los párpados y por las cuencas vacías de los ojos comenzaron a salir las antenas furibundas de las chágaras.

Tiene la noche una raíz

Luis Rafael Sánchez

A Mariano Feliciano

A las siete el dindón. Las tres beatísimas, con unos cuantos pecados auestas, marcharon a la iglesia a rezongar el ave nocturnal. Iban de prisita, todavía el séptimo dindón agobiando, con la sana esperanza de acabar de prisita el rosario para regresar al beaterio y echar, ¡ya libres de pecados! El ojo por las rendijas y saber quién alquilaba esa noche el colchón de la Gurdelia. ¡La Gurdelia Grifitos nombrada! ¡La vergüenza de los vergonzosos, el pecado del pueblo todo!

Gurdelia Grifitos, el escote y el ombligo de manos, al oír el séptimo dindón, se paró detrás del antepecho con su lindo abanico de nácar, tris-tras-tris-tras, y empezó a anunciar la mercancía. En el pueblo el negocio era breve. Uno que otro majadero cosechando los treinta, algún viejo verdérriimo o un tipitejo quinceañero debutante. Total, ocho o diez pesos por semana que, sacando los tres del cuarto, los dos de la fiambarrera y los dos para polvos, meivelines y lipstis, se venían a quedar en la dichosa porquería que sepultaba en una alcancía hambrienta.

Gurdelia no era hermosa. Una murallita de dientes le combinaba con los ojos saltones y asustados que tenía, ¡menos mal! en el sitio en que todos tenemos los ojos. Su nariguda nariz era suma de muchas narices que podían ser suyas o prestadas. Pero lo que redondeaba su encanto de negrita bullanguera era el buen par de metáforas —princesas cautivas de un sostén cuarenticinco— que encaramaba en el antepecho y que le hacían un succulento antecedente. Por eso, a las siete, las mujeres decentes y cotidianas, oscurecían sus balcones y sólo quedaba, como anuncio luminoso, el foco de la Gurdelia.

Gurdelia se recostaba del antepecho y esperaba. No era a las siete ni a las ocho que venían sino más tarde. Por eso aquel toc único en su persiana la asombró. El gato de la vecina, pensó. El gato maullero encargado de asustarla. Desde su llegada había empezado la cuestión. Mariposas negras prendidas con un alfiler, cruces de fósforos sobre el antepecho, el miau en staccato, hechizos, maldiciones y fufús, desde la noche de tormenta en que llegó al pueblo. Pero ella era valiente. Ni la asustaba eso, ni las sartas de insultos en la madrugada, ni las piedras en el techo. Así que cuando el toc se hizo de nuevo agarró la escoba, se echó un coño a la boca y abrió la puerta de sopetón. Y al abrir:

—Soy yo, doñita, soy yo que vengo a entrar. Míreme la mano apretá. Es un medio peso afisiao. Míreme el puño, doñita. Le pago este ahora y después cada sábado le lavo el atrio al cura y medio y medio y medio hasta pagar los dos que dicen que vale.

La jerigonza terminó en la sala ante el asombro de la Grifitos, que no veía con buenos ojos que un muchachito se le metiera en la casa. No por ella, que no comía niños, sino por los vecinos. Un muchachito allí afilaba las piedras y alimentaba las lenguas. Luego, un muchachito bien chito, ni siquiera tirando a mocetón, un muchachito con gorra azul llamado...

—¿Cómo te llamas?

—Cuco.

Un muchachito llamado Cuco, que se quitó la gorra azul y se dejó al aire el cholo pelón.

—¿Qué hace aquí?

—Vine con este medio peso, doñita.

—Yo no vendo dulce.

—Yo no quiero dulce, doñita.

—Pues yo no tengo ná.

—Ay sí, doñita. Dicen los que han venío que... Cosa que yo no voy a decir pero dicen cosas tan devinas que yo he mancao este medio peso porque tengo gana del amor que dicen que usted vende.

—¿Quién dice?

Gurdelia puso cara de vecina y se llevó las manos a la cintura como cualquier señora honrada que pregunta lo que le gusta a su capricho.

—Yo oí que mi pai se lo decía a un compai, doñita. Que era devino. Que él venía de cuando en ves porque era devino, bien devino, tan devino que él pensaba golver.

—¿Y qué era lo devino?

—Yo no sé pero devino, doñita.

Gurdelia Grifitos, lengüetera, bembetera, solariega, güíchara registrada, lavá y tendía en tó el pueblo, bocona y puntillosa, como que no encontraba por dónde agarrar el muerto. Abría los ojos, los cerraba, se daba tris-tras en las metáforas pero sólo lograba decir: ay Virgen, ay Virgen. Gurdelia Grifitos, loba vieja en los menesteres de vender amor, como que no encontraba por dónde desenredar el enredo, porque era la primera vez en su perra vida que se veía requerida por un... por un... ¡Dios Santo! Era desenvuelta, cosa que en su caso venía como anillo, argumentosa, pico de oro, en fin, ¡águila! Pero de pronto el muchachito Cuco la había callado. Precisamente por ser el muchachito Cuco. Precisamente por ser el muchachito. En todos sus afanados años se había enredado con viejos solteros, viejos casados, viejos viudos, solteros sin obligación o maridos cornudos o maridos corneando. Pero, un mocosillo, Santa Cachucha, que olía a trompo y chiringa. Un mocosillo que podía ser, claro que sí, su hijo. Esto último la mareó un poco. El vientre le dio un sacudón y las palabras le salieron.

—Usted e un niño. Eso son mala costumbre.

—Aquí viene tó el mundo. Mi pai dijo...

Ahora no le quedaban razones. Los dientes, a Gurdelia, se le salían en fila, luego, en un desplazamiento de retaguardia volvían a acomodarse, tal la rabia que tenía.

—Usted e un niño.

—Yo soy un hombre.

—¿Cuánto año tiene?

—Dié pa once.

—Mire nenine. Voy a llamar a su pai.

Pero Cuco puso la boca apuchurada, como para llorar hasta mañana y entre puchero y gemido decía —que soy un hombre—. Gurdelia, el tris-tras por las metáforas, harta ya de la histeria y la historia, le dijo que estaba bien, que le daría del amor. Bien por dentro empezó a dibujar una idea.

—Venga acá... a mi falda.

Cuco estrenó una sonrisa de demonio junior.

—Cierre lo ojito.

—Pai decía que en la cama, doñita.

—La cama viene después.

Cuco, tembloroso, fue a acurrucarse por la cama de la Gurdelia. Esta se estaba quieta pero el vientre volvió a darle otro salto magnífico. Cuando Gurdelia sintió la canción reventándole por la garganta, Cuco dijo —oiga, oiga—. Pero el sillón se mecía y la luz que era mediana y el vaivén del que no tiene vaca no bebe leche empezaron a remolcarlo hasta la zona rotunda del sueño. Gurdelia lo cambió a la cama y allí lo dejó un buen rato. Al despertar, como sin creerlo, como si se hubiese vuelto loco, Cuco preguntó, bajito:

—¿Ya, doñita?

Ella, como sin creerlo, como si se hubiese vuelto loca, le contestó, más bajito aún.

—Ya, Cuco.

Cuco salió corriendo diciendo —devino, devino—. Gurdelia, al verlo ir, sintió el vaivén del que no tiene vaca no bebe leche levantándole una parcela de la barriga. Esa noche apagó temprano. Y un viejo borracho se cansó de tocar.

Hollywood memorabilia

Manuel Ramos Otero

Yo soy Dios. Y crearé un personaje que se llamará Ángel. Se llamará John. Se llamará Paul. En las tardes trabajo con las oficinas del gobierno en un programa de investigación social para crear un sistema perfecto de movilidad. No. Las deficiencias del capitalismo no me interesan. ¿Por qué? Porque tengo veintitrés años y pienso que a los treinta moriré con un ataque imprevisto de tuberculosis (como Greta Garbo en *Camille*). De noche trabajo de proyccionista en un cine de segunda (de segunda porque no se exhiben películas nuevas anoche por ejemplo presentamos *Lady Hamilton* y Vivien Leigh estuvo estupenda) y salgo muy tarde en la noche. Tan tarde salgo que camino hasta casa y no me queda tiempo para conocer a nadie en el camino, entablar una relación espontánea y rápida e invitarle a que pase a casa a tomar café (también tengo té de jazmín porque conocí a un chico que adora el té de jazmín pero de todas formas no importa porque dijo que llegaría a las ocho y después de esperarlo hasta la madrugada supe que no vendría; aún no he abierto la caja con sobres individuales de té de jazmín).

Ah, claro. ¿Dije que soy autor? Escribo cuentos cortos y dejo que la vida se me agujeree con oraciones que solamente yo comprendo. Por eso soy un autor. No. No soy escritor. Escritores los periodistas de *El Día*. Los de *La Noche*. Los de *El Mundo*. Los de *El País*. Yo soy un autor con *part-time* de *researcher* y proyccionista (aunque existe la posibilidad de que ser autor no es profesión alguna y soy tan sólo un proyccionista con *part-time* de *researcher*). Aun cuando no tiene importancia vivo en la ciudad. ¿El nombre? No. No es necesario. Todas las ciudades son iguales. Oscuras. Tristes. Parezco introvertido. Y sin embargo no creo que lo soy. Adoro el cine. Sobre todo Hollywood de los treinta y los cuarenta, Ruby Keeler y Busby Berkeley y Humphrey Bogart y Orson Welles y John Ford y Rita Hayworth y Greta Garbo y Vivien Leigh (a la Garbo y a la Leigh las prefiero sobre todas, especialmente a la Garbo en *Ninotchka* y a la Leigh de *Gone with the Wind*) y Ernst Lubitsch y Linda Darnell y John Huston. No es necesario conectar mi introversión con la obsesión cinematográfica. Simplemente las ideas corren hasta la cabeza y no puedo evitarlo. Como ahora por ejemplo recuerdo que en la Superior conocí a Ángel Antonio y me dio aquel complejo de Scarlett O'Hara y Ashley Wilkes que aún conservo y cada vez que tomo una ducha recuerdo el tema de Tara y la tarareo. Recuerdo que Ángel era flaco de ojos oscuros y piel clara y pelo castaño con mechones rubios. Como Ashley. A veces la realidad se vuelve turbia y desde la cabina de proycción recurro a la creación de las imágenes (trasposición de las imágenes y lo veo surgir en el lienzo de la pantalla). Quisiera estudiar cinematografía y hacer cine. Talento no sé. Pero si deseo y devoción son suficientes no falta nada para decir aquí comienzo. Mientras tanto leo a Andrew Sarris en el *Village Voice* (bien... no lo voy a ocultar... vivo en New York y pensé que al mencionar que leo el *Voice* lo otro llegaría por conexión del pensamiento sigiloso) y a veces a Manny Farber y James Agee. No, no importa. Hoy proyecto *Citizen Kane* y cuando mencionaron rosebud la mente se escapó y llegó a la niñez no tan lejana. La recapturé entre los labios de Agnes Moorehead.

La investigación social y la movilidad y el problema de los negros (escucho el ruido de varios suspiros de pechos insultados que consideran el racismo el *issue* universal) no me interesan tanto como el cine y Joan Crawford en *Grand Hotel*... (varios ¡Ahhhhhs! vomitados que al fin y al cabo me tienen sin cuidado porque ya no resisto a las señoras que se levantan temprano en la mañana y acuden a misa vestidas de negro sin nada en el estómago y se golpean el pecho tres veces con interrupciones, ni a la gente que critica al presidente de la Universidad del Estado por sospechársele homosexual reprimido debido a sus manierismos desbocados durante los discursos de graduación, ni la gente que opina que estudiante es sinónimo de sometimiento tradicional y que la revolución en los países coloniales y el comunismo son lo mismo). Todo me parece tremenda porquería burguesocialista, izquierdoderechista. Después de todo la mierda es mierda es mierda (revisando a Gertrude Stein).

Sobre todo el *issue*. Yo soy Dios. No se sorprenda nadie de mi divinidad aficionada. No quiero escuchar palmaditas de reconocimiento ni gritos de exasperación. Si prefiere a Buda soy Buda. Si prefiere a David soy David (así me gana la admiración de los judíos que monopolizan el sistema de tiendas por departamentos). Si prefiere a Lenin soy Lenin. Ahora que sobre todo si prefiere a Marilyn en *Gentlemen Prefer Blondes*, la semana entrante la proyecto.

Bueno, el personaje se llamará yo. Porque después de varias recapitulaciones de la memoria, aún no se me facilita el comienzo. Pero el comienzo perdura en cada segundo que pasa. Ocurre que el comienzo y el final pertenecen al mismo espacio y ya no se distinguen sus formas. Cierto. Comienzo y final son lo mismo. Voy a morir a los treinta arrollado por un vehículo de transportación (como Vivien Leigh en *Waterloo Bridge*). Voy a morir sin haber descubierto las conclusiones de los absolutos que me robaron la memoria. La primera vez que me lo dije tenía que buscar definición para dos palabras: realidad e ilusión. Y entonces la vida me satisface. La felicidad se comprende. Porque resignarme a la felicidad que deja la Coca Cola en los agujeros de la boca, porque resignarme a la felicidad que dejan los modelos de primavera de Cardín, o a la felicidad después de la recolección de fondos para los veteranos de Vietnam; a esa felicidad externa de saber que se nos aprueba el comportamiento, para mí no existe. Por eso necesito definir estas palabras porque sé que guardan el secreto, el Sésamo.

El pensamiento me asaltó en medio de *She Done Him Wrong*. Y no sé por qué. Mae West no me hace pensar que la vida es un tedio. Pero mi vida es un tedio. Porque no distingo si quiero vivir cada día como si fuera el último; si Ángel Antonio es lo mismo que Ilusión de la Vida Ángel Antonio (en otras palabras quiero saber si la ilusión se finaliza cuando se llena con rasgos, si Ángel es el final de la ilusión por ser la ilusión creada). Eso pensé al dejar *Superior* y sentir la fatiga en el pecho y la nostalgia y la soledad y mirar a la realidad y sentir miedo. El miedo se llama ilusión. El miedo se llama amor entrenado de que la vida es nada sin amor.

La otra noche proyecté *King Kong* para sentirme solo. Con la misma soledad de King Kong. Bruta. Tierna. Sin lugar en la vida. Esta mañana comentaba una señora en el *subway* de la Séptima Avenida que Israel quiere declarar la guerra pero la memoria se diluyó en el ruido. Parece que no lo comprendo ni que se me comprende. Pero al dejar el cine conocí a Paul y no hablamos de nada porque fue muy extraño. Tenemos el mismo signo zodiacal y ninguno de los dos rechaza la timidez y el silencio. Bueno, le conocí. Tiene el cabello delgado y el cuerpo rubio. También a la inversa. Actor desempleado de *soap opera* de televisión; no me atrevo a preguntarle si le gusta Stanislavsky. En el rostro y en la forma en que se desliza en su cama en el modo de mover los labios y en la sonrisa recuerda a James Dean (pero el de los *East of Eden* y no el de *Rebel without a Cause*). Andrew Sarris prefiere *Rebel* porque naturalmente prefiere a Nicholas Ray sobre Elia Kazan. Tema para más investigación porque no comprendo demasiado a Ray. Me agrada Paul por su nerviosismo etéreo (será porque Paul es una versión italiano-americana de Ángel o porque la ilusión con sus rasgos estandarizados se repite). Por eso creo que me moriré a los treinta muy violentamente (como Rita Hayworth en *The Lady from Shanghai*). Porque la vida se apresura y aquí ya pienso en los veinticuatro repentinos y en los quince recordados con delirio.

¡Ah! Porque además se piensa que la vida es juventud en el rostro (muy Dorian Gray) de la misma forma que se piensa que el amor existe. Por eso si supiera en qué niveles la realidad y la ilusión quedan intersectadas quizás se solucione todo. Es imposible explicar que para mí, Amorangeli-lusión persiste en la mente torturada. Que si no se es joven se vegeta y que si el amor llegara tarde mejor que no llegue y para estar seguro: suicidio a los treinta y el cielo que nos espera.

Estoy reconstruyendo esta realidad sofocada por la existencia diluida para cerrar espacios de tiempo. Soy Dios porque no hay nada más fácil. Dios defecando tristeza en la cara de la vida. Soy Dios porque creando a Ángel y creando a Paul (creando además a John, ángulo esencial del triángulo, de la Divina Trinidad Parasitaria, recreo la nada definida de la vida, o de mi vida; pero realmente no importa que piense que mi vida y la vida son lo mismo) regresa la memoria en cuadros inmóviles y se detiene y me dice caramba qué te ocurre pensé que eras feliz.

Pero entonces ¿por qué me siento solo? Ángel se fue de la memoria para quedar sustituido por John que se fue de la memoria para quedar sustituido por Paul que se irá de la memoria para quedar sustituido por... (Me encanta Hitchcock en *Suspicion*). Si dejamos un ángulo abierto

posiblemente continúen los triángulos. Eso sí, que el final siempre llega y por eso digo que moriré a los treinta (como Ava Gardner en *The Barefoot Contessa*).

El único valor importante en la vida (digo mi vida pero ya se sabe que mi vida y la vida son lo mismo) es la soledad. Pero uno se cansa de ella. Y entonces el amor. Pero jamás se encuentra o si se encuentra cómo se define. La soledad por ejemplo se presiente porque se vuelve física. El amor no se materializa. Por lo cual Ángel-John-Paul son espectros de la mente que sufre. Ahora sólo vivo de noche y lo demás no importa. Las mañanas son demasiado solas cuando se despierta y John ya no se encuentra debajo de las sábanas y entonces la memoria es, algo como la secuencia de los pianos blancos de Busby Berkeley; llena de imágenes repetidas: John y el comienzo: lo conocí el año pasado al salir del cine en la madrugada después de la proyección de *Casablanca*. Tenía los cabellos largos y claros y el cuerpo flaco y los ojos azules (en los ojos azules se aparta de los moldes iniciados con Ángel Antonio y finalizados con Paul; por eso creo que el ángulo creado por John tiene que expresar pasajes incisivos y determinantes que aún no descubro; quizás los ojos azules demuestran que el triángulo no es perfecto y la historia no es una continuación interminable de sucesos idénticos) y lo llevé a vivir conmigo y olvidé a Ángel por el primer período de tiempo. Si las ilusiones se olvidan y uno vive por las ilusiones la vida pierde su significado. Por eso creo que si muero a los treinta será en New York, arrollado y despedazado por un tren (como Leigh y Garbo en *Anna Karenina*).

Ángel y John son de Acuario; Paul y yo somos de Cáncer. ¿Importa? Cualquier nivel de la ilusión tiene más significado que cualquier nivel de la realidad. No quiero decir que tengo las definiciones. Pero se piensa que si la realidad fatiga porque se conoce, se presiente un algo aparte mejor que el tedio continuo de la realidad. ¿Acaso existe? Posiblemente la ilusión es la proyección de la mente imposible. Lo que no ocurrirá. Pero si no ocurre para qué se piensa. Para qué se sospecha. A veces los modelos de la rutina, como el trabajo, la broma social, el sufrimiento de haber perdido al amante, se vuelven demostraciones incontrolables de ilusión.

Antes de llegar al cine, casi siempre me detengo en el camino a cenar. Con esa soledad del que busca el amor absoluto mientras desliza la mantequilla por el pedazo de pan. Con esa soledad que se desarrolla cuando se ha sido proyeccionista de cine de segunda en una cabina cúbica, gris, limitada por el sonido de los Bell & Howell y la oscuridad. Entonces me siento en el *stool* de la cabina de proyección y miro por las aberturas de la pared que corresponden al proyector que no se usa desde que quedó sin movimiento en medio de la escena de la lluvia y el gazebo en *Top Hat*. A veces interrumpo la mirada y escucho los suspiros de la audiencia sumergida en una soledad libre y desierta... (como la chica joven que lloraba en la escena final de *Imitation of Life*; o el chico vestido de revolucionario que casi no respira durante la proyección de *The Fountainhead*). Todo lo sé. Más que por proyeccionista de cine de segunda, por la cualidad divina que la soledad otorga. Se convierte el alma tímida en alma vulnerable; todo se escucha, todo se siente, todo se espera.

No es posible que se viva para dormir hasta las doce del mediodía, levantarse y tomar café, marchar al *part-time* de *researcher* (por cierto que los resultados del últimos *field test* no se muestran favorables), dejar la oficina, cenar y crearle ilusiones a la gente que nunca se conoce, a la gente que no sabe que soy un fabricante nocturno de ilusiones, a la gente que no sabe que Greta Garbo y Vivien Leigh se multiplican en mi mente (el último artículo de *Look* sobre la Garbo: «Garbo is 65», con la portada en plata y negro, me ha dejado incierto porque se intenta destruir su leyenda con el método usual de las institucionesseudorrealistas), a la gente que desconoce las definiciones de un proyeccionista.

Escribo y lo dije al principio. Autoreo mi biografía sin disfraces falsos. El cine no es un disfraz sino el espejo del alma. Tiene esa honestidad que no se expresa, para la cual no hay vocablos. Escribo mi vida que es un recuento de emociones reconstruidas a través de Rita Hayworth en *Gilda*, de Gloria Swanson en *Sunset Boulevard*, jetcétera, etcétera! Sigo creyendo que la muerte será violenta a los treinta (como Bette Davis en *The Letter*).

Es necesario creer que la soledad tiene final. Que el amor si no se alcanza no importa porque de todas formas se muere, la muerte concluye la vida. Comienzo a creer que las realidades son los lados oblicuos de la ilusión. Que la ilusión es la existencia misma; no es llenar la ilusión porque la ilusión se termina; para ser ilusión tiene que estar vacía, desnuda, sin colores deslizados en la cara. Comienzo a creer que la muerte es la ilusión pura, que cuando me llegue

el momento (digo que será a los treinta), quedará consumado sin artificios vagos; que cuando llegue la muerte el residuo que deja el amor frustrado y la soledad eterna sobre el ombligo, cobrará sentido y se volverá visual (como las imágenes de cine) y entonces Ángel-John-Paul quedará resuelto. Entonces, no quiero que puedan preocuparme las horas desesperadas que paso en busca de las conclusiones vitales sin las que la vida es absurda (por eso la vida es absurda), que no me preocupe la sospecha de que la soledad y el amor no existen en nivel alguno (imagino que pudiera ser un proceso biológico una demostración de procesos químicos del cuerpo y eso me trae el temor). Acaban de informarme que las conclusiones del *field-test* demuestran que la movilidad social no tiene bases sólidas en el capitalismo (viviendo en una sociedad capitalista supongo que el gobierno federal discontinuará los fondos y quedaré en la calle con pocas probabilidades de conseguir la inmortalidad en el campo de la investigación; realmente, o verdaderamente o vidamente ¡no importa!).

Mientras tanto no creo que la espera sea larga. Hace un tiempo que siento un mareo suave cada vez que llego a la cabina y la puerta se cierra. Comienzo la proyección en un letargo tranquilo y cuando las imágenes comienzan a ser expulsadas en la pantalla el espacio va perdiendo sus formas. Hace tiempo que siento que las imágenes regresan ahogadas después que la luz las rechaza para volverlas oscuras y se acumulan en la cabina para que yo las acaricie. En cambio he sentido transformaciones lentas en mi piel y a veces cuando trato de encontrarme donde la mente piensa, donde dejé a la mente, me siento proyectado en la pantalla como si la carne ya no fuera carne y fuera una imagen de luz. Hace tiempo que al quedar hermético en la cabina siento cómo cambio lugares con alguien en el film. Lo vengo haciendo con frecuencia (he tenido resultados estupendos con *Queen Christina* en la escena final). Espero una llamada telefónica de Paul diciendo que quisiera verme y que me encuentra en On Luck para el almuerzo. Porque dije que la soledad me aburre y porque cazar mariposas no es lo mismo que cazar mariposas; porque en New York es invierno y las calles se quedan tan solas en la madrugada; porque no quiero que Paul se vuelva recuerdo. La llamada lo decide. Dije antes que la muerte es la ilusión pura. Pero hay que morir para saberlo. El tiempo que me queda es corto (hace algún tiempo que siento que pierdo poderes de los límites físicos de la persona y a veces estoy en la cabina y a veces soy parte de cada fragmento, de cada imagen, de cada rostro proyectado).

Pronto, por un gesto perfecto de magia, no sé lo que ocurra. Pero ya comienzo por desvanecerme. El autor, el proyeccionista, Dios, parecen quedar desintegrados en átomos constantes de luz y siento un impulso flojo que me proyecta con suavidad en el lienzo. El tiempo del proyector al lienzo nunca fue más largo y siento partículas perdidas que aún no terminan su viaje. No quiero pensar en la posibilidad siempre presente de que la proyección se interrumpa sin que los átomos logren integrarse en la ilusión esperada.

La muñeca menor

Rosario Ferré

La tía vieja había sacado desde muy temprano el sillón al balcón que daba al cañaveral como hacía siempre que se despertaba con ganas de hacer una muñeca. De joven se bañaba a menudo en el río, pero un día en que la lluvia había recrecido la corriente en cola de dragón había sentido en el tuétano de los huesos una mullida sensación de nieve. La cabeza metida en el reverbero negro de las rocas, había creído escuchar, revueltos con el sonido del agua, los estallidos del salitre sobre la playa y pensó que sus cabellos habían llegado por fin a desembocar en el mar. En ese preciso momento sintió una mordida terrible en la pantorrilla. La sacaron del agua gritando y se la llevaron a la casa en parihuelas retorciéndose de dolor.

El médico que la examinó aseguró que no era nada, probablemente había sido mordida por una chágara viciosa. Sin embargo pasaron los días y la llaga no cerraba. Al cabo de un mes el médico había llegado a la conclusión de que la chágara se le había introducido dentro de la carne blanda de la pantorrilla, donde había evidentemente comenzado a engordar. Indicó que le aplicaran un sinapismo para que el calor la obligara a salir. La tía estuvo una semana con la pierna rígida, cubierta de mostaza desde el tobillo hasta el muslo, pero al finalizar el tratamiento se descubrió que la llaga se había abultado aún más, recubriéndose de una sustancia pétrea y limosa que era imposible tratar de remover sin que peligrara toda la pierna. Entonces se resignó a vivir para siempre con la chágara enroscada dentro de la gruta de su pantorrilla.

Había sido muy hermosa, pero la chágara que se escondía bajo los largos pliegues de gasa de sus faldas la había despojado de toda vanidad. Se había encerrado en la casa rehusando a todos sus pretendientes. Al principio se había dedicado a la crianza de las hijas de su hermana, arrastrando por toda la casa la pierna monstruosa con bastante agilidad. Por aquella época la familia vivía rodeada de un pasado que dejaba desintegrar a su alrededor con la misma impasible musicalidad con que la lámpara de cristal del comedor se desgranaba a pedazos sobre el mantel raído de la mesa. Las niñas adoraban a la tía. Ella las peinaba, las bañaba y les daba de comer. Cuando les leía cuentos se sentaban a su alrededor y levantaban con disimulo el volante almidonado de su falda para oler el perfume de guanábana madura que supuraba la pierna en estado de quietud.

Cuando las niñas fueron creciendo la tía se dedicó a hacerles muñecas para jugar. Al principio eran sólo muñecas comunes, con carne de guata de higüera y ojos de botones perdidos. Pero con el pasar del tiempo fue refinando su arte hasta ganarse el respeto y la reverencia de toda la familia. El nacimiento de una muñeca era siempre motivo de regocijo sagrado, lo cual explicaba el que jamás se les hubiese ocurrido vender una de ellas, ni siquiera cuando las niñas eran ya grandes y la familia comenzaba a pasar necesidad. La tía había ido agrandando el tamaño de las muñecas de manera que correspondieran a la estatura y a las medidas de cada una de las niñas. Como eran nueve y la tía hacía una muñeca de cada niña por año, hubo que separar una pieza de la casa para que la habitasen exclusivamente las muñecas. Cuando la mayor cumplió dieciocho años había ciento veintiséis muñecas de todas las edades en la habitación. Al abrir la puerta, daba la sensación de entrar en un palomar, o en el cuarto de muñecas del palacio de las zarinas, o en un almacén donde alguien había puesto a madurar una larga hilera de hojas de tabaco. Sin embargo, la tía no entraba en la habitación por ninguno de estos placeres, sino que echaba el pestillo a la puerta e iba levantando amorosamente cada una de las muñecas canturreándoles mientras las mecía: Así eras cuando tenías un año, así cuando tenías dos, así cuando tenías tres, reviviendo la vida de cada una de ellas por la dimensión del hueco que le dejaban entre los brazos.

El día que la mayor de las niñas cumplió diez años, la tía se sentó en el sillón frente al cañaveral y no se volvió a levantar jamás. Se balcaneaba días enteros observando los cambios de agua de las cañas y sólo salía de su sopor cuando la venía a visitar el doctor o cuando se despertaba con ganas de hacer una muñeca. Comenzaba entonces a clamar para que todos los

habitantes de la casa viniesen a ayudarla. Podía verse ese día a los peones de la hacienda haciendo constantes relevos al pueblo como alegres mensajeros incas, a comprar cera, a comprar barro de porcelana, encanjes, agujas, carretes de hilos de todos los colores. Mientras se llevaban a cabo estas diligencias, la tía llamaba a su habitación a la niña con la que había soñado esa noche y le tomaba las medidas. Luego le hacía una mascarilla de cera que cubría de yeso por ambos lados como una cara viva dentro de dos caras muertas; luego hacía salir un hilillo rubio interminable por un hoyito en la barbilla. La porcelana de las manos era siempre translúcida; tenía un ligero tinte marfileño que contrastaba con la blancura granulada de las caras de biscuit. Para hacer el cuerpo, la tía enviaba al jardín por veinte higüeras relucientes. Las cogía con una mano y con un movimiento experto de la cuchilla las iba rebanando una a una en cráneos relucientes de cuero verde. Luego las inclinaba en hilera contra la pared del balcón, para que el sol y el aire secaran los cerebros algodonosos del guano gris. Al cabo de algunos días raspaba el contenido con una cuchara y lo iba introduciendo con infinita paciencia por la boca de la muñeca.

Lo único que la tía transigía en utilizar en la creación de las muñecas sin que estuviese hecho por ella, eran las bolas de los ojos. Se los enviaban por correo desde Europa en todos los colores, pero la tía los consideraba inservibles hasta no haberlos dejado sumergidos durante un número de días en el fondo de la quebrada para que aprendiesen a reconocer el más leve movimiento de las antenas de las chágaras. Sólo entonces los lavaba con agua de amoníaco y los guardaba, relucientes como gemas, colocados sobre camas de algodón, en el fondo de una lata de galletas holandesas. El vestido de las muñecas no variaba nunca, a pesar de que las niñas iban creciendo. Vestía siempre a las más pequeñas de tira bordada y a las mayores de broderí, colocando en la cabeza de cada una el mismo lazo abullonado y trémulo de pecho de paloma.

Las niñas empezaron a casarse y a abandonar la casa. El día de la boda la tía les regalaba a cada una la última muñeca dándoles un beso en la frente y diciéndoles con una sonrisa: «Aquí tienes tu Pascua de Resurrección». A los novios los tranquilizaba asegurándoles que la muñeca era sólo una decoración sentimental que solía colocarse sentada, en las casas de antes, sobre la cola del piano. Desde lo alto del balcón la tía observaba a las niñas bajar por última vez las escaleras de la casa sosteniendo en una mano la modesta maleta a cuadros de cartón y pasando el otro brazo alrededor de la cintura de aquella exuberante muñeca hecha a su imagen y semejanza, calzada con zapatillas de ante, faldas de bordados nevados y pantaletas de valencienes. Las manos y la cara de estas muñecas, sin embargo, se notaban menos transparentes, tenían la consistencia de la leche cortada. Esta diferencia encubría otra más sutil: la muñeca de boda no estaba jamás rellena de guata, sino de miel.

Ya se habían casado todas las niñas y en la casa quedaba sólo la más joven cuando el doctor hizo a la tía la visita mensual acompañado de su hijo que acabada de regresar de sus estudios de medicina en el norte. El joven levantó el volante de la falda almidonada y se quedó mirando aquella inmensa vejiga abotagada que manaba una esperma perfumada por la punta de sus escamas verdes. Sacó su estetoscopio y la auscultó cuidadosamente. La tía pensó que auscultaba la respiración de la chágara para verificar si todavía estaba viva, y cogiéndole la mano con cariño se la puso sobre un lugar determinado para que palpara el movimiento constante de las antenas. El joven dejó caer la falda y miró fijamente al padre. Usted hubiese podido haber curado esto en sus comienzos, le dijo. Es cierto, contestó el padre, pero yo sólo quería que vinieras a ver la chágara que te había pagado los estudios durante veinte años.

En adelante fue el joven médico quien visitó mensualmente a la tía vieja. Era evidente su interés por la menor y la tía pudo comenzar su última muñeca con amplia anticipación. Se presentaba siempre con el cuello almidonado, los zapatos brillantes y el ostentoso alfiler de corbata oriental del que no tiene donde caerse muerto. Luego de examinar a la tía, se sentaba en la sala recostando su silueta de papel dentro de un marco ovalado, a la vez que le entregaba a la menor el mismo ramo de siemprevivas moradas. Ella le ofrecía galletitas de jengibre y cogía el ramo quisquillosamente con la punta de los dedos como quien coge el estómago de un erizo vuelto al revés. Decidió casarse con él porque le intrigaba su perfil dormido, y porque ya tenía ganas de saber cómo era por dentro la carne del delfín.

El día de la boda la menor se sorprendió al coger la muñeca por la cintura y encontrarla tibia, pero lo olvidó enseguida, asombrada ante su excelencia artística. Las manos y la cara estaban

confeccionadas con delicadísima porcelana de Mikado. Reconoció en la sonrisa entreabierta y un poco triste la colección completa de sus dientes de leche. Había, además, otro detalle particular: la tía había incrustado en el fondo de las pupilas de los ojos sus dormilonas de brillantes.

El joven médico se la llevó a vivir al pueblo, a una casa encuadrada dentro de un bloque de cemento. La obligaba todos los días a sentarse en el balcón, para que los que pasaban por la calle supiesen que él se había casado en sociedad. Inmóvil dentro de su cubo de calor, la menor comenzó a sospechar que su marido no sólo tenía el perfil de silueta de papel sino también el alma. Confirmó sus sospechas al poco tiempo. Un día él le sacó los ojos a la muñeca con la punta del bisturí y los empeñó por un lujoso reloj de cebolla con una larga leontina. Desde entonces la muñeca siguió sentada sobre la cola del piano, pero con los ojos bajos.

A los pocos meses el joven médico notó la ausencia de la muñeca y le preguntó a la menor qué había hecho con ella. Una cofradía de señoras piadosas le había ofrecido una buena suma por la cara y las manos de porcelana para hacerle un retablo a la Verónica en la próxima procesión de Cuaresma. La menor le contestó que las hormigas habían descubierto por fin que la muñeca estaba rellena de miel y en una sola noche se la habían devorado. «Como las manos y la cara eran de porcelana de Mikado, dijo, seguramente las hormigas las creyeron hechas de azúcar, y en este preciso momento deben estar quebrándose los dientes, royendo con furia dedos y párpados en alguna cueva subterránea.» Esa noche el médico cavó toda la tierra alrededor de la casa sin encontrar nada.

Pasaron los años y el médico se hizo millonario. Se había quedado con toda la clientela del pueblo, a quienes no les importaba pagar honorarios exorbitantes para poder ver de cerca a un miembro legítimo de la extinta aristocracia cañera. La menor seguía sentada en el balcón, inmóvil dentro de sus gasas y encajes, siempre con los ojos bajos. Cuando los pacientes de su marido, colgados de collares, plumachos y bastones, se acomodaban cerca de ella removiendo los rollos de sus carnes satisfechas con un alboroto de monedas, percibían a su alrededor un perfume particular que les hacía recordar involuntariamente la lenta supuración de una guanábana. Entonces les entraban a todos unas ganas irresistibles de restregarse las manos como si fueran patas.

Una sola cosa perturbaba la felicidad del médico. Notaba que mientras él se iba poniendo viejo, la menor guardaba la misma piel aporcelanada y dura que tenía cuando la iba a visitar a la casa del cañaveral. Una noche decidió entrar en su habitación para observarla durmiendo. Notó que su pecho no se movía. Colocó delicadamente el estetoscopio sobre su corazón y oyó un lejano rumor de agua. Entonces la muñeca levantó los párpados y por las cuencas vacías de los ojos comenzaron a salir las antenas furibundas de las chágaras.

Una semana de siete días

Magali García Ramis

Mi madre era una mujer que tenía grandes los ojos y hacía llorar a los hombres. A veces se quedaba callada por largos ratos y andaba siempre de frente al mundo; pero aunque estaba en contra de la vida, a mí, que nací de ella, nunca me echó de su lado. Cuando me veían con ella, toda la gente quería quedarse conmigo. «Te voy a robar, ojos lindos», me decían los dependientes de las tiendas. «Déjala unos meses al año acá, en el verano, no es bueno que esa niña viaje tanto», le habían pedido por carta unas tías. Pero mi madre nunca me dejaba. Caminábamos el mundo de mil calles y cien ciudades y ella trabajaba y me miraba crecer y pasaba sus manos por mi pelo cada vez que me iba a hacer cariños. En cada lugar que vivíamos mamá tenía muchos amigos —compañeros les decía ella— y venían a casa de noche a hablar de cosas y a veces a tocar guitarra. Un día mamá me llamó seria y suave, como hacía cuando me iba a decir algo importante. «Vamos a regresar a casa», me dijo «papá ha muerto». Muerto. Los muertos estaban en los cementerios, eso sí lo sabía yo, y nuestra casa era este departamento azul donde, como en todos los que habíamos estado, mamá tenía la pintura del señor de sombrero con fusil en la mano, la figura de madera de una mujer con su niño, un par de fotos de un hombre que ella ponía en el cuarto y una de otro hombre que ella pegaba en la pared junto a mi cama. «No hay tal papá Dios, este hombre es tu padre, tu único papá», me decía. Y yo lo miraba todas las noches, a ese hombre de pelo tan claro y ojos verdes que ahora estaba muerto y nos hacía irnos de casa.

No me puedo acordar cómo llegamos a la isla, sólo recuerdo que allí no podía leer casi nada aunque ya sabía leer, porque les daba por escribir los nombres de las tiendas en inglés. Entonces alguien nos llevó en un auto a San Antonio. Antonio se llamaba mi padre y ese era su pueblo. Antes de salir para San Antonio mi madre me compró un traje blanco y otro azul oscuro y me puso el azul para el viaje. «Vas a ver a tu abuela de nuevo», me dijo. «Tú vas a pasar unos días con ella, yo tengo unos asuntos que atender y luego iré a buscarte. Tú sabes que mamá no te deja nunca, ¿verdad? Te quedarás con abuela una semana, ya estás grande y es bueno conocer a los familiares.»

Y así de grande, más o menos, llegué dormida con mamá a San Antonio. El auto nos dejó al lado de una plaza llena de cordones con luces rojas, verdes, azules, naranjas y amarillas. Una banda de músicos tocaba una marcha y muchos niños paseaban con sus papás. «¿Por qué hay luces, mamá?» «Es Navidad», fue su única respuesta. Yo cogí mi bultito y mamá la maleta, y me llevó de la mano calle arriba, lejos de la plaza que me llenaba los ojos de colores y de música. Caminamos por una calle empinada y ya llegando a una colina nos detuvimos frente a una casa de madera de balcón ancho y tres grandes puertas. Yo me senté en un escalón mientras mi madre tocaba a la puerta de la izquierda. Desde allí, sentada, mis ojos quedaban al nivel de las rodillas que una vez le habían dicho que eran tan bonitas.

«Tus rodillas son preciosas y tú eres una chulería de mujer», le decía el hombre rubio a mamá y yo me hacía la dormida en la camita de al lado y los oía decirse cosas que no entendía. De todo lo que se dijeron y contaron esa noche, lo único que recuerdo es que sus rodillas eran preciosas. Aquel hombre rubio le decía que la quería mucho, y que a mí también, y que quería casarse con ella —pero ella no quiso. Un día estábamos sentados en un café y le dijo que no volviera, y allí mismo él pagó la cuenta y se fue llorando. Yo miré a mi madre y ella me abrazó.

Hacía frío y creí que me iba a dormir de nuevo, pero no me dio tiempo porque detrás de la puerta con lazo negro una voz preguntó: ¿Quién? «Soy yo, Doña Matilde, Luisa, he venido con la niña.» La mujer abrió la puerta y sacó la cabeza para mirar al balcón y allí en la escalera a su derecha estaba yo, mirando a esa mujer con los ojos verdes de mi padre. «Pasen, pasen, no cojan el sereno que hace daño», dijo la abuela. Pasamos un pasillo ancho con muchas puertas a los dos lados, y luego un patio sin techo, en el medio. «¿Por qué tiene un hoyo esta casa, mamá?» «Es un patio interior, las casas de antes son así», dijo mamá, y seguimos caminando por la casa de antes hasta llegar a un comedor. Allí estaba Rafaela, la muchacha de abuela que era casi tan vieja como ella. Nos sentamos a tomar café con pan y mamá habló con la abuela.

Al otro día amanecí con mi payama puesta en una cama cubierta con sábanas y fundas de flores bordadas, tan alta que tuve que brincar para bajarme. Busqué a mamá y me asustó pensar que quizás ya se había ido por una semana y me había dejado sin despedirse, y yo en payamas. Entonces oí su voz: «La nena ha crecido muy bien, Doña Matilde. Es inteligente, y buena como su padre.» «Tiene los ojos Ocasio», dijo la abuela. «Yo sé lo que usted piensa, que tanto cambio le hace daño, y yo sé que usted no está de acuerdo con la vida que yo llevo, ni con mis ideas políticas, pero deje que la conozca a ella para que vea que no le ha faltado nada: ni cariño, ni escuela, ni educación.» «Él preguntó por ti antes de cerrar los ojos, siempre creyó que tú volverías», contestó la abuela, como si cada una tuviese una conversación aparte. «Mamá, mamá, ya me desperté», dije. «Ven acá, estamos en el patio», me contestó. «Pero no sé dónde está mi bata», grité, porque ella estaba diciéndole a abuela que yo tenía educación y aunque nunca me ponía la bata eso ayudaría a lo que mi mamá decía. «Olvídate de eso, si tú no te la pones, ven», repitió mamá, que nunca fingía nada. Yo me acerqué y vi de frente a la abuela que era casi tan alta como mi madre y con su pelo recogido en redecilla me sonreía desde una escalerita donde estaba trepada podando una enredadera en ese patio sembrado de helechos y palmas. «Saluda a tu abuela.» «Buenos días, abuela», dije. Y ella bajó de la escalera y me dio un beso en la cabeza.

Durante el desayuno siguieron hablando mi madre de mí y mi abuela de mi padre. Luego me pusieron el traje blanco y fuimos al cementerio. Hacía una semana que lo habían enterrado, nos contó la abuela. Vimos la tumba que decía algo y después tenía escrito el nombre de mi papá: Antonio Ramos Ocasio Q.E.P.D. «Yo sé que tú no eres creyente, pero dejarás que la niña se arrodirle y rece conmigo un padrenuestro por el alma de su padre...» Mi madre se quedó como mirando a lo lejos y dijo que sí. Y así yo caí hincada en la tierra en el mundo de antes de mi abuela, repitiendo algo sobre un padre nuestro que estaba en los cielos y mirando de reojo a mamá porque las dos sabíamos que ese padre no existía.

«Mamá, ¿esta noche me llevas a aquel sitio de luces?», le pregunté ese día. «¿A qué sitio?» preguntó abuela, «recuerda que en esta casa hay luto.» «A la plaza pregunta ella, Doña Matilde. No frunza el ceño, recuerde que en este pueblo nadie nos conoce, que ella nunca ha estado unas Navidades en un pueblo de la isla, y que yo me voy mañana...» y terminó de hablar con miradas. Abuela respiró hondo y se miró en mis ojos.

Esa noche fuimos a la plaza mamá y yo. De nuevo, había mucha gente paseando. Vendían algodón de azúcar color rosa, globos pintados con caras de los reyes magos y dulces y refrescos. Había kioscos con comida y muchas picas de caballitos donde los hombres y los muchachos apostaban su dinero. Y la banda tocó marchas que le daban a uno ganas de saltar. Yo me quedé callada todo el tiempo porque todo eso me iba entrando por los ojos y de tanto que me gustaba me daba ganas de llorar. «No te pongas triste», me dijo mamá. «No estoy triste, es que estoy pensando, mamá», le expliqué, y ella me llevó hasta un banquito de piedra. Nos sentamos justo encima de donde decía: «Siendo alcalde de San Antonio el honorable Asencio Martínez, se edificaron estos bancos con fondos municipales para el ornato de esta ciudad y la comodidad de sus habitantes.» «Mamá se tiene que ir mañana a la ciudad a donde llegamos primero. Va a estar solamente una semana yendo a muchas oficinas y es mejor que te quedes esos días acá con abuela, ¿me entiendes, cariño? Tú sabes que mamá nunca te ha mentado, si te digo que vuelvo, vuelvo. ¿Te acuerdas la vez que te quedaste unos días con Francisco, el amigo de mamá?»

Las dos cotorras que tenía Francisco hablaban. Vivimos con él un tiempo y una vez que mamá tuvo que ir a un sitio importante me dejó con él unos días. Cuando regresó me trajo una muñeca japonesa con tres trajecitos que se le cambiaban y Francisco me hizo cuentos de los hombres del Japón. Un tiempito después mamá llegó y nos dijo que había conseguido trabajo en otra ciudad y que teníamos que mudarnos ese día. Francisco quiso mudarse con nosotras; mamá le dijo que no. Y nos despidió en la estación del tren con los ojos llenos de lágrimas, de tan enamorado que estaba de mi madre.

«Sí, mamá, me acuerdo», le dije. «Pues es igual. Mamá tiene cosas muy importantes que hacer. La abuela Matilde es la mamá de tú papá. Ella te quiere mucho ¿viste que sobre su tocador hay un retrato de cuando tú eras pequeñita? Ella te va a hacer mañana un bizcocho de los que te gustan. Y te hará muchos cuentos. Y ya enseguida pasa la semana. «Estamos de acuerdo?» Yo no lo estaba por nada del mundo, pero mamá y yo éramos compañeras, como

decía ella, y siempre nos dábamos fuerzas una a la otra. Así que yo cerré mi boca lo más posible y abrí mis ojos lo más que podía, como hacía cada vez que me daba trabajo aceptar algo y le dije sí, mamá, de acuerdo, porque yo sabía que ella también se asustaba si estaba sin mí, Y nos dimos un abrazo largo allí sentadas encima del nombre del alcalde y del ornato, que quería decir adorno, me explicó mi mamá.

Al otro día, frente a la plaza ahora callada después del almuerzo, nos despedimos de mamá que subió a un auto lleno de gente. «Las cosas en la ciudad no están muy tranquilas, Luisa, cuídate, no te vaya a pasar nada.» «No se preocupe, Doña Matilde, sólo voy a ver al abogado para arreglar eso de los papeles de Antonio y míos, y enseguida vuelvo a buscar la niña y nos vamos. Cuídelo bien y no se preocupe.»

«¿Tú sabes cuánto es una semana?» «Sí, abuela, es el mismo tiempo que papá lleva enterrado.» «Sí, pero en tiempo, hijita, en días ¿sabes?, me preguntó abuela luego de que se fuera mamá. «No, abuela.» «Son siete, siete», me repetía, pero yo nunca fui buena con los números ni entendí bien eso del tiempo. Lo que sí recuerdo es que entonces fue tiempo de revolú. Una noche se oyeron tiros y gritos, y nadie salió a las calles ni a la plaza. Por unos días todos tenían miedo. Abuela tomaba el periódico que le traían por las mañanas al balcón y leía con mucho cuidado la primera página y luego ponía a Rafaela a leerle unas listas de nombres en letras demasiado chiquititas para su vista que venían a veces en las páginas interiores. A mí no me lo dejaban ver. Yo sólo podía leer rápido las letras negras grandotas de la primera página que decían cosas como DE TE NI DOS LE VAN TA MI EN TO SOS PE CHO SOS y IZ QUIER DIS TAS que yo no entendía.

Una noche después, llegaron unos hombres cuando nos íbamos a acostar Rafaela, abuela y yo. «Súbete a la cama, anda», me dijo muy seria la abuela. Yo la obedecí primero y luego me bajé. Corrí de cuarto en cuarto hasta llegar al que daba a la sala y me puse a escuchar. Ya los hombres estaban en la puerta y sólo pude oír cuando decían: «De modo que no trate de sacarla del pueblo y mucho menos de la isla. Sabemos que ella vendrá por la niña, y tenemos orden de arresto.» «Mire, señor, policía», le decía la abuela, «yo estoy segura que ella no tuvo nada que ver. Le repito que vino a la isla solamente porque murió mi hijo, ella ya no está en política, créame, ¿por qué hay orden de arresto?» «Ya está avisada, señora, hay que arrestar a todos esos izquierdistas para interrogarlos. Y si no tuvo que ver ¿por qué se esconde? Hay testigos que afirman que la vieron en la Capital, armada... «eso es ser inocente? Con que ya lo sabe, la niña se queda en el pueblo.»

La niña era yo, eso lo supe enseguida, y en lo que la abuela cerraba la puerta corrí cuarto por cuarto de vuelta a mi cama. Abuela vino hasta donde mí. Yo me hice la dormida pero no sé si la engañé porque se me quedó parada al lado tanto rato que me dormí de verdad.

Ahora estoy en el balcón esperando que me venga a buscar mi mamá, porque sé que vendrá por mí. Todos los días pienso en ella y lo más que recuerdo es que tenía unos ojos grandes marrones y que era una mujer que hacía llorar a los hombres. Ah, y que nunca me mentía; por eso estoy aquí, en el balcón, con mi bultito, esperándola, aunque ya haya pasado más de una semana, lo sé porque ya sé medir el tiempo, y porque mis trajes blanco y azul ya no me sirven.

Hollywood memorabilia

Manuel Ramos Otero

Yo soy Dios. Y crearé un personaje que se llamará Ángel. Se llamará John. Se llamará Paul. En las tardes trabajo con las oficinas del gobierno en un programa de investigación social para crear un sistema perfecto de movilidad. No. Las deficiencias del capitalismo no me interesan. ¿Por qué? Porque tengo veintitrés años y pienso que a los treinta moriré con un ataque imprevisto de tuberculosis (como Greta Garbo en *Camille*). De noche trabajo de proyccionista en un cine de segunda (de segunda porque no se exhiben películas nuevas anoche por ejemplo presentamos *Lady Hamilton* y Vivien Leigh estuvo estupenda) y salgo muy tarde en la noche. Tan tarde salgo que camino hasta casa y no me queda tiempo para conocer a nadie en el camino, entablar una relación espontánea y rápida e invitarle a que pase a casa a tomar café (también tengo té de jazmín porque conocí a un chico que adora el té de jazmín pero de todas formas no importa porque dijo que llegaría a las ocho y después de esperarlo hasta la madrugada supe que no vendría; aún no he abierto la caja con sobres individuales de té de jazmín).

Ah, claro. ¿Dije que soy autor? Escribo cuentos cortos y dejo que la vida se me agujeree con oraciones que solamente yo comprendo. Por eso soy un autor. No. No soy escritor. Escritores los periodistas de *El Día*. Los de *La Noche*. Los de *El Mundo*. Los de *El País*. Yo soy un autor con *part-time* de *researcher* y proyccionista (aunque existe la posibilidad de que ser autor no es profesión alguna y soy tan sólo un proyccionista con *part-time* de *researcher*). Aun cuando no tiene importancia vivo en la ciudad. ¿El nombre? No. No es necesario. Todas las ciudades son iguales. Oscuras. Tristes. Parezco introvertido. Y sin embargo no creo que lo soy. Adoro el cine. Sobre todo Hollywood de los treinta y los cuarenta, Ruby Keeler y Busby Berkeley y Humphrey Bogart y Orson Welles y John Ford y Rita Hayworth y Greta Garbo y Vivien Leigh (a la Garbo y a la Leigh las prefiero sobre todas, especialmente a la Garbo en *Ninotchka* y a la Leigh de *Gone with the Wind*) y Ernst Lubitsch y Linda Darnell y John Huston. No es necesario conectar mi introversión con la obsesión cinematográfica. Simplemente las ideas corren hasta la cabeza y no puedo evitarlo. Como ahora por ejemplo recuerdo que en la Superior conocí a Ángel Antonio y me dio aquel complejo de Scarlett O'Hara y Ashley Wilkes que aún conservo y cada vez que tomo una ducha recuerdo el tema de Tara y la tarareo. Recuerdo que Ángel era flaco de ojos oscuros y piel clara y pelo castaño con mechones rubios. Como Ashley. A veces la realidad se vuelve turbia y desde la cabina de proycción recurro a la creación de las imágenes (trasposición de las imágenes y lo veo surgir en el lienzo de la pantalla). Quisiera estudiar cinematografía y hacer cine. Talento no sé. Pero si deseo y devoción son suficientes no falta nada para decir aquí comienzo. Mientras tanto leo a Andrew Sarris en el *Village Voice* (bien... no lo voy a ocultar... vivo en New York y pensé que al mencionar que leo el *Voice* lo otro llegaría por conexión del pensamiento sigiloso) y a veces a Manny Farber y James Agee. No, no importa. Hoy proyecto *Citizen Kane* y cuando mencionaron rosebud la mente se escapó y llegó a la niñez no tan lejana. La recapturé entre los labios de Agnes Moorehead.

La investigación social y la movilidad y el problema de los negros (escucho el ruido de varios suspiros de pechos insultados que consideran el racismo el *issue* universal) no me interesan tanto como el cine y Joan Crawford en *Grand Hotel*... (varios ¡Ahhhhhs! vomitados que al fin y al cabo me tienen sin cuidado porque ya no resisto a las señoras que se levantan temprano en la mañana y acuden a misa vestidas de negro sin nada en el estómago y se golpean el pecho tres veces con interrupciones, ni a la gente que critica al presidente de la Universidad del Estado por sospechársele homosexual reprimido debido a sus manierismos desbocados durante los discursos de graduación, ni la gente que opina que estudiante es sinónimo de sometimiento tradicional y que la revolución en los países coloniales y el comunismo son lo mismo). Todo me parece tremenda porquería burguesocialista, izquierdoderechista. Después de todo la mierda es mierda es mierda (revisando a Gertrude Stein).

Sobre todo el *issue*. Yo soy Dios. No se sorprenda nadie de mi divinidad aficionada. No quiero escuchar palmaditas de reconocimiento ni gritos de exasperación. Si prefiere a Buda soy Buda. Si prefiere a David soy David (así me gana la admiración de los judíos que monopolizan el sistema de tiendas por departamentos). Si prefiere a Lenin soy Lenin. Ahora que sobre todo si prefiere a Marilyn en *Gentlemen Prefer Blondes*, la semana entrante la proyecto.

Bueno, el personaje se llamará yo. Porque después de varias recapitulaciones de la memoria, aún no se me facilita el comienzo. Pero el comienzo perdura en cada segundo que pasa. Ocurre que el comienzo y el final pertenecen al mismo espacio y ya no se distinguen sus formas. Ciertamente. Comienzo y final son lo mismo. Voy a morir a los treinta arrollado por un vehículo de transportación (como Vivien Leigh en *Waterloo Bridge*). Voy a morir sin haber descubierto las conclusiones de los absolutos que me robaron la memoria. La primera vez que me lo dije tenía que buscar definición para dos palabras: realidad e ilusión. Y entonces la vida me satisface. La felicidad se comprende. Porque resignarme a la felicidad que deja la Coca Cola en los agujeros de la boca, porque resignarme a la felicidad que dejan los modelos de primavera de Cardín, o a la felicidad después de la recolección de fondos para los veteranos de Vietnam; a esa felicidad externa de saber que se nos aprueba el comportamiento, para mí no existe. Por eso necesito definir estas palabras porque sé que guardan el secreto, el Sésamo.

El pensamiento me asaltó en medio de *She Done Him Wrong*. Y no sé por qué. Mae West no me hace pensar que la vida es un tedio. Pero mi vida es un tedio. Porque no distingo si quiero vivir cada día como si fuera el último; si Ángel Antonio es lo mismo que Ilusión de la Vida Ángel Antonio (en otras palabras quiero saber si la ilusión se finaliza cuando se llena con rasgos, si Ángel es el final de la ilusión por ser la ilusión creada). Eso pensé al dejar *Superior* y sentir la fatiga en el pecho y la nostalgia y la soledad y mirar a la realidad y sentir miedo. El miedo se llama ilusión. El miedo se llama amor entrenado de que la vida es nada sin amor.

La otra noche proyecté *King Kong* para sentirme solo. Con la misma soledad de King Kong. Bruta. Tierna. Sin lugar en la vida. Esta mañana comentaba una señora en el *subway* de la Séptima Avenida que Israel quiere declarar la guerra pero la memoria se diluyó en el ruido. Parece que no lo comprendo ni que se me comprende. Pero al dejar el cine conocí a Paul y no hablamos de nada porque fue muy extraño. Tenemos el mismo signo zodiacal y ninguno de los dos rechaza la timidez y el silencio. Bueno, le conocí. Tiene el cabello delgado y el cuerpo rubio. También a la inversa. Actor desempleado de *soap opera* de televisión; no me atrevo a preguntarle si le gusta Stanislavsky. En el rostro y en la forma en que se desliza en su cama en el modo de mover los labios y en la sonrisa recuerda a James Dean (pero el de los *East of Eden* y no el de *Rebel without a Cause*). Andrew Sarris prefiere *Rebel* porque naturalmente prefiere a Nicholas Ray sobre Elia Kazan. Tema para más investigación porque no comprendo demasiado a Ray. Me agrada Paul por su nerviosismo etéreo (será porque Paul es una versión italiano-americana de Ángel o porque la ilusión con sus rasgos estandarizados se repite). Por eso creo que me moriré a los treinta muy violentamente (como Rita Hayworth en *The Lady from Shanghai*). Porque la vida se apresura y aquí ya pienso en los veinticuatro repentinos y en los quince recordados con delirio.

¡Ah! Porque además se piensa que la vida es juventud en el rostro (muy Dorian Gray) de la misma forma que se piensa que el amor existe. Por eso si supiera en qué niveles la realidad y la ilusión quedan intersectadas quizás se solucione todo. Es imposible explicar que para mí, Amorangelilusión persiste en la mente torturada. Que si no se es joven se vegeta y que si el amor llegara tarde mejor que no llegue y para estar seguro: suicidio a los treinta y el cielo que nos espera.

Estoy reconstruyendo esta realidad sofocada por la existencia diluida para cerrar espacios de tiempo. Soy Dios porque no hay nada más fácil. Dios defecando tristeza en la cara de la vida. Soy Dios porque creando a Ángel y creando a Paul (creando además a John, ángulo esencial del triángulo, de la Divina Trinidad Parasitaria, recreo la nada definida de la vida, o de mi vida; pero realmente no importa que piense que mi vida y la vida son lo mismo) regresa la memoria en cuadros inmóviles y se detiene y me dice caramba qué te ocurre pensé que eras feliz.

Pero entonces ¿por qué me siento solo? Ángel se fue de la memoria para quedar sustituido por John que se fue de la memoria para quedar sustituido por Paul que se irá de la memoria para quedar sustituido por... (Me encanta Hitchcock en *Suspicion*). Si dejamos un ángulo abierto

posiblemente continúen los triángulos. Eso sí, que el final siempre llega y por eso digo que moriré a los treinta (como Ava Gardner en *The Barefoot Contessa*).

El único valor importante en la vida (digo mi vida pero ya se sabe que mi vida y la vida son lo mismo) es la soledad. Pero uno se cansa de ella. Y entonces el amor. Pero jamás se encuentra o si se encuentra cómo se define. La soledad por ejemplo se presiente porque se vuelve física. El amor no se materializa. Por lo cual Ángel-John-Paul son espectros de la mente que sufre. Ahora sólo vivo de noche y lo demás no importa. Las mañanas son demasiado solas cuando se despierta y John ya no se encuentra debajo de las sábanas y entonces la memoria es, algo como la secuencia de los pianos blancos de Busby Berkeley; llena de imágenes repetidas: John y el comienzo: lo conocí el año pasado al salir del cine en la madrugada después de la proyección de *Casablanca*. Tenía los cabellos largos y claros y el cuerpo flaco y los ojos azules (en los ojos azules se aparta de los moldes iniciados con Ángel Antonio y finalizados con Paul; por eso creo que el ángulo creado por John tiene que expresar pasajes incisivos y determinantes que aún no descubro; quizás los ojos azules demuestran que el triángulo no es perfecto y la historia no es una continuación interminable de sucesos idénticos) y lo llevé a vivir conmigo y olvidé a Ángel por el primer período de tiempo. Si las ilusiones se olvidan y uno vive por las ilusiones la vida pierde su significado. Por eso creo que si muero a los treinta será en New York, arrollado y despedazado por un tren (como Leigh y Garbo en *Anna Karenina*).

Ángel y John son de Acuario; Paul y yo somos de Cáncer. ¿Importa? Cualquier nivel de la ilusión tiene más significado que cualquier nivel de la realidad. No quiero decir que tengo las definiciones. Pero se piensa que si la realidad fatiga porque se conoce, se presiente un algo aparte mejor que el tedio continuo de la realidad. ¿Acaso existe? Posiblemente la ilusión es la proyección de la mente imposible. Lo que no ocurrirá. Pero si no ocurre para qué se piensa. Para qué se sospecha. A veces los modelos de la rutina, como el trabajo, la broma social, el sufrimiento de haber perdido al amante, se vuelven demostraciones incontrolables de ilusión.

Antes de llegar al cine, casi siempre me detengo en el camino a cenar. Con esa soledad del que busca el amor absoluto mientras desliza la mantequilla por el pedazo de pan. Con esa soledad que se desarrolla cuando se ha sido proyeccionista de cine de segunda en una cabina cúbica, gris, limitada por el sonido de los Bell & Howell y la oscuridad. Entonces me siento en el *stool* de la cabina de proyección y miro por las aberturas de la pared que corresponden al proyector que no se usa desde que quedó sin movimiento en medio de la escena de la lluvia y el gazebo en *Top Hat*. A veces interrumpo la mirada y escucho los suspiros de la audiencia sumergida en una soledad libre y desierta... (como la chica joven que lloraba en la escena final de *Imitation of Life*; o el chico vestido de revolucionario que casi no respira durante la proyección de *The Fountainhead*). Todo lo sé. Más que por proyeccionista de cine de segunda, por la cualidad divina que la soledad otorga. Se convierte el alma tímida en alma vulnerable; todo se escucha, todo se siente, todo se espera.

No es posible que se viva para dormir hasta las doce del mediodía, levantarse y tomar café, marchar al *part-time* de *researcher* (por cierto que los resultados del últimos *field test* no se muestran favorables), dejar la oficina, cenar y crearle ilusiones a la gente que nunca se conoce, a la gente que no sabe que soy un fabricante nocturno de ilusiones, a la gente que no sabe que Greta Garbo y Vivien Leigh se multiplican en mi mente (el último artículo de *Look* sobre la Garbo: «Garbo is 65», con la portada en plata y negro, me ha dejado incierto porque se intenta destruir su leyenda con el método usual de las institucionesseudorrealistas), a la gente que desconoce las definiciones de un proyeccionista.

Escribo y lo dije al principio. Autoreo mi biografía sin disfraces falsos. El cine no es un disfraz sino el espejo del alma. Tiene esa honestidad que no se expresa, para la cual no hay vocablos. Escribo mi vida que es un recuento de emociones reconstruidas a través de Rita Hayworth en *Gilda*, de Gloria Swanson en *Sunset Boulevard*, jetcétera, etcétera! Sigo creyendo que la muerte será violenta a los treinta (como Bette Davis en *The Letter*).

Es necesario creer que la soledad tiene final. Que el amor si no se alcanza no importa porque de todas formas se muere, la muerte concluye la vida. Comienzo a creer que las realidades son los lados oblicuos de la ilusión. Que la ilusión es la existencia misma; no es llenar la ilusión porque la ilusión se termina; para ser ilusión tiene que estar vacía, desnuda, sin colores deslizados en la cara. Comienzo a creer que la muerte es la ilusión pura, que cuando me llegue

el momento (digo que será a los treinta), quedará consumado sin artificios vagos; que cuando llegue la muerte el residuo que deja el amor frustrado y la soledad eterna sobre el ombligo, cobrará sentido y se volverá visual (como las imágenes de cine) y entonces Ángel-John-Paul quedará resuelto. Entonces, no quiero que puedan preocuparme las horas desesperadas que paso en busca de las conclusiones vitales sin las que la vida es absurda (por eso la vida es absurda), que no me preocupe la sospecha de que la soledad y el amor no existen en nivel alguno (imagino que pudiera ser un proceso biológico una demostración de procesos químicos del cuerpo y eso me trae el temor). Acaban de informarme que las conclusiones del *field-test* demuestran que la movilidad social no tiene bases sólidas en el capitalismo (viviendo en una sociedad capitalista supongo que el gobierno federal discontinuará los fondos y quedaré en la calle con pocas probabilidades de conseguir la inmortalidad en el campo de la investigación; realmente, o verdaderamente o vidamente ¡no importa!).

Mientras tanto no creo que la espera sea larga. Hace un tiempo que siento un mareo suave cada vez que llego a la cabina y la puerta se cierra. Comienzo la proyección en un letargo tranquilo y cuando las imágenes comienzan a ser expulsadas en la pantalla el espacio va perdiendo sus formas. Hace tiempo que siento que las imágenes regresan ahogadas después que la luz las rechaza para volverlas oscuras y se acumulan en la cabina para que yo las acaricie. En cambio he sentido transformaciones lentas en mi piel y a veces cuando trato de encontrarme donde la mente piensa, donde dejé a la mente, me siento proyectado en la pantalla como si la carne ya no fuera carne y fuera una imagen de luz. Hace tiempo que al quedar hermético en la cabina siento cómo cambio lugares con alguien en el film. Lo vengo haciendo con frecuencia (he tenido resultados estupendos con *Queen Christina* en la escena final). Espero una llamada telefónica de Paul diciendo que quisiera verme y que me encuentra en On Luck para el almuerzo. Porque dije que la soledad me aburre y porque cazar mariposas no es lo mismo que cazar mariposas; porque en New York es invierno y las calles se quedan tan solas en la madrugada; porque no quiero que Paul se vuelva recuerdo. La llamada lo decide. Dije antes que la muerte es la ilusión pura. Pero hay que morir para saberlo. El tiempo que me queda es corto (hace algún tiempo que siento que pierdo poderes de los límites físicos de la persona y a veces estoy en la cabina y a veces soy parte de cada fragmento, de cada imagen, de cada rostro proyectado).

Pronto, por un gesto perfecto de magia, no sé lo que ocurra. Pero ya comienzo por desvanecerme. El autor, el proyeccionista, Dios, parecen quedar desintegrados en átomos constantes de luz y siento un impulso flojo que me proyecta con suavidad en el lienzo. El tiempo del proyector al lienzo nunca fue más largo y siento partículas perdidas que aún no terminan su viaje. No quiero pensar en la posibilidad siempre presente de que la proyección se interrumpa sin que los átomos logren integrarse en la ilusión esperada.

Encancaranublado

Ana Lydia Vega

*El cielo está encancaranublado.
¿Quién lo encancaranubló?
El que lo encancaranubló
Buen encancaranublador sería.*

Septiembre, agitador profesional de huracanes, avisa guerra llenando los mares de erizos y aguavivas. Un vientecito sospechoso hincha la guayabera que funge de vela en la improvisada embarcación. El cielo es una conga encojonada para bembé de potencias.

Cosa mala, ese mollderudo brazo de mar que lo separa del *pursuit of happiness*. Los tiburones son pellizco de ñoco al lado de otros señores peligrosos que por allí jumean. Pero se brega. Antenor lleva dos días en la monotonía de un oleaje prolongación de nubes. Desde que salió de Haití no ha avistado siquiera un botecito de pescadores. Es como jugar al descubridor teniendo sus dudas de que la tierra es legalmente redonda. En cualquier momento se le aparece a uno el consabido precipicio de los monstruos.

Atrás quedan los mangos podridos de la diarrea y el hambre, la gritería de los macoutes, el miedo y la sequía. Acá el mareo y la amenaza de la sed cuando se agote la minúscula provisión de agua. Con todo y eso, la triste aventura marina es crucero de placer a la luz del recuerdo de la isla.

Antenor se acomoda bajo el caldero hirviendo del cielo. Entre el merengue del bote y el cansancio del cuerpo se hubiera podido quedar dormido como un pueblo si no llega a ser por los gritos del dominicano. No había que saber español para entender que aquel náufrago quería pon. Antenor lo ayudó a subir como mejor pudo. Al botecito le entró con tal violencia un espíritu burlón de esos que sobrevuelan el Caribe que por poco se quedan los dos a pie. Pero por fin lograron amansarlo.

—Gracias, hermanito, dijo el quisqueyano con el suspiro de alivio que conmovió a la vela.

El haitiano le pasó la cantimplora y tuvo que arrancársela casi para que no se fuera a beber toda el agua que quedaba, así, de sopetón. Tras largos intercambios de miradas, palabras mutuamente impermeables y gestos agotadores llegaron al alegre convencimiento de que Miami no podía estar muy lejos. Y cada cual contó, sin que el otro entendiera, lo que dejaba —que era poco— y lo que salía a buscar. Allí se dijo la jodienda de ser antillano, negro y pobre. Se contaron los muertos por docenas. Se repartieron maldiciones a militares, curas y civiles. Se estableció el internacionalismo del hambre y la solidaridad del sueño. Y cuando más embollados estaban Antenor y Diógenes —gracia neoclásica del dominicano— en su bilingüe ceremonia, repercutieron nuevos gritos bajo la bóveda entorunada del cielo.

El dúo alzó la vista hacia las olas y divisó la cabeza encrespada del cubano detrás del tradicional tronco de náufrago.

—Como si fuéramos pocos parió la abuela —dijo Diógenes, frunciendo el ceño. El haitiano entendió como si hubiera nacido más allá del Masacre. Otro pasajero, otra alma, otro estómago, para ser exactos.

Pero el cubano aulló con tanto gusto y con tan convincente timbre santiaguero que acabaron por facilitarle el abordaje de un caribeñísimo Que se joda ante la rumba que emprendió en el acto el bote.

No obstante la urgencia de la situación, el cubano tuvo la prudencia de preguntar:

—¿Van pa Miami, tú? —antes de agarrar la mano indecisa del dominicano.

Volvió a encampanarse la discusión. Diógenes y Carmelo —tal era el nombre de pila del inquieto santiaguero— montaron tremendo perico. Antenor intervenía con un ocasional *Mais oui* o un *C'est ça* asaz timiducho cada vez que el furor del tono lo requería. Pero no le estaba gustando ni un poquito el monopolio cervantino en una embarcación que, destinada o no al exilio, navegaba después de todo bajo bandera haitiana.

Contrapunteado por Diógenes y respaldado por un discreto maraqueo haitiano, Carmelo contó las desventuras que lo habían alejado de las orientales playas de la Antilla Mayor.

—Óyeme, viejo, aquello era trabajo va y trabajo viene día y noche. . .

—Oh, pero en Santo Domingo ni trabajo había...

—Pica caña y caña pica de sol a sol, tú...

—Qué vaina, hombre. En mi país traen a los dichosos madamos pa que la piquen y a nosotros que nos coma un caballo...

El haitiano se estremeció ligeramente al roce de la palabra madamo, reservada a los suyos y pronunciada con velocidad supersónica por el quisqueyano. No dijo nada para no hacerle más cosquillas al bote, ya bastante engreído por la picadura del agua.

—Chico, ya tú ves que donde quiera se cuecen frijoles —dijo el cubano, iniciando la búsqueda de comestibles con su imprudente alusión.

Antenor tenía, en una caja de zapatos heredada de un zafacón de ricos, un poco de casabe, dos o tres mazorcas de maíz reseco, un saquito de tabaco y una canequita de ron, víveres que había reunido para el viaje con suma dificultad. Había tomado la precaución de sentarse sobre ella por aquello de que caridad contra caridad no es caridad. Pero el cubano tenía un olfato altamente desarrollado por el tráfico del mercado negro, que era su especialidad allá en Santiago, y:

—Levanta el corcho, prieto —dijo sin preámbulos, clavándole el ojo a la caja de zapatos como si fuera la mismísima Arca de la Alianza.

Antenor fingió no enterarse, aunque las intenciones del Carmelo eran claramente políglotas.

—Alza el cagadero, madamo, que te jiede a ron y a tabaco —tradujo Diógenes, olvidando súbitamente los votos de ayuda mutua contraídos, antes de la llegada del cubano, con su otra mitad insular.

Antenor siguió jugando al tonto. De algo tenía que servir el record de analfabetismo mundial que nadie le disputaba a su país, pensó, asumiendo la actitud más despistada posible ante los reclamos de sus hermanos antillanos.

Al fin, impacientes e indignados por la resistencia pasiva de Antenor, le administraron tremendo empujón que por poco lo manda de excursión submarina fuera de su propio bote. Y se precipitaron sobre la cajita como si talmente fuera el mentado Cuerno de la Abundancia.

Almorzados el casabe y las mazorcas, los compinches reanudaron su análisis socioeconómico comparado de las naciones caribeñas. Carmelo mascaba tabaco y Diógenes empinaba el codo con la contentura del que liga los encantos de la Estatua de la Libertad bajo la desgastada túnica.

—Yo pienso meterme en negocios allá en Miami —dijo Carmelo—. Tengo un primo que, de chulo humilde que era al principio, ya tiene su propio... club de citas, vaya...

—Ese es país de progreso, mi hermano —asintió el dominicano con un latigazo de tufo a la cara del haitiano.

Antenor no había dicho ni esta boca es mía desde que lo habían condenado a solitaria. Pero sus ojos eran dos muñecas negras atravesadas por inmensos alfileres.

—Allá en Cuba —prosiguió Carmelo—, los clubes de citas están prohibidos, chico. No hay quien viva con tantas limitaciones.

—Pues allá en la República hay tantas putas que hasta las exportamos —ripostó Diógenes con una carcajada tan explosiva que espantó a un tiburón lúcido de espoleta a la sombra del bote.

—*Tout Dominikenn se pit* —masculló Antenor desde su pequeño Fuerte Allen. Con la suerte de que Diógenes no le prestó oreja, habitado como estaba por preocupaciones mayores.

—El problema —profundizó Carmelo— es que en Cuba las mujeres se creen iguales a los hombres y, vaya, no quieren dedicarse...

—Oh, pero eso será ahora porque antes las cubanas se las traían de a verdá —dijo su compañero, evocando los cotizados traseros cubanos de fama internacional.

A Carmelo no le había gustado nada la nostálgica alusión a la era batistiana y ya le estaba cargando el lomo la conversación del quisqueyano. Así es que le soltó de buenas a primeras:

—¿Y qué? ¿Cómo está Santo Domingo después del temporal? Dicen los que saben que no se nota la diferencia...

Y acompañó el dudoso chiste con la carcajada que se oyó en Guantánamo.

El dominicano se puso jincho, lo cual era difícil, pero prefirió contener su cólera al fijarse en los impresionantes bíceps del pasajero cubano, que atribuyó al fatídico corte de caña.

Para disimular, buscó la cantimplora. El mar estaba jumo perdido y el bote se remeneaba más que caderas de mambó en servicio de Dambalá. La cantimplora rodó, cayendo a los inoportunos pies de Antenor. El dominicano se la disputó.

Antenor forcejeó. El cubano seguía la pelea sonreído, con cierta condescendencia de adulto ante bronca de niños.

En eso, empezó a lloviznar. Entre el viento, el oleaje y el salpafuera antillano que se formó en aquel maldito bote, el tiburón recobró las esperanzas: Miami estaba más lejos que China.

El haitiano lanzó la cantimplora al agua. Mejor morir que saciarle la sed a un samoso dominicano. Diógenes se paró de casco, boquiabierto. Pa que se acuerde que los invadimos tres veces, pensó Antenor, enseñándole los dientes a su paisano.

—Trujillo tenía razón —mugía el quisqueyano, fajando como un toro bravo en dirección a la barriga haitiana.

El bote parecía un carrito loco de fiesta patronal. Carmelo salió por fin de su indiferencia para advertir:

—Dejen eso, caballero, ta bueno ya, que nos vamos a pique, coño. . .

Y a pique se fueron, tal y como lo hubiera profetizado el futuro hombre de negocios miamense. A pique y lloviendo, con truenos y viento de música de fondo y el sano entusiasmo de los tiburones.

Pero en el preciso instante en que los heroicos emigrantes estaban a punto de sucumbir a los peligros del Triángulo de Bermudas oyóse un silbato sordo, ronco y profundo cual cántico de cura en réquiem de político y:

—¡Un barco! —gritó Carmelo, agitando la mano como macana de sádico fuera del agua.

Las tres voces náufragas se unieron en un largo, agudo y optimista alarido de auxilio.

Al cabo de un rato —y no me pregunten cómo carajo se zapatearon a los tiburones porque fue sin duda un milagro conjunto de la Altagracia, la Caridad del Cobre y las Siete Potencias Africanas— los habían rescatado y yacían, cansados pero satisfechos, en la cubierta del barco. Americano, por cierto.

El capitán, ario y apolíneo lobo de mar de sonrojadas mejillas, áureos cabellos y azulísimos ojos, se asomó para una rápida verificación de catástrofe y dijo:

—*Get those niggers down there and let the spiks take care o 'em* —palabras que los incultos héroes no entendieron tan bien como nuestros bilingües lectores. Y tras de las cuales, los antillanos fueron cargados sin ternura hasta la cala del barco donde, entre cajas de madera y baúles mohosos, compartieron su primera mirada post naufragio: mixta de alivio y de susto sofrita en esperanzas ligeramente sancochadas.

Minutos después, el dominicano y el cubano tuvieron la grata experiencia de escuchar su lengua materna, algo maltratada pero siempre reconocible, cosa que hasta el haitiano celebró pues le parecía haberla estado oyendo desde su más tierna infancia y empezaba a sospechar que la oiría durante el resto de su vida. Ya iban repechando jalda arriba las comisuras de los salados labios del trío, cuando el puertorriqueño gruñó en la penumbra:

—Aquí si quieren comer tienen que meter mano y duro. Estos gringos no le dan na gratis ni a su mai.

Y sacó un brazo negro por entre las cajas para pasarles la ropa seca.

Una semana de siete días

Magali García Ramis

Mi madre era una mujer que tenía grandes los ojos y hacía llorar a los hombres. A veces se quedaba callada por largos ratos y andaba siempre de frente al mundo; pero aunque estaba en contra de la vida, a mí, que nací de ella, nunca me echó de su lado. Cuando me veían con ella, toda la gente quería quedarse conmigo. «Te voy a robar, ojos lindos», me decían los dependientes de las tiendas. «Déjala unos meses al año acá, en el verano, no es bueno que esa niña viaje tanto», le habían pedido por carta unas tías. Pero mi madre nunca me dejaba. Caminábamos el mundo de mil calles y cien ciudades y ella trabajaba y me miraba crecer y pasaba sus manos por mi pelo cada vez que me iba a hacer cariños. En cada lugar que vivíamos mamá tenía muchos amigos —compañeros les decía ella— y venían a casa de noche a hablar de cosas y a veces a tocar guitarra. Un día mamá me llamó seria y suave, como hacía cuando me iba a decir algo importante. «Vamos a regresar a casa», me dijo «papá ha muerto». Muerto. Los muertos estaban en los cementerios, eso sí lo sabía yo, y nuestra casa era este departamento azul

donde, como en todos los que habíamos estado, mamá tenía la pintura del señor de sombrero con fusil en la mano, la figura de madera de una mujer con su niño, un par de fotos de un hombre que ella ponía en el cuarto y una de otro hombre que ella pegaba en la pared junto a mi cama. «No hay tal papá Dios, este hombre es tu padre, tu único papá», me decía. Y yo lo miraba todas las noches, a ese hombre de pelo tan claro y ojos verdes que ahora estaba muerto y nos hacía irnos de casa.

No me puedo acordar cómo llegamos a la isla, sólo recuerdo que allí no podía leer casi nada aunque ya sabía leer, porque les daba por escribir los nombres de las tiendas en inglés. Entonces alguien nos llevó en un auto a San Antonio. Antonio se llamaba mi padre y ese era su pueblo. Antes de salir para San Antonio mi madre me compró un traje blanco y otro azul oscuro y me puso el azul para el viaje. «Vas a ver a tu abuela de nuevo», me dijo. «Tú vas a pasar unos días con ella, yo tengo unos asuntos que atender y luego iré a buscarte. Tú sabes que mamá no te deja nunca, ¿verdad? Te quedarás con abuela una semana, ya estás grande y es bueno conocer a los familiares.»

Y así de grande, más o menos, llegué dormida con mamá a San Antonio. El auto nos dejó al lado de una plaza llena de cordones con luces rojas, verdes, azules, naranjas y amarillas. Una banda de músicos tocaba una marcha y muchos niños paseaban con sus papás. «¿Por qué hay luces, mamá?» «Es Navidad», fue su única respuesta. Yo cogí mi bultito y mamá la maleta, y me llevó de la mano calle arriba, lejos de la plaza que me llenaba los ojos de colores y de música. Caminamos por una calle empinada y ya llegando a una colina nos detuvimos frente a una casa de madera de balcón ancho y tres grandes puertas. Yo me senté en un escalón mientras mi madre tocaba a la puerta de la izquierda. Desde allí, sentada, mis ojos quedaban al nivel de las rodillas que una vez le habían dicho que eran tan bonitas.

«Tus rodillas son preciosas y tú eres una chulería de mujer», le decía el hombre rubio a mamá y yo me hacía la dormida en la camita de al lado y los oía decirse cosas que no entendía. De todo lo que se dijeron y contaron esa noche, lo único que recuerdo es que sus rodillas eran preciosas. Aquel hombre rubio le decía que la quería mucho, y que a mí también, y que quería casarse con ella —pero ella no quiso. Un día estábamos sentados en un café y le dijo que no volviera, y allí mismo él pagó la cuenta y se fue llorando. Yo miré a mi madre y ella me abrazó.

Hacía frío y creí que me iba a dormir de nuevo, pero no me dio tiempo porque detrás de la puerta con lazo negro una voz preguntó: ¿Quién?: «Soy yo, Doña Matilde, Luisa, he venido con la niña.» La mujer abrió la puerta y sacó la cabeza para mirar al balcón y allí en la escalera a su derecha estaba yo, mirando a esa mujer con los ojos verdes de mi padre. «Pasen, pasen, no cojan el sereno que hace daño», dijo la abuela. Pasamos un pasillo ancho con muchas puertas a los dos lados, y luego un patio sin techo, en el medio. «¿Por qué tiene un hoyo esta casa, mamá?» «Es un patio interior, las casas de antes son así», dijo mamá, y seguimos caminando por la casa de antes hasta llegar a un comedor. Allí estaba Rafaela, la muchacha de abuela que era casi tan vieja como ella. Nos sentamos a tomar café con pan y mamá habló con la abuela.

Al otro día amanecí con mi payama puesta en una cama cubierta con sábanas y fundas de flores bordadas, tan alta que tuve que brincar para bajarme. Busqué a mamá y me asustó pensar que quizás ya se había ido por una semana y me había dejado sin despedirse, y yo en payamas. Entonces oí su voz: «La nena ha crecido muy bien, Doña Matilde. Es inteligente, y buena como su padre.» «Tiene los ojos Ocasio», dijo la abuela. «Yo sé lo que usted piensa, que tanto cambio le hace daño, y yo sé que usted no está de acuerdo con la vida que yo llevo, ni con mis ideas políticas, pero deje que la conozca a ella para que vea que no le ha faltado nada: ni cariño, ni escuela, ni educación.» «Él preguntó por ti antes de cerrar los ojos, siempre creyó que tú volverías», contestó la abuela, como si cada una tuviese una conversación aparte. «Mamá, mamá, ya me desperté», dije. «Ven acá, estamos en el patio», me contestó. «Pero no sé dónde está mi bata», grité, porque ella estaba diciéndole a abuela que yo tenía educación y aunque nunca me ponía la bata eso ayudaría a lo que mi mamá decía. «Olvídate de eso, si tú no te la pones, ven», repitió mamá, que nunca fingía nada. Yo me acerqué y vi de frente a la abuela que era casi tan alta como mi madre y con su pelo recogido en redecilla me sonreía desde una escalerita donde estaba trepada podando una enredadera en ese patio sembrado de helechos y palmas. «Saluda a tu abuela.» «Buenos días, abuela», dije. Y ella bajó de la escalera y me dio un beso en la cabeza.

Durante el desayuno siguieron hablando mi madre de mí y mi abuela de mi padre. Luego me pusieron el traje blanco y fuimos al cementerio. Hacía una semana que lo habían enterrado, nos contó la abuela. Vimos la tumba que decía algo y después tenía escrito el nombre de mi papá: Antonio Ramos Ocasio Q.E.P.D. «Yo sé que tú no eres creyente, pero dejarás que la niña se arrodille y rece conmigo un padrenuestro por el alma de su padre...» Mi madre se quedó como mirando a lo lejos y dijo que sí. Y así yo caí hincada en la tierra en el mundo de antes de mi abuela, repitiendo algo sobre un padre nuestro que estaba en los cielos y mirando de reojo a mamá porque las dos sabíamos que ese padre no existía.

«Mamá, ¿esta noche me llevas a aquel sitio de luces?», le pregunté ese día. «¿A qué sitio?» preguntó abuela, «recuerda que en esta casa hay luto.» «A la plaza pregunta ella, Doña Matilde. No frunza el ceño, recuerde que en este pueblo nadie nos conoce, que ella nunca ha estado unas Navidades en un pueblo de la isla, y que yo me voy mañana...» y terminó de hablar con miradas. Abuela respiró hondo y se miró en mis ojos.

Esa noche fuimos a la plaza mamá y yo. De nuevo, había mucha gente paseando. Vendían algodón de azúcar color rosa, globos pintados con caras de los reyes magos y dulces y refrescos. Había kioscos con comida y muchas picas de caballitos donde los hombres y los muchachos apostaban su dinero. Y la banda tocó marchas que le daban a uno ganas de saltar. Yo me quedé callada todo el tiempo porque todo eso me iba entrando por los ojos y de tanto que me gustaba me daba ganas de llorar. «No te pongas triste», me dijo mamá. «No estoy triste, es que estoy pensando, mamá», le expliqué, y ella me llevó hasta un banquito de piedra. Nos sentamos justo encima de donde decía: «Siendo alcalde de San Antonio el honorable Asencio Martínez, se edificaron estos bancos con fondos municipales para el ornato de esta ciudad y la comodidad de sus habitantes.» «Mamá se tiene que ir mañana a la ciudad a donde llegamos primero. Va a estar solamente una semana yendo a muchas oficinas y es mejor que te quedes esos días acá con abuela, ¿me entiendes, cariño? Tú sabes que mamá nunca te ha mentado, si te digo que vuelvo, vuelvo. ¿Te acuerdas la vez que te quedaste unos días con Francisco, el amigo de mamá?»

Las dos cotorras que tenía Francisco hablaban. Vivimos con él un tiempo y una vez que mamá tuvo que ir a un sitio importante me dejó con él unos días. Cuando regresó me trajo una muñeca japonesa con tres trajecitos que se le cambiaban y Francisco me hizo cuentos de los hombres del Japón. Un tiempito después mamá llegó y nos dijo que había conseguido trabajo en otra ciudad y que teníamos que mudarnos ese día. Francisco quiso mudarse con nosotras; mamá le dijo que no. Y nos despidió en la estación del tren con los ojos llenos de lágrimas, de tan enamorado que estaba de mi madre.

«Sí, mamá, me acuerdo», le dije. «Pues es igual. Mamá tiene cosas muy importantes que hacer. La abuela Matilde es la mamá de tú papá. Ella te quiere mucho ¿viste que sobre su tocador hay un retrato de cuando tú eras pequeña? Ella te va a hacer mañana un bizcocho de los que te gustan. Y te hará muchos cuentos. Y ya enseguida pasa la semana. «Estamos de acuerdo?» Yo no lo estaba por nada del mundo, pero mamá y yo éramos compañeras, como decía ella, y siempre nos dábamos fuerzas una a la otra. Así que yo cerré mi boca lo más posible y abrí mis ojos lo más que podía, como hacía cada vez que me daba trabajo aceptar algo y le dije sí, mamá, de acuerdo, porque yo sabía que ella también se asustaba si estaba sin mí, Y nos dimos un abrazo largo allí sentadas encima del nombre del alcalde y del ornato, que quería decir adorno, me explicó mi mamá.

Al otro día, frente a la plaza ahora callada después del almuerzo, nos despedimos de mamá que subió a un auto lleno de gente. «Las cosas en la ciudad no están muy tranquilas, Luisa, cuídate, no te vaya a pasar nada.» «No se preocupe, Doña Matilde, sólo voy a ver al abogado para arreglar eso de los papeles de Antonio y míos, y enseguida vuelvo a buscar la niña y nos vamos. Cuídelo bien y no se preocupe.»

«¿Tú sabes cuánto es una semana?» «Sí, abuela, es el mismo tiempo que papá lleva enterrado.» «Sí, pero en tiempo, hijita, en días ¿sabes?, me preguntó abuela luego de que se fuera mamá. «No, abuela.» «Son siete, siete», me repetía, pero yo nunca fui buena con los números ni entendí bien eso del tiempo. Lo que sí recuerdo es que entonces fue tiempo de revolú. Una noche se oyeron tiros y gritos, y nadie salió a las calles ni a la plaza. Por unos días todos tenían miedo. Abuela tomaba el periódico que le traían por las mañanas al balcón y leía con mucho cuidado la primera página y luego ponía a Rafaela a leerle unas listas de nombres en

letras demasiado chiquititas para su vista que venían a veces en las páginas interiores. A mí no me lo dejaban ver. Yo sólo podía leer rápido las letras negras grandotas de la primera página que decían cosas como DE TE NI DOS LE VAN TA MI EN TO SOS PE CHO SOS y IZ QUIER DIS TAS que yo no entendía.

Una noche después, llegaron unos hombres cuando nos íbamos a acostar Rafaela, abuela y yo. «Súbete a la cama, anda», me dijo muy seria la abuela. Yo la obedecí primero y luego me bajé. Corrí de cuarto en cuarto hasta llegar al que daba a la sala y me puse a escuchar. Ya los hombres estaban en la puerta y sólo pude oír cuando decían: «De modo que no trate de sacarla del pueblo y mucho menos de la isla. Sabemos que ella vendrá por la niña, y tenemos orden de arresto.» «Mire, señor, policía», le decía la abuela, «yo estoy segura que ella no tuvo nada que ver. Le repito que vino a la isla solamente porque murió mi hijo, ella ya no está en política, créame, ¿por qué hay orden de arresto?» «Ya está avisada, señora, hay que arrestar a todos esos izquierdistas para interrogarlos. Y si no tuvo que ver ¿por qué se esconde? Hay testigos que afirman que la vieron en la Capital, armada... «eso es ser inocente? Con que ya lo sabe, la niña se queda en el pueblo.»

La niña era yo, eso lo supe enseguida, y en lo que la abuela cerraba la puerta corrí cuarto por cuarto de vuelta a mi cama. Abuela vino hasta donde mí. Yo me hice la dormida pero no sé si la engañé porque se me quedó parada al lado tanto rato que me dormí de verdad. Ahora estoy en el balcón esperando que me venga a buscar mi mamá, porque sé que vendrá por mí. Todos los días pienso en ella y lo más que recuerdo es que tenía unos ojos grandes marrones y que era una mujer que hacía llorar a los hombres. Ah, y que nunca me mentía; por eso estoy aquí, en el balcón, con mi bultito, esperándola, aunque ya haya pasado más de una semana, lo sé porque ya sé medir el tiempo, y porque mis trajes blanco y azul ya no me sirven.

Encancaranublado

Ana Lydia Vega

*El cielo está encancaranublado.
¿Quién lo encancaranubló?
El que lo encancaranubló
Buen encancaranublador sería.*

Septiembre, agitador profesional de huracanes, avisa guerra llenando los mares de erizos y aguavivas. Un vientecito sospechoso hincha la guayabera que funge de vela en la improvisada embarcación. El cielo es una conga encojonada para bembé de potencias.

Cosa mala, ese mollerudo brazo de mar que lo separa del *pursuit of happiness*. Los tiburones son pellizco de ñoco al lado de otros señores peligrosos que por allí jumea. Pero se brega. Antenor lleva dos días en la monotonía de un oleaje prolongación de nubes. Desde que salió de Haití no ha avistado siquiera un botecito de pescadores. Es como jugar al descubridor teniendo sus dudas de que la tierra es legalmente redonda. En cualquier momento se le aparece a uno el consabido precipicio de los monstruos.

Atrás quedan los mangos podridos de la diarrea y el hambre, la gritería de los macoutes, el miedo y la sequía. Acá el mareo y la amenaza de la sed cuando se agote la minúscula provisión de agua. Con todo y eso, la triste aventura marina es crucero de placer a la luz del recuerdo de la isla.

Antenor se acomoda bajo el caldero hirviendo del cielo. Entre el merengue del bote y el cansancio del cuerpo se hubiera podido quedar dormido como un pueblo si no llega a ser por los gritos del dominicano. No había que saber español para entender que aquel náufrago quería pon. Antenor lo ayudó a subir como mejor pudo. Al botecito le

entró con tal violencia un espíritu burlón de esos que sobrevuelan el Caribe que por poco se quedan los dos a pie. Pero por fin lograron amansarlo.

—Gracias, hermanito, dijo el quisqueyano con el suspiro de alivio que conmovió a la vela.

El haitiano le pasó la cantimplora y tuvo que arrancársela casi para que no se fuera a beber toda el agua que quedaba, así, de sopetón. Tras largos intercambios de miradas, palabras mutuamente impermeables y gestos agotadores llegaron al alegre convencimiento de que Miami no podía estar muy lejos. Y cada cual contó, sin que el otro entendiera, lo que dejaba —que era poco— y lo que salía a buscar. Allí se dijo la jodienda de ser antillano, negro y pobre. Se contaron los muertos por docenas. Se repartieron maldiciones a militares, curas y civiles. Se estableció el internacionalismo del hambre y la solidaridad del sueño. Y cuando más embollados estaban Antenor y Diógenes —gracia neoclásica del dominicano— en su bilingüe ceremonia, repercutieron nuevos gritos bajo la bóveda entorunada del cielo.

El dúo alzó la vista hacia las olas y divisó la cabeza encrespada del cubano detrás del tradicional tronco de náufrago.

—Como si fuéramos pocos parió la abuela —dijo Diógenes, frunciendo el ceño. El haitiano entendió como si hubiera nacido más allá del Masacre. Otro pasajero, otra alma, otro estómago, para ser exactos.

Pero el cubano aulló con tanto gusto y con tan convincente timbre santiaguero que acabaron por facilitarle el abordaje de un caribeñísimo Que se joda ante la rumba que emprendió en el acto el bote.

No obstante la urgencia de la situación, el cubano tuvo la prudencia de preguntar:

—¿Van pa Miami, tú? —antes de agarrar la mano indecisa del dominicano.

Volvió a encampanarse la discusión. Diógenes y Carmelo —tal era el nombre de pila del inquieto santiaguero— montaron tremendo perico. Antenor intervenía con un ocasional *Mais oui* o un *C'est ça* asaz tímido cada vez que el furor del tono lo requería. Pero no le estaba gustando ni un poquito el monopolio cervantino en una embarcación que, destinada o no al exilio, navegaba después de todo bajo bandera haitiana.

Contrapunteado por Diógenes y respaldado por un discreto maraqueo haitiano, Carmelo contó las desventuras que lo habían alejado de las orientales playas de la Antilla Mayor.

—Óyeme, viejo, aquello era trabajo va y trabajo viene día y noche. . .

—Oh, pero en Santo Domingo ni trabajo había. . .

—Pica caña y caña pica de sol a sol, tú. . .

—Qué vaina, hombre. En mi país traen a los dichosos madamos pa que la piquen y a nosotros que nos coma un caballo. . .

El haitiano se estremeció ligeramente al roce de la palabra madamo, reservada a los suyos y pronunciada con velocidad supersónica por el quisqueyano. No dijo nada para no hacerle más cosquillas al bote, ya bastante engreído por la picadura del agua.

—Chico, ya tú ves que donde quiera se cuecen frijoles —dijo el cubano, iniciando la búsqueda de comestibles con su imprudente alusión.

Antenor tenía, en una caja de zapatos heredada de un zafacón de ricos, un poco de casabe, dos o tres mazorcas de maíz reseco, un saquito de tabaco y una canequita de ron, víveres que había reunido para el viaje con suma dificultad. Había tomado la precaución de sentarse sobre ella por aquello de que caridad contra caridad no es caridad. Pero el cubano tenía un olfato altamente desarrollado por el tráfico del mercado negro, que era su especialidad allá en Santiago, y:

—Levanta el corcho, prieto —dijo sin preámbulos, clavándole el ojo a la caja de zapatos como si fuera la mismísima Arca de la Alianza.

Antenor fingió no enterarse, aunque las intenciones del Carmelo eran claramente políglotas.

—Alza el cagadero, madamo, que te jiede a ron y a tabaco —tradujo Diógenes, olvidando súbitamente los votos de ayuda mutua contraídos, antes de la llegada del cubano, con su otra mitad insular.

Antenor siguió jugando al tonto. De algo tenía que servir el record de analfabetismo mundial que nadie le disputaba a su país, pensó, asumiendo la actitud más despistada posible ante los reclamos de sus hermanos antillanos.

Al fin, impacientes e indignados por la resistencia pasiva de Antenor, le administraron tremendo empujón que por poco lo manda de excursión submarina fuera de su propio bote. Y se precipitaron sobre la cajita como si talmente fuera el mentado Cuerno de la Abundancia.

Almorzados el casabe y las mazorcas, los compinches reanudaron su análisis socioeconómico comparado de las naciones caribeñas. Carmelo mascaba tabaco y Diógenes empinaba el codo con la contentura del que liga los encantos de la Estatua de la Libertad bajo la desgastada túnica.

—Yo pienso meterme en negocios allá en Miami —dijo Carmelo—. Tengo un primo que, de chulo humilde que era al principio, ya tiene su propio... club de citas, vaya...

—Ese es país de progreso, mi hermano —asintió el dominicano con un latigazo de tufo a la cara del haitiano.

Antenor no había dicho ni esta boca es mía desde que lo habían condenado a solitaria. Pero sus ojos eran dos muñecas negras atravesadas por inmensos alfileres.

—Allá en Cuba —prosiguió Carmelo—, los clubes de citas están prohibidos, chico. No hay quien viva con tantas limitaciones.

—Pues allá en la República hay tantas putas que hasta las exportamos —ripostó Diógenes con una carcajada tan explosiva que espantó a un tiburón lúcido de espoleta a la sombra del bote.

—*Tout Dominikenn se pit* —masculló Antenor desde su pequeño Fuerte Allen. Con la suerte de que Diógenes no le prestó oreja, habitado como estaba por preocupaciones mayores.

—El problema —profundizó Carmelo— es que en Cuba las mujeres se creen iguales a los hombres y, vaya, no quieren dedicarse...

—Oh, pero eso será ahora porque antes las cubanas se las traían de a verdá —dijo su compañero, evocando los cotizados traseros cubanos de fama internacional.

A Carmelo no le había gustado nada la nostálgica alusión a la era batistiana y ya le estaba cargando el lomo la conversación del quisqueyano. Así es que le soltó de buenas a primeras:

—¿Y qué? ¿Cómo está Santo Domingo después del temporal? Dicen los que saben que no se nota la diferencia...

Y acompañó el dudoso chiste con la carcajada que se oyó en Guantánamo.

El dominicano se puso jincho, lo cual era difícil, pero prefirió contener su cólera al fijarse en los impresionantes bíceps del pasajero cubano, que atribuyó al fatídico corte de caña.

Para disimular, buscó la cantimplora. El mar estaba jumo perdido y el bote se remeneaba más que caderas de mambó en servicio de Dambalá. La cantimplora rodó, cayendo a los inoportunos pies de Antenor. El dominicano se la disputó. Antenor forcejeó. El cubano seguía la pelea sonreído, con cierta condescendencia de adulto ante bronca de niños.

En eso, empezó a lloviznar. Entre el viento, el oleaje y el salpafuera antillano que se formó en aquel maldito bote, el tiburón recobró las esperanzas: Miami estaba más lejos que China.

El haitiano lanzó la cantimplora al agua. Mejor morir que saciarle la sed a un sarnoso dominicano. Diógenes se paró de casco, boquiabierto. Pa que se acuerde que los invadimos tres veces, pensó Antenor, enseñándole los dientes a su paisano.

—Trujillo tenía razón —mugía el quisqueyano, fajando como un toro bravo en dirección a la barriga haitiana.

El bote parecía un carrito loco de fiesta patronal. Carmelo salió por fin de su indiferencia para advertir:

—Dejen eso, caballero, ta bueno ya, que nos vamos a pique, coño...

Y a pique se fueron, tal y como lo hubiera profetizado el futuro hombre de negocios miamense. A pique y lloviendo, con truenos y viento de música de fondo y el sano entusiasmo de los tiburones.

Pero en el preciso instante en que los heroicos emigrantes estaban a punto de sucumbir a los peligros del Triángulo de Bermudas oyóse un silbato sordo, ronco y profundo cual cántico de cura en réquiem de político y:

—¡Un barco! —gritó Carmelo, agitando la mano como macana de sádico fuera del agua.

Las tres voces náufragas se unieron en un largo, agudo y optimista alarido de auxilio.

Al cabo de un rato —y no me pregunten cómo carajo se zapatearon a los tiburones porque fue sin duda un milagro conjunto de la Altagracia, la Caridad del Cobre y las Siete Potencias Africanas— los habían rescatado y yacían, cansados pero satisfechos, en la cubierta del barco. Americano, por cierto.

El capitán, ario y apolíneo lobo de mar de sonrojadas mejillas, áureos cabellos y azules ojos, se asomó para una rápida verificación de catástrofe y dijo:

—*Get those niggers down there and let the spiks take care o 'em* —palabras que los incultos héroes no entendieron tan bien como nuestros bilingües lectores. Y tras de las cuales, los antillanos fueron cargados sin ternura hasta la cala del barco donde, entre cajas de madera y baúles mohosos, compartieron su primera mirada post naufragio: mixta de alivio y de susto sofrita en esperanzas ligeramente sancochadas.

Minutos después, el dominicano y el cubano tuvieron la grata experiencia de escuchar su lengua materna, algo maltratada pero siempre reconocible, cosa que hasta el haitiano celebró pues le parecía haberla estado oyendo desde su más tierna infancia y empezaba a sospechar que la oiría durante el resto de su vida. Ya iban repechando jalda arriba las comisuras de los salados labios del trío, cuando el puertorriqueño gruñó en la penumbra:

—Aquí si quieren comer tienen que meter mano y duro. Estos gringos no le dan na gratis ni a su mai. Y sacó un brazo negro por entre las cajas para pasarles la ropa seca.

Después del huracán

Edgardo Sanabria

I

Después del huracán, la casa y toda el área inmensa y horas antes verdeante y erguida del cocotal aparecerían completamente desoladas, cubiertas de peces. De las cornisas se verían colgando tentáculos de pulpos, calamares y jibias, opalesciendo, húmedos de un lustre pegajoso y lagrimeante que iría formando lentísimos charcos fosforescentes en el suelo, un cortinaje en jirones trémulos de estalactitas a la redonda, como si el techo —o lo que del techo quedara— se estuviese derritiendo bajo la llovizna caliente y gris que aún caería. Por el hueco enorme abierto entre las tejas, por las indefensas ventanas de cristal hecho añicos, habrían irrumpido corrientes de espuma habitada arrollándolo todo, polvificando los objetos frágiles y menudos, arrancando en remolino del piso los pesados muebles de caoba y haciéndolos navegar con levedad de balsas de habitación en habitación, tragándose para siempre algunas cosas, expulsando otras —cuadros, alfombras, un viejo reloj de péndulo— que luego serían encontradas kilómetros más allá, en las lindes del cocotal, ornamentando el paisaje. Resultaría casi imposible caminar por los salones y subir y bajar escaleras, de tanto sargazo enredándose en los pies, de tanta aguaviva haciendo resbalar; en las gavetas, dentro de armarios y baúles, adheridos al envés de sillas, mesas y colchones, sería fácil descubrir hipocampos y estrellas de mar, cangrejillos cárdenos o color canela de elusivas y exquisitas formas, conchas, caracoles, minúsculos peces brillando igual que gemas. Todo aquello que pudiera contener algún volumen de agua —bañeras, calderos, lavamanos, jarrones— se hallaría en precipitada ebullición, rebosando meros, pargos, esturiones por docenas, zarandeándose y mostrando un ojo inanimado y perfectamente circular, un segundo, dos, en la superficie de aquel mar que ofuscaría con sus proporciones exiguas y su ausencia de arena. Fuera, mirando desde la terraza atestada de detrito en dirección de la playa, no se observaría ni rastro de la barrera de piedras que separaba al arenal del terreno liso de grama esmeralda en que estuvo engastada la casa. Sólo tramos de una suciedad de yerbajos revueltos con arena y pencas de palma, cascajo, cocos hendidos: la avenida que abriera el tambaleo en hileras de cocoteros señalaría el paso de la Gran Ola que vino desde el océano en el momento más exorbitante del ciclón.

Cuando Acisclo Aroca regresó de su presurosa huida se le llenaron de lágrimas los ojos, de la consternación y el desconsuelo, y tuvo que cubrirse con un pañuelo la nariz, del hedor a marisco podrido que estaba empezando a extenderse, junto con el mosquero negreciente, por todas partes. Había sido una fuga repentina, improrrogable, determinada principalmente por el hecho de que Acisclo vivía solo, sin ver a nadie casi nunca, en aquella casa que hubiera dado cabida sin problemas a un ejército completo: a última hora, cuando ya se estaba abarrotando el horizonte de nubes monstruosas, algún pescador de por allí cerca se acordó de él y le dio aviso. No tuvo tiempo de llevar nada consigo, ni menos aún de ponerse a tapar ventanas o a recoger las cosas que había sueltas por los alrededores. Escapó porque vio en la mirada despavorida del pescador —sudoroso bajo la creciente sombra compresora— que lo que decía era verdad: ¡Váyase o mañana no amanecerá aquí! Ahora, al encontrarse con todo esto, comprendió que había

tenido la razón. Pero no le estuvo agradecido, pues hubiera preferido mil veces desaparecer con sus posesiones que enfrentarse a lo que estaba viendo. Sin embargo, en el instante de la urgencia no creyó que tanta destrucción fuese posible. Pensó en su vida, y en que mejor era correr el riesgo de que ocurriera algún destrozo adecuadamente reparable a perder lo único que no se podía reemplazar. Jamás le pasó por la mente la idea de un asolamiento semejante, que tan sólo en una noche había echado por tierra lo que tantos años le tomó construir.

Acisclo Aroca caminará por entre las ruinas de su casa, solo, apartando con las botas de goma peces muertos, fragmentos de tejas, los despojos de objetos que reconocerá, si se fija bien, por retener algo del matiz o la apariencia de ayer. Trabajosamente, se desplazará de una pieza a otra, de la primera a la segunda planta, deteniéndose una que otra vez para doblarse y coger del suelo alguna cosa, y contemplarla entre los dedos, estupefacto, como si se tratase de un utensilio prehistórico o de algo que hubiera visto en la niñez y que viniese ahora a recordar. No es posible..., murmurará perdido, igual que si sostuviera una brújula inservible en medio de un bosque interminable. En la última alcoba girará en redondo, fatigado ya del caos, e iniciará el camino de vuelta. De repente, sin embargo, se desviará hacia la terraza con la presteza de alguien que atiende un llamado. Al salir al aire de la tarde, Acisclo tendrá el aspecto de haber envejecido diez años. Con el rabillo del ojo, a mano izquierda, antes de orientar de lleno la vista en esa dirección, entreverá la luminosidad azul-plata de la piscina.

Parece ser lo que menos estragos ha sufrido de la propiedad. En torno a la superficie impecable del óvalo turquesa se han acumulado ganchos, hojas, toda clase de desperdicios, creando la impresión de que el viento se hubiera prohibido arrojar nada adentro, o de que se hubiese encargado alguien de limpiar el agua de todo residuo. La piscina refracta la platinada luz de los nubarrones que ha dejado atrás el huracán; la llovizna (ahora tenue, invisible) puntea el agua en reposo, llenándola de microscópicas ondas que entrechocan, concéntricas, creadas como por un posar ligerísimo de insecto. Acisclo no consigue apartar los ojos. Se le va el tiempo sin que lo perciba. Cuando vuelve en sí (moverse ha sido romper el encantamiento) descubre que hay un sol elíptico flotando encendido entre una faja tirante de nubes y los cocoteros que han quedado en pie: la elipse de fuego amenaza con chamuscar lo que queda de las copas desmochadas. De nuevo pone su atención en la piscina. Al centrar la mirada, asombrado, repara en que su extraña embriaguez de horas no fue, de ninguna manera óptica, sino auditiva, una suspensión tal que parecía estar viendo con el oído. Lo que ha estado oyendo es una especie de canto, no sabe con certeza si puede calificarlo de eso, pero no da con otra palabra que sirva para describirlo. Es un canto. La voz más inconcebiblemente hermosa que ha escuchado en su vida. Cantando. La más inaudita y sobrenatural música que oídos humanos oyeran.

Entonces la vería por primera vez. Una agitación imperceptible apenas (no de brisa ni de gotas rezagadas) en el centro justo del óvalo. Un temblor subiente como de surtidor. Y de pronto emergería la cabeza coronada de coral anaranjado, y enseguida el cabello larguísimo, verdusco, musgoso, enhilado de perlas y cubriendo los hombros, la espalda, los senos, a su vez velados, cada uno, por una aferrada asteria. Estaría mirando directo a la terraza, inexplicablemente inmóvil en lo más hondo de la piscina, medio cuerpo sumergido en el agua que ya habría adquirido tonalidad de estaño, esmaltada de la cintura hacia arriba por la clareza en sesgo del atardecer. Ya no cantaría (¡sí, era ella quien cantaba!), pero el rostro vuelto hacia él sería tan portentoso como la voz. Acisclo Aroca no olvidaría en la vida esa visión. Transcurriría un buen rato antes de preguntarse qué hacía la mujer allí, y segundos después lo estremecería la idea de haber tenido conciencia del canto mucho antes de que ella surgiese.

A pesar de que bajó las escaleras tan rápidamente como se lo permitieron los estorbos, al acercarse a la piscina no vio a la mujer por ninguna parte, ni dentro ni fuera del agua. Ya casi había entrado la noche, el óvalo era un ojo desmedido con el párpado semicerrado, cayendo, ocultando el iris color zafiro y diáfano. Acisclo dio varias vueltas alrededor de la piscina, parándose cuando llamaba —como si el movimiento le hubiese impedido usar la voz—, y luego hizo lo mismo en torno a la osamenta de la casa, alcanzando finalmente el límite donde empezaba el entrevero de troncos —partidos, doblados, desenterrados— del cocotal. No se podía haber ido tan pronto, sin dejar siquiera un rastro de sus pisadas húmedas. A menos que... todo hubiera sido figuración suya. ¡Pero eso no era posible, la había oído, la había distinguido

con tanta claridad! ¿Dónde estaba? ¿Cómo es que pudo desaparecer así? De nuevo se aproximó a la piscina. Permaneció entonces muy, muy quieto, puestos sus cinco sentidos en el agua oscura y serena, moviendo insensiblemente los labios, como contando los minutos que es capaz de resistir zambullida una persona. No pasaba nada. El óvalo parecía ahora un ojo que lo hubiera hipnotizado a él. Por un instante creyó haber caído, estarse hundiendo: la luna acababa de salir y su reverbero azulaba el aire con ingravidez de fondo de océano. De improviso la piscina fue un espejo por donde cruzaban nubes, nadaban estrellas. Acisclo retrocedió agotado y se sentó en el yerbazal, apoyando la espalda contra el tronco de algún árbol que tenía el ramaje perdido en la noche. Daba cabezazos, del sueño. El canto renaciente, vocalizado, esparciéndose como exhalado por el corazón de una flor abierta y letal (el canto que hubiera escuchado, de estar más despierto), acabó por dormirlo.

Entonces la verá otra vez. Se hallará todavía recostado contra el árbol, cabeceando; un chapotear inesperado hará que levante la vista. Allí estará ella. Asomada tras el borde de mármol de la piscina, observándolo con unos ojos como gotas del mar más azul de la tierra. Acisclo no osará moverse, por temor a que se sumerja y ya no suba más. El coral refulgirá bajo la luna, sobre la cabellera trenzada de perlas que irradiarán una arcana luz interior. A lo mejor él diga (susurre) algo así como quién eres, pero no se oirá pronunciar palabra alguna. Después, cuando realice un intento deliberado de hablar, ella se retirará a escape, como impelida por la voz del hombre, y nadará en círculos expertos, anchurosos, con ondulatoria precisión de pez, los brazos pegados al costado, la cabeza alzada dejando tras de sí la estela blanquiverde de su pelo mezclado con espuma. Un segundo antes de que se desvanezca en el agua, él atisbará la cola tornasolada sacudiéndose. Acisclo se encontrará sin saber cómo a orillas de la piscina, arrodillado, inclinado sobre el reflejo sutil de su cara escrutadora. Le parecerá que han pasado siglos antes de revelársele por fin un fluctuar casi ilusorio en la superficie, seguido del más fugaz trasunto de silueta deslizándose a toda prisa. Veloz como un rayo hundirá el brazo derecho y atrapará, desprenderá algo. Al sacar del agua la ristra de perlas, su lustre le iluminará el rostro.

Acisclo Aroca despierta. En sus manos descubre la sarta de perlas reluciendo al sol.

II

El camión reapareció en cuanto el sol se puso, prorrumpiendo en la plaza desde alguna calle por la que venía avanzando la oleada nocturna de turbiedad y astros. De inmediato se ocupó — secreto, sigiloso— de darle un cierto número de vueltas al rectángulo arbolado, como animal buscando dónde echarse. La fila de viejos, sentados sobre el largo banco de concreto en forma de medialuna, volteó las cabezas a tiempo para verlo hacer la entrada despacioso, pasar delante de ellos (el profundo azul colmado del cardumen de calcomanías fulgentes) y detenerse, apagando los focos, en el mismo centro, a un costado de la glorieta derribada hacía poco por el huracán. Era el mismo camión enorme, estrafalario, que aquella tarde había recorrido el pueblo atronando con el altoparlante (a vuelo de pájaro, o trepando al viejo campanario de la iglesia, no habría resultado difícil seguir con el oído su curso por el laberinto de calles), un camión azul marino recubierto con calcomanías de peces que terminó dándole un montón de vueltas a la plaza, desde donde rebotaba el eco alejándose por la serie de bocacalles que desembocaba allí. Después se había metido por una de ellas y desapareció, haciéndose un insólito silencio momentáneo dondequiera, como si hubiera desvalijado a la población entera de ruidos. Ahora estaba allí de nuevo, y de él bajaba un hombre que pareció recoger con la mirada el ámbito de la plaza de recreo y la altura blanca y grávida del templo, punteado de palomas que dormían ya. Se movió hacia la parte trasera del vehículo y estuvo un rato forcejeando con las puertas: del interior sacó varios rollos de un material grisoso que fue desenvolviendo en el suelo. En cosa de media hora, los cilindros revelaron ser de lona al formar una pequeña carpa emparejada al camión. La entrada a esa especie de casa de campaña fue cubierta con un arco de bombillas que al prenderse, multicolor, dibujó tres rutilantes palabras LA BELLA MELUSINA en el aire negro de la noche. Enseguida el hombre se introdujo allí igual que un molusco dentro de

su concha, y no volvió a enseñarse hasta que dio las ocho el reloj de la alcaldía. Ya para entonces, la línea de espectadores se prolongaba hasta rodear varias veces el cuadrilátero de la plaza.

Al entrar los recibe de golpe un hombre que sostiene entre las manos una especie de alcancía grande (como las que aguantan en las iglesias esos monaguillos de madera, vestidos con sobrepelliz, de mirada viviente y el tamaño de un niño de once años) en la que se deposita el costo de la admisión. A espaldas del hombre apelmaza el espacio una cortina de cretona estampada de delfines que, al hacerse a un lado, deja ver otro espacio seis veces mayor repleto de sillas —unas veinte en total— vueltas hacia un trecho en que falta la lona: allí se exhibe la parte posterior del camión con las puertas cerradas. Una sola bombilla cuelga del toldo como una enorme gota de miel a punto de caer sobre la concurrencia. Una vez ocupados los asientos, aparece el hombre y suspende el ingreso a la carpa corriendo de arriba abajo un cierre en la cortina. Luego se vuelve y traspasa la curva frontera de luz abocetada en la tierra del piso. Camina hasta colocarse al frente, de cara al público, y comienza a hablar con una expresión inalterada, en la que es imposible detectar sentimiento o idea alguna, como si lo hiciera en sueños, o como alguien que estuviese soltando palabras desde la interioridad inasible de un recuerdo o de una visión. Reafirma lo que ha pregonado antes el altavoz (que están por asistir a un espectáculo fantástico, incomprensible, inolvidable), pero, saliendo de sus labios, la aserción ha perdido esa cualidad de burda propaganda estrepitosa para tornarse en onírica, suave recitación. Dice que van a enfrentarse con un ser de fábula, con una fastuosa criatura del mar, de la que el mundo tiene noticias desde principios del tiempo, aunque jamás y nunca nadie la ha visto. Tan sólo ahora, gracias al formidable poder del torbellino que azotara la isla semanas atrás, había sido arrancada del abismo helado y sombrío en que reinaba y arrastrada hasta las costas, donde tuvo la suerte de rescatarla él. Ellos, los que le escuchaban esa noche, eran los primeros humanos que ponían los ojos en Melusina. «Aquí la tienen», termina anunciando de pronto... Le da la espalda al murmullo del auditorio y se dirige al camión y abre de par en par las puertas. Un foco, dos focos, tres, se encienden, de corrido, apuntando hacia el interior donde algo vidriado, burbujoso, verdeazuleante, centellea encuadrado por listones de reluciente níquel. No bien la ceguedad se disipa, uno a uno va vislumbrando, inquiriendo maravillado las proporciones de la gigantesca pecera.

III

De tiempo en tiempo se sorprendería preguntándose si era verdad lo que estaba ocurriendo. Si había arrancado aquellas perlas que alumbraban sus dedos con un claror que se quedaba metido en las uñas. Si al contemplar las perlas se había percatado del dominio que podía alcanzar, y agradeció a su suerte que junto con la desolación enviara un remedio. Se le había ocurrido venderlas (aunque conservó tres o cuatro en su poder, para no perder la ascendencia sobre ella) y adquirió el camión y mandó incrustar la pecera colosal en el área de carga. Si había echado la red después en aquella caricatura del mar (a la que seguramente ella se habría aclimatado ya, resignada, rebajada a dar vueltas y vueltas como un pez ornamental en su acuario) para sacar el pez que nunca imaginó ni en sueños, un pez de una belleza mixta, irrealizable, que no obstante existía, porque él lo llevaba (¿lo llevaba?) allá detrás, en el agua penumbrosa y remecida por los incontables accidentes de calles y carreteras, surcando el oleaje de montañas, de pueblo en pueblo a través de la demolición esparcida por el huracán. Si solía estacionar el camión de noche en las afueras de los pueblos, emboscado en selvas de yagrumos y bambúes, y se recluía atrás sentado entre los rollos de lona, frente a la pecera destellante, y se levantaba entonces terriblemente entumecido y abría para salir a la brisa, a la claridad estrenada de la mañana, y revisaba desorientado el cielo lleno de pájaros, la vegetación, asombrado de que no estuviese sumergido el mundo, de que no participara del agua sino con brevedad, al llover, habitado por gentes (de las que, por desgracia, él era uno) que se desbandaban abriendo sombrillas y paraguas, o que temían

ahogarse en los ríos o el mar. Si era cierto que evitaba parar dos veces en un mismo poblado, pues se había dado cuenta de que los que entraban a verla salían con la mirada adentrada en sí misma, chisporroteando por instantes, y que con el raptó estampado en la cara pedían verla de nuevo, como si hubieran rendido dentro la voluntad, el poder que cada cual ejercía minutos antes sobre sí, y él se llenaba de temor pues conocía (¿conocía?) por propia experiencia la incoercible secuela que podía traer un segundo examen de los róseos, fosfóricos senos (hechos como de la arena más algodónada del fondo marino), de la escamosa cadera puliendo el agua azogada en un bailable bullente de coletazos, de la voz, cuyo eco podía enseñorearse y asentarse para siempre en el alma del oyente. Pero sabría que no estaba soñando cuando sucediera lo que sucedió.

Esa noche, por primera vez, reconoce a los tres tipos. Ha visitado ya casi todos los pueblos de la isla, ha pasado semanas recorriendo ciudades de barrio en barrio. Por la carpa han desfilado miles de personas echando una mirada corta, perpleja, al cofre de cristal de su tesoro; es francamente imposible recordar tanta cara de mujeres, niños y hombres. Pero a estos tres los identifica como los tres que antes de ayer y ayer (¡sí, ellos mismos son, no hay que darle la vuelta!) ha visto entrar y salir durante las escalas que hiciera en los dos pueblos anteriores. La gran cantidad de gente, el recio cansancio que ya empieza a sentir —meses de excursión que han transcurrido con la premura de horas, todos indistintos: solo, conduciendo, haciendo paradas, armando la tienda de campaña, desarmándola al final, conduciendo, apóstol solitario de algo que no sabe (¿sabe?) a ciencia cierta lo que es, impulsado por la irremovible incandescencia que tiene albergada adentro— son, quizá, las causas de que no haya reparado en ellos. Tres: morenazos con bigotes negros, camisetas color mostaza con rodajas de sudor en los sobacos y overoles grasientos de mecánico. Tiembla de la cabeza a los pies. Decide cortar por lo sano: cuando llega al final de esa tanda, anuncia a la larga hilera de clientes que aún queda por entrar que se ha cancelado la función. Los parroquianos protestan pero acaban por dispersarse en vista de que el hombre comienza a desmontar la carpa. En lugar de seguir esa noche la ruta trazada, viaja en dirección opuesta hasta un pueblecito lejano y de difícil acceso en los montes. Pero a la noche siguiente, al empezar a admitir espectadores, aparecen los tres mismos tipos, y esta vez les revienta en los labios hinchados una risita de guasa al pagar ávidamente. La persecución ya es cosa segura. Como mejor puede, cancela otra vez la función y deja el pueblo después de dar una docena de vueltas por las calles despobladas para asegurarse de que nadie lo sigue. Esa noche oculta el vehículo en un camino embudado en la espesura y se encierra atrás a contemplar la pecera con ojos como esponjas que quisieran tragarse toda el agua. Al notar que penetra la luz de la mañana por la hendidura entre las puertas, se pone de pie y abre. En el preciso momento en que salta al camino, oye un motor que se enciende, y, al voltearse, descubre entre la polvareda del despegue el camión alejándose. Echa a correr detrás luego de un segundo de parálisis, pero no consigue darle alcance. La sirena coletea en el agua plateada, asustada por la vertiginosa visión del paisaje y de aquel hombre cada vez más pequeño moviendo los brazos como un pulpo. El hombre escucha carcajadas revueltas con el polvo y el monóxido que, gimiendo y jadeando, respira.

Sabrà que no estuvo soñando cuando se vea solo en aquel camino vecinal. Sabrà definitivamente que no era una patraña, que era extrahumana la criatura encerrada en la pecera, cuando no sienta ya el influjo de su presencia. Será como si él mismo fuese un ser que llevaba cientos de años en el mar, sumergido, y que alguien sacó repentinamente del agua. Durante el minuto mortal de la asfixia le entrará por los ojos aterrados e incrédulos otra clase de mundo, un mundo que lo aniquila apenas lo ha descubierto. Dará varios pasos como ensayando el equilibrio incomprensible que le brinda ese par de extremidades que han sustituido a su cola. Abrirá su boca pero no brotarán burbujas, sino un grito: Melusina. Echará a correr nuevamente. Melusina. En algún momento de la carrera tropezará cayendo de bruces en el polvo: del bolsillo de su camisa saldrán cuatro perlas rodando. Rodarán por la yerba como insectos lujosos que él se pondrá a atrapar. Con las cuatro en la palma de la mano se le escapará un risoteo de lunático. La pulida luminiscencia lo hará feliz, su posesión le indicará el camino, el encuentro con ella ha de ser irremediable: no puede ocurrir otra cosa mientras las retenga. No sabrà el tiempo que ha pasado caminando, durmiendo bajo los árboles, comiendo frutas y raíces, preguntando a todo el mundo si han visto un camión de tales y tales señas. Irá, paulatinamente, descendiendo de la

cordillera hacia el mar. El mar. Cuando se enfrente con él será tanta su desesperanza que arrojará por un barranco las perlas. Se arrepentirá enseguida. Al asomarse al borde de rocas verá el camión estrellado al pie del precipicio, justo en la orilla, donde las olas enjabonan de espuma la carrocería, que ya empieza a enmohecer.

Las puertas traseras estaban abiertas, una colgando del gozne superior, los gruesos vidrios de la pecera triturados, y adentro nada, ni rastro de que alguna vez ella hubiera estado allí. Lo mismo en el asiento del vehículo, al frente. Habían desaparecido los tipos, tal vez la resaca arrastró los cadáveres (¿cómo iban a sobrevivir una caída desde semejante altura?) y estarían ahora los tres esqueletos en el fondo del mar, la carne alimento de los peces, los huesos comenzando a poblarse de musgo marino y de coralina, y escuelas de pececillos nadando por entre el costillar de cada cual. El camión estaba incrustado de nariz en las olas hasta el parabrisas destrozado. Acisclo se sentó atribulado y rendido sobre la arena. Sus ojos vagaban de la orilla a la línea del horizonte, del horizonte a la orilla, mientras la llamaba a ella con la mente sin querer pensar en el vuelco y los golpazos del despeñamiento. Todo el trajín, los esfuerzos de meses y meses, echados a perder como si hubiera pasado el huracán de nuevo. Pero nada le importaba tanto como el hecho de que ella se hubiese desvanecido. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Cómo iba a poder vivir sin su compañía? Habría preferido encontrarla muerta a no saber dónde estaba. De súbito se puso a gatear por la playa: las perlas, las perlas, si las hallaba podía ser que... Pero no las veía por ninguna parte. Las había tirado en un arranque de frustración, sin imaginarse que daría en la misma frontera del mar con lo que buscaba. No, no las veía, no las encontraba. Era un enorme y absurdo bebé gateando de un lado a otro y dando gemidos. Volvió a sentarse al rato y quedó inmóvil por mucho tiempo. Las olas le mojaban los talones, había sombras de gaviotas resbalando sobre la arena en círculos. Cuando ya estaba a punto de evaporarse su esperanza, creyó ver algo brillante llevado y traído por los marullos. Saltó y rodó hasta encerrar aquello en su puño. Sintió que algo le sujetaba la muñeca bajo el agua. Al halar, surgió la mano blanquísima y delicada apretándolo con la virulencia de una gigante almeja. Él intentaba, al principio, desasirse, pero cedió después, cuando frente a su cabeza —que ya flotaba en el mar a nivel de la barbilla— apareció la cabeza magnífica, que lo miraba riendo. Ni siquiera pensó en gritar cuando una segunda mano lo asió con la misma fuerza de su otra muñeca. Sentía la cola gomosa golpeándolo contra las piernas mientras ella maniobraba mar adentro. Luego escuchó, con los oídos ya taponados de agua, el canto, dándole la bienvenida.

Contenido

Para comenzar / 7

Introducción. El cuento puertorriqueño contemporáneo
por Ramón Luis Acevedo / 9

Emilio S. Belaval (1903-1972)
La viuda del manto prieto / 23

Abelardo Díaz Alfaro (1920)
Bagazo / 33

René Marqués (1919-1979)
Otro día nuestro / 41

José Luis González (1926-1996)
En el fondo del caño hay un negrito / 57

Pedro Juan Soto (1929)
Campeones / 63

Emilio Díaz Valcárcel (1929)
Sol negro / 71

Luis Rafael Sánchez (1936)
Tiene la noche una raíz / 79

Rosario Ferré (1938)
La muñeca menor / 83

Manuel Ramos Otero (1948-1990)
Hollywood memorabilia / 89

Magali García Ramis (1946)
Una semana de siete días / 99

Ana Lydia Vega (1946)
Encancaranublado / 107

Edgardo Sanabria Santalíz (1951)
Después del huracán / 113